

ISLA DEL
VERANO

Erskine Caldwell



Lectulandia

Pescar, comer bagres cocinados en una fogata en una pequeña isla del sinuoso Mississippi. Un verde paraíso que en unos minutos se convierte en un infierno sacudido por la violencia. Odios declarados, pasiones prohibidas, miedo latente y un sádico placer en humillar irrumpen bruscamente en la Isla del Verano.

Erskine Caldwell, magistral pintor de la escena sureña, que escribiera aquella obra inolvidable *El camino del tabaco*, lleva a la isla un original cuarteto de pescadores. Guthry Henderson, dueño de una tienda en una pequeña ciudad, planea una excursión para llevar a su sobrino adolescente, Steve. Troy Pickett, invitado porque hace falta su camión. El mulato Duke Hopkins, incorporado al viaje para hacer el «trabajo de negros»: limpiar el pescado. Completa el cuadro una mujer que también llega a la isla.

Cada hombre debe cumplir con el derrotero que el viaje a la Isla del Verano les ha trazado. Todos lo realizan en esta novela que, una vez más, muestra a Erskine Caldwell como un profundo conocedor de la naturaleza humana.

Lectulandia

Erskine Caldwell

Isla del Verano

ePub r1.0

Titivillus 15.05.16

Título original: *Summertime Island*
Erskine Caldwell, 1968
Traducción: Elisa López de Bullrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Al teniente
Andrew Fletcher III*

UNO

1

Era la segunda semana de junio en Unionville, una ciudad de alrededor de mil habitantes en el rincón noroeste de Tennessee y no lejos de Kentucky, adonde fui a pasar dos meses del verano.

Unionville tenía un imponente palacio de justicia de piedra gris adornado por columnas, una pequeña cárcel de ladrillos con ventanas enrejadas de hierro y dos rojos carros de bomberos con llantas de goma maciza, pero en esa época tenía pocas calles asfaltadas y la mayoría de las veredas no eran más que senderos de pedregullo. Por aquellos días, casi todos los abogados, médicos y comerciante ricos vivían allí en grandes casas blancas construidas muy separadas unas de otras —a menudo sólo había una de ellas por manzana— y casi todas estaban rodeadas por vastas extensiones de césped y altísimos robles.

Salvo los breves intervalos en que el Panama Limited y otros rápidos de la Compañía Illinois Central atravesaban por Unionville haciendo chillar sus silbatos, todo era calma en la ciudad, y parecía estar en el medio del campo si se la comparaba con la ruidosa Memphis, donde la semana anterior yo había terminado el segundo año de colegio secundario. La tía Rosemary y el tío Guthry Henderson, que no tenían hijos, vivían en una de las grandes casas blancas de la calle Glenwood, en las orillas de la ciudad, y guardaban dos caballos alazanes en un potrero vecino al que rodeaba una cerca de tablones blanqueados y que tenía un establo en forma de U para su resguardo en tiempo frío o lluvioso.

Mi tío, único hermano de mi padre, era un cuarentón alto de pelo oscuro y modales amistosos, dueño de un negocio de ferretería y ramos generales en la calle Madison, justo a la vuelta del palacio de justicia. Cuando llegué de Memphis a Unionville, en el tren de la tarde, él me dijo que podía ayudarlo a desembalar una remesa de mercadería, ubicarla en los estantes y aprender algo del negocio durante ese verano. Luego agregó que cuando no tuviera nada que hacer en la tienda, podría dar una vuelta por la ciudad y hacerme amigo de muchachos y chicas de mi edad —yo tenía casi dieciséis años entonces— ir a nadar, montar sus caballos y hacer cualquier otra cosa que me gustara.

Pero sucedió que en mi primera mañana en Unionville, antes de llegar a conocer a

alguien de mi edad o tener tiempo de andar a caballo, hubo que abrir varios pesados cajones en el fondo de la tienda. Habíamos desembalado casi la mitad de la partida, cuando mi tío dejó caer su martillo sacaclavos y se sentó en uno de los cajones. Se echó atrás el pelo que le caía sobre la frente y encendió nuevamente su cigarro. Por varios minutos no dijo una sola palabra; se quedó mirando fija y pensativamente al gran montón de utensilios de cocina que acabábamos de desembalar.

—Óyeme un poco, Steve —dijo de repente dándose vuelta y clavándome los ojos con una leve sonrisa, mientras movía la cabeza en señal de asentimiento. Dio unas rápidas pitadas a su cigarro—. Quiero que digas una cosa, Steve. ¿Has ido alguna vez a una verdadera excursión de pesca? Quiero decir una excursión de pesca acampando durante cuatro o cinco días en el río grande —el Mississippi— para pescar bagres^[1] con espinel. ¿Nunca has hecho eso, verdad?

Parecía muy contento, moviendo la cabeza y pitando cada vez más rápido su cigarro cuando le dije que solamente había pescado en riachos y lagunas y que nunca había hecho nada semejante a lo que me proponía. Fue como si hubiera estado deseando que le contestara exactamente eso.

—¡Espléndido! —dijo entusiasmado, dando un puñetazo a la tapa de uno de los cajones—. ¡Fantástico! Es justo lo que me figuraba. Habrá tiempo de sobra el resto del verano para andar a caballo y conocer gente joven y cosas por el estilo. Apurémonos a marcar el resto de la mercadería y guardarla en los estantes. Precisamente ahora es la mejor época del año para la pesca en el río. ¿Sabías eso, Steve? Llegaste aquí en el momento preciso. Si dejamos todo listo hoy, podremos levantarnos y salir mañana temprano. ¿Qué te parece Steve? A tu edad no hay nada mejor para hacerse hombre que un campamento de pesca allá río abajo. Sería una vergüenza para mí si no fuera capaz de hacer esto por ti ahora mismo. Será algo que recordarás toda tu vida.

»Ha pasado no sé cuánto tiempo desde la última vez que estuve allí, y tú eres la mejor razón del mundo para volver ahora al río. Durante estos últimos días de calor, sentí que me invadía una fiebre de pesca y no sabía qué hacer con ella hasta que llegaste. Ahora no le digas una palabra de todo esto a tu tía Rosemary; yo le hablaré. Le diré simplemente que tú necesitas ir y que yo tengo que llevarte por tu propio bien. Esa es la mejor manera. Si se habla demasiado sobre el asunto y por anticipado es capaz de inventar alguna excusa para que yo no pueda llevarte, y no debemos correr el riesgo de que eso suceda. A tu tía Rosemary no le entusiasma mucho la idea de estas excursiones para hombres solos, y puede levantar un montón de sospechas al respecto. No quiero que se altere por esto, pues me interesa que conserve su buen humor para atender el negocio mientras nosotros no estemos. No puedo darme el lujo de cerrarlo durante casi una semana en esta época del año y perder tantas ventas.

Buscó el martillo y se levantó.

—Hay algo más, Steve —dijo con seriedad mirando atentamente la cabeza del martillo como si nunca hubiera visto uno antes—. He llegado a una conclusión sobre

otro asunto. Ya te estás convirtiendo en un hombre y eres casi tan alto como yo. Y ahora que vamos a ir juntos de pesca no quiero que me sigas llamando tío Guthry. Empecemos ya. Estás demasiado grande para eso. Llámame Guthry a secas. Solamente Guthry y nada más. ¿Te acordarás de eso, verdad Steve?

—Creo que sí, trataré —le dije.

—Muy bien —dijo revoleando el martillo—. Así me gusta. Es la mejor manera de que los hombres vayan juntos a pescar. Todos llamándose por su primer nombre y nada más. Pero es conveniente que sigas llamando a tu tía Rosemary como siempre lo has hecho —no creo que sea bueno hacerlo en otra forma.

Había dos cajones más que abrir y desembalar. Mientras estábamos ocupados en eso, Guthry dijo que ni bien todo estuviera listo iría a buscar a Troy Pickett, que era quien llevaba los fletes y expresos desde el depósito del Ferrocarril Central Illinois a los negocios de la ciudad, y convencerlo de venir con nosotros para que pudiéramos usar uno de sus camiones y cargar en él todo lo que íbamos a necesitar durante los cuatro o cinco días de campamento. No había mucha gente entonces que tuviera camiones o automóviles y según él, sólo alguien tan aficionado a la pesca como Troy Pickett sería capaz de llevar su camión por la clase de fangoso camino donde tendríamos que andar. Además de una carpa, catres plegadizos, algunas mantas, sartenes y cajas de pesca había que llevar otra cantidad de cosas. Según dijo, la distancia por el camino de tierra entre Unionville y el embarcadero, situado en un bajo barroso cerca del lugar llamado Little Dipper, era de veinte millas o tal vez más. Allí podríamos alquilar un bote de quince pies, poner en él todo lo del camión y remar casi una milla a través de un remanso cenagoso hasta la Isla del Verano.

—Las palabras no bastan, Steve —dijo sonriendo alegremente y apurándose para guardar la nueva mercadería en los cajones y estantes. Su cigarro se le había apagado pero no perdió tiempo en volver a encenderlo—. Espera no más hasta que lleguemos allí. Verás algo bueno y grandioso; es el mejor lugar, río arriba o río abajo, para acampar y pescar bagres. Esa isla tiene más o menos cinco o seis cuadras de largo por una cuadra de ancho. Durante la primavera se cubre de agua cenagosa por las crecientes río arriba, pero a fines de mayo, está alta y seca nuevamente, y las tormentas y chaparrones de verano pronto lavan el barro y resaca de las hojas de los sauces hasta dejarlos verdes y brillantes como ahora a principios de junio. Todo ese puro verdor es un maravilloso espectáculo para los ojos.

»Esto es lo único seguro que se puede decir de la isla, las crecientes primaverales y el verano. Ese río grande y sinuoso tiene la costumbre de cambiar su curso durante la época de creciente y quizás abrirse un nuevo cauce, haciendo a veces una curva hacia Missouri o hasta volviendo atrás para Kentucky. Por eso es que nadie puede decir con seguridad si la Isla del Verano está en Tennessee, Kentucky o Missouri. Pero todo esto no tiene importancia para mí mientras pueda ir allí y pescar y comer todos los bagres que pueda, y no perder mi derecho de votar en Tennessee. No me gustaría verme obligado a cambiar mis ideas políticas y dar mi voto a esos políticos

sinvergüenzas de Kentucky, o peor a los de Missouri. Ya bastante trabajo me da cuando tengo que decidir cuáles son los menos bandidos para votar aquí en Tennessee.

Era ya entrada la mañana cuando Guthry dejó la ferretería para ir a buscar a Troy Pickett y era pasado el mediodía cuando volvió.

Ya para esa hora varios hombres habían oído en la calle que estaba organizando una partida de pesca a la Isla del Verano, habían venido a la tienda y estaban esperándolo cuando llegó. Guthry les dijo que Troy Pickett iba a llevar su camión más chico, porque tenía que dejar el grande a su hermano para que pudiera entregar los envíos y fletes mientras él no estaba, y que no había lugar para más gente.

Los tres hombres se quedaron discutiendo durante un rato, haciendo lo posible para que Guthry cambiara de idea, hasta que finalmente se marcharon protestando y diciendo lo mezquino y egoísta que era al no dejar ir a sus verdaderos amigos.

—No te preocupes de como hablaba esa gente de mí, Steve —dijo Guthry en cuanto los hombres estuvieron fuera de la tienda—. No piensan realmente lo que dicen. Están afectados por la fiebre de pesca, igual que yo, y a gatas sabían lo que decían de mí. Este tiempo caluroso a principios del verano provoca fiebre de pesca a casi todo el mundo, pero ya se calmarán y no estarán enojados conmigo por mucho tiempo. No me gusta nada tener que rechazar a la gente que le gusta la pesca tanto como a mí. Conozco muy bien esa sensación, como de un agujoneo bajo la piel, cuando uno quiere ir y no puede: te pica por todas partes como si tuvieras urticaria y no pudieras rascarte. Sin embargo en esta ocasión no hay remedio, que se queden y se rasquen donde les pique.

»Lo más importante de ésta excursión que vamos a hacer es llevarte, por tu bien, a un campamento, y con demasiada gente el camión de Troy Pickett podría romperse antes de haber hecho la mitad del camino hasta el río. Troy quiere llevar a uno más de todos modos —un tipo de color para ayudar en el campamento— y ya los cuatro seremos bastante carga. Troy ha ido ahora a buscar alguien así. Lo que debemos hacer es apurarnos para tener todo listo y amontonarlo frente a la puerta de atrás, así podremos cargar temprano el camión y salir a primera hora. Cuando te estás preparando para ir de pesca lo que no quieres es que te sorprenda el sol parado esperando.

En un depósito a los fondos del edificio había varios catres plegadizos de lona, una carpa para dormir, una gran parrilla con patas, así como otros implementos de *camping* que Guthry guardaba allí para tenerlos siempre a mano.

Después de apilar todo cerca de la puerta de atrás para poder cargarlo en el camión a la mañana siguiente, Guthry fue al almacén de al lado a comprar café y porotos de Boston en lata. Dijo que íbamos a tener todo el pescado que quisiéramos para comer, pero que él nunca haría un *camping* en el río sin llevar bastante café de achicoria y porotos cocidos para hacer resaltar el sabor del pescado frito.

Cuando Guthry volvió del almacén traía varias bolsas de café de achicoria molido y una caja entera de latas de guiso de porotos. Mientras poníamos el café y los

porotos junto a las otras provisiones, dijo que iría otra vez al almacén para buscar un tacho de grasa de chanco y una bolsa de harina de maíz. Pero antes de poder hacerlo, entró ruidosamente Troy Pickett.

Troy estaba enojado, y aun antes de llegar al fondo del negocio juraba y maldecía a grandes voces. Era bajo y rechoncho, y caminaba torciendo los pies en una forma que lo hacía balancearse de un lado a otro como desafiando a que se le pusiera alguien en su camino. Y con la boca abierta era más aterrador y amenazador todavía: le faltaban varios dientes y algunos de los que le quedaban estaban negros y rotos.

Aunque los dos eran más o menos de la misma edad, Troy no era ni tan grande ni tan alto como Guthry, y después de manipular pesadas cargas durante muchos años, sus brazos habían desarrollado músculos protuberantes y sus hombros eran anchos y poderosos. Con su fuerte mentón sobresalido en una cara enfurruñada, parecía, alguien que estuviera buscando permanentemente, y sin el menor motivo, una pelea a trompada limpia. Cuando se acercó, abría y cerraba sus puños.

—¡Hijodeputa! —gritó con su resonante voz—. ¡Uno de estos días voy a cagar a patadas y romper el alma a todos los malditos negros de la ciudad! ¡Y pueden juntarme otros cuantos más, traérmelos aquí y les voy a romper el alma también a ellos! ¡Hijos de puta!

Caminó hasta donde estaba enrollada la carpa y la pateó lo más fuerte que pudo.

—¡Pueden mandarme de todo el país más negros roñosos que les romperé el alma en cuanto me los vayan largando!

—Vamos, Troy, un momento —le dijo Guthry con calma—. Espera un poco. No vengas acá a hablar de ese modo sin decir primero cuál es el problema. ¿Qué te hizo enojar tanto? ¿Qué pasó?

Sacándose su deformado sombrero de paja y tirándolo al suelo Troy se sentó en uno de los cajones de madera. Con el revés de la mano se secó las gotas de sudor que se mezclaban con el escaso pelo amarillento que le quedaba en su casi monda cabeza.

—¡Que los tiró! ¡Te lo dije, maldición! —dijo rabiosamente mirando fijo como un pescado. Hizo una larga pausa para inflar sus mejillas y largar el aire con un sonoro resoplido—. ¡Esos negros degenerados! ¿Sabes lo que hice? Me tomé el trabajo de ir hasta su barrio y hablar con tres negros distintos. Tardé un buen rato en hacerlo. Y ninguno de esos hediondos fue capaz de decirme, como yo esperaba, que vendría mañana al río conmigo. Además de no hacer lo que les dije, todos inventaron alguna excusa, que no era más que una roñosa mentira desde el principio hasta el fin.

—¿Y qué pasó con Sam Goddard? ¿Hablaste con él? —preguntó Guthry.

—Ni siquiera Sam Goddard quiso venir, y yo sé que le gusta pescar tanto como a cualquiera de nosotros, y antes era capaz de dejar cualquier cosa que estuviera haciendo, para ir todas las veces que pudiera. Sam no tiene trabajo fijo ni lo tendrá nunca. Todo lo que hace, cuando las consigue, son algunas changas de basurero por la ciudad, y puede largarlo para ir a pescar, siempre que se le dé la gana. Después de

estar ahí parado y decirme por tres veces consecutivas que no vendría conmigo, le dije a Sam que no era más que un negro motudo hijo de puta, y que me las iba a pagar, y que ya se arrepentiría, pero ni aun así quiso venir conmigo como se lo pedí.

—¿Qué clase de excusa dio Sam Goddard por no querer venir con nosotros? —preguntó Guthry—. Hace mucho tiempo que conozco a Sam y es más fanático de la pesca que nadie de quien yo tenga noticia.

Troy infló nuevamente sus mejillas y pegó un resoplido más fuerte aún que la vez anterior.

—Dijo que su mujer está enferma y con dolores y que tiene que quedarse en su casa para cuidarla, pero él sabía qué tremenda mentira roñosa estaba diciendo no bien abrió la boca para decirla. Estaba tratando de disimular algo y pensó que así me engañaba. Pero yo siempre sé cuando un negro me está mintiendo. Él y otros negros se juntaron y creyeron que se desquitarían no haciendo nunca lo que yo buscaba. Y sé por qué también. Se quejan de que los maltrato. Y por Dios que los trato como se debe tratar a los negros.

»Ellos saben qué esperar. Cuando entrego alguna mercadería para una de sus tiendas en su barrio, se las largo justo en la mitad de la calle y ahí la dejo. Y de eso se quejan. Pero por Dios que jamás verás un hombre blanco como yo alcanzándoles las cargas hasta adentro de sus negocios y preguntándoles donde les gustaría más que las pusiera. Por lo que a mí me importa se pueden quedar en la calle y podrirse y herrumbrarse.

3

Troy se paró al mismo tiempo que se encajaba el abollado sombrero de paja. Caminó hasta donde estaba la carga y la pateó otra vez tan fuerte como pudo.

—No habrá ningún viaje a la Isla del Verano en mi camión, Guthry —dijo con un enfático sacudón de cabeza—. Yo no voy.

—No digas eso, Troy —protestó Guthry.

—Así es. Ya me has oído. De modo que puedes juntar todo ese equipo de *camping* y guardarlo donde estaba. Yo no voy sin un negro que me limpie los pescados y haga todas las otras porquerías para las que ellos sirven. Esa no es la forma en que un blanco va al río a pescar. Soy demasiado orgulloso para hacer su clase de trabajo.

—Espera un poco, Troy —suplicó Guthry—. Ya inventaremos algo. Debemos ir, no te echas atrás ahora. Prometí a Steve llevarlo a pescar al río. No puedo desdecirme; no es mi costumbre prometer algo y luego no hacerlo. Tú sabes que aún quieres ir —tú tienes un camión y yo no. Yo me ocuparé de este problema del que me has estado hablando. Iré a buscar a alguien para llevar con nosotros. Conozco un moreno a quien le encanta pescar; puedo convencerlo que venga con nosotros. Ha estado en la tienda comprando anzuelos y líneas para pescar en lagunas y me dijo que quería ir al río en cuanto tuviera una ocasión.

—¿Cómo sabes que no será como los demás que no quisieron venir cuando hablé con ellos?

—No te preocupes por eso, Troy. Sé cómo hablarle. Lo haré venir. Dime no más que mañana a primera hora estarás aquí con tu camión y lo cargaremos y saldremos bien temprano. ¿Qué te parece, Troy?

—¿Quién es ese negro del que hablas?

—Vino desde Kentucky no hace mucho.

Troy sacudió su cabeza.

—Nunca me gustaron los negros que vienen del norte.

Se dio vuelta y empezó a alejarse.

Guthry corrió rápidamente y se le puso adelante para impedirle la salida.

—Espera, Troy. Kentucky está a sólo quince millas de aquí. No es tanto como para hacer una gran diferencia.

—Pero es lo suficiente como para que los negros se hagan los importantes cuando bajan a Tennessee. ¿Cómo se llama éste de quién hablas?

—Duke Hopkins.

Troy se rió.

—¿Qué te dije? ¡Duke! Jamás he oído nombre más presuntuoso para un negro. ¡Duke^[2]! ¿Por qué se conformó con ese título? ¿Por qué no se llama Prince^[3] o King^[4] si se cree algo grande?

—Le pregunté por qué se llamaba Duke. Me explicó el caso y le creo.

—¿Qué dijo?

—Dijo que su verdadero nombre era Paducah que se lo habían puesto sus padres por el lugar donde nació, en Kentucky, pero que todos lo habían acortado y convertido en Duke. Es razonable. Si tuvieras un nombre como Paducah, bien te gustaría que te lo acortaran. ¿Verdad, Troy?

—Me hago cargo —asintió después de un momento—. Ve a decirle que puede venir con nosotros. Pero te diré una cosa ahora mismo. No va a seguir haciéndose el importante por mucho tiempo ahí conmigo. Sé cómo poner y mantener un negro en su lugar. Dile que llegue a tiempo en la mañana para cargar el camión y ni un minuto tarde.

Cuando Troy pasó cerca de mí, estiró su brazo y me dio un ligero empujón.

—Mantiene bien abiertos tus ojos y tus oídos en esta excursión —me dijo—. Si lo haces, estando cerca de Troy Pickett aprenderás mucho más de lo que nunca sacaste de tus manuales.

Cuando Troy se marchó de la tienda balanceando su fornido cuerpo a cada paso, Guthry dijo que si conociera a alguna otra persona en la ciudad que tuviera un camión para llevarnos a pescar no perdería un minuto más con Troy Pickett. Dijo que a menudo oía a los blancos alardear de cuánto odiaban a los negros, pero que Troy además de sus alardes, muchas veces aceleraba la marcha de su camión cuando veía un negro cruzar la calle, obligándolo a saltar hacia un lado para no ser atropellado y muerto. Fue entonces cuando Guthry dijo que había tenido la idea de ahorrar bastante dinero para poder comprar su propio camión antes que llegara la próxima temporada de pesca.

Varios clientes entraron en la tienda y pasó una media hora hasta que terminaron de comprar lo que querían. Ya estaba adelantando mucho la tarde y Guthry corrió hasta el almacén de al lado para comprar la grasa de chanco y la harina de maíz que necesitábamos, antes que cerrara.

Cuando volvió dijo que hasta que encontrara y conversara con Duke Hopkins ya habría pasado la hora de cerrar su ferretería. Me dio las llaves del negocio, me enseñó cómo cerrar las puertas a las seis, y me dijo que me asegurara de llegar a casa a tiempo para comer a las siete, porque la tía Rosemary era muy exigente respecto de la puntualidad para la hora de las comidas. Pero en vez de irse directamente a hablar con Duke Hopkins, volvió a entrar en la tienda con las dos manos hundidas en sus bolsillos y se apoyó contra el mostrador.

—Steve, hay algo más que quiero decirte —dijo muy seriamente, frunciendo el entrecejo y mirando derecho hacia las mercaderías almacenadas en los estantes. Después guardó silencio por un minuto, como si estuviera pensando el mejor modo de decir lo que quería—. Vamos a ir mañana al río en esta excursión de pesca durante varios días. Y eso es para ti una gran cosa a tu edad quiero decir estar allí entre puros hombres y sin nada parecido al hogar. Pero creo que ya hoy, aquí mismo, has tenido

la oportunidad de aprender algo. Estoy pensando en lo que Troy dijo hace un rato, que tú podrías aprender más estando con él que en los libros del colegio. Seguro que algo aprenderás. Aprenderás a no admirar la ignorancia y los prejuicios.

Se dio vuelta, sonriendo suavemente, y me miró un momento con aire pensativo.

—Steve —dijo entonces—, no me refiero solamente al rudo lenguaje de alguien como Troy Pickett. Se oyen, blasfemias y obscenidades por donde quiera que vayas; es algo que lo oirás en Memphis o en cualquier otra parte. Estoy hablando de algo enteramente distinto. Es el modo en que Troy habla de la gente de color; su actitud hacia ellos como personas. Él los odia realmente, y lo dice en cada oportunidad que se le presenta. Pero no es solamente eso; es capaz de hacer cualquier cosa para tratar de herirlos, y hasta matarlos. A esta altura ya te habrás dado cuenta de cómo cierta gente habla y actúa en una forma en que otros no lo harían. Lo que estoy tratando de decirte es que hay razones por las cuales Troy actúa y habla de ese modo, y la principal de ellas es la ignorancia de ese hombre. De eso te quiero hablar. Troy es como mucha otra gente. Los ves por la calle todos los días. Fue al colegio aquí en Unionville unos pocos años, y apenas si aprendió a leer y escribir antes de abandonarlo. Después formó parte durante varios años de una pandilla de muchachos que se dedicaban a molestar a los negros, tirándoles piedras y prendiendo fuego a sus casas. Más adelante hubo algunos asesinatos en el lugar, también.

»De todos modos yo fui más afortunado. Pude terminar mis estudios secundarios. Esto no me hace considerarme algo mejor que Troy, pero sé que soy más comprensivo y tolerante respecto de los negros que él. Y así, después de abandonar el colegio, Troy creció y se unió a gente tan poco educada e ignorante como él, y entonces fue cuando empezaron sus prejuicios y crueldades. Ahora es como esas personas que usan el color blanco de su piel como una amenaza, como el bastón del policía, para mantener a la gente de color arrodillada suplicando por sus vidas. Así es Troy Pickett, y otra cantidad de blancos. Su clase tendrá que desaparecer algún día, pero mientras tanto pueden hacer mucho daño.

Guthry dejó el mostrador y fue hacia la puerta.

—Bueno, Steve —me dijo sin mirar para atrás—, no me habían pedido que te hiciera un sermón, pero esta era una buena oportunidad para decir lo que pensaba de Troy Pickett. Aprender cómo ensartar bagres no será la única cosa de valor educativo en esta excursión al río. ¿En qué otro lugar podrías estudiar un surtido de gente como Troy, Duke y yo?

Y alejándose entonces se dirigió por Madison Street hacia el barrio negro de la ciudad en busca de Duke Hopkins.

DOS

1

Estaba todavía oscuro como la medianoche y me pareció haber dormido sólo unos minutos, cuando Guthry me sacudió para despertarme, diciéndome que me vistiera rápido para ir a tomar el desayuno.

El aire húmedo de la noche que entraba por las ventanas había enfriado la casa, y más parecía estar en mitad del invierno que al principio del verano. Tiritando en el cuarto helado, subí las frazadas tratando de envolverme bien en ellas.

Guthry prendió todas las luces del cuarto, y después de convencerse de que ya estaba bien despierto y me iba a levantar, se alejó por el pasillo haciendo retumbar en tal forma el desnudo piso de roble con sus pesados zapatones de pesca, que tembló toda la casa, y hubiera sido imposible que alguien pudiera seguir durmiendo. Cuando retiré las cobijas tuve que vestirme lo más rápido posible para no seguir tiritando.

No me demoré más de unos minutos en estar listo y llegar a la cocina. Allí estaba tía Rosemary, ya había freído los huevos y el jamón, cocinado cereales y preparado el café, y el calor de las hornallas había templado agradablemente el cuarto.

Guthry sentado ante la mesa de la cocina, untaba con melaza bizcochitos calientes. Tía Rosemary, parada detrás de su silla, se inclinaba sobre él cada tanto, palmeteándole suavemente una mejilla. Él seguía comiendo mientras ella le decía que tuviera mucho cuidado allá en la isla. Le recomendó que no jugara a los dados con desconocidos, que pusiera atención con las víboras, que no se metiera en las aguas profundas y que no dejara que nos pase nada calamitoso. Por último después de darle un cachetazo realmente fuerte, le dijo que tenía un sistema secreto para saber si habría chicas en la isla mientras estuviéramos nosotros.

En lugar de hacerse cruces o ponerse de mal humor porque nos íbamos de excursión, como había temido Guthry el día anterior, tía Rosemary estaba tan sonriente y bromista como si sólo fuéramos al centro a abrir la tienda como un día cualquiera de trabajo.

No sólo estaba bonita y esbelta como una niña sino que tenía menos edad que Guthry, y esa mañana tía Rosemary parecía más joven que nunca con su pelo castaño claro prolijamente peinado y sujeto arriba por una cinta de color amarillo chillón. Tenía puesto un batón liviano y veraniego sobre su camión color rosa pálido, y las

dos prendas estaban escotadas en tal forma que sus pechos redondos y prominentes estaban cubiertos sólo parcialmente la mayor parte del tiempo. A cada momento, cuando se inclinaba o se movía hacia un lado, uno de ellos se descubría por completo. Cada vez que esto ocurría ella sonreía y cuidadosamente se volvía a cubrir.

A pesar de que en ese tiempo la moda femenina exigía un largo generoso en los vestidos, a veces hasta el tobillo, la exigua bata de tía Rosemary había sido hecha como para llegar tan sólo a las rodillas y no tenía botones ni ningún otro cierre que le impidiera abrirse. Además, su camión era tan corto y delgado que parecía no tener absolutamente nada bajo el batón.

—Me alegro que a las chicas no les guste ir solas a acampar y pescar durante varios días a una isla sin hombres a la vista —dijo inclinándose sobre Guthry y abrazándolo.

Besó a Guthry en las dos mejillas y luego miró a través de la mesa hacia mí.

—¿Cómo puedes soportarlo, Steve? ¿Qué harás sin una novia todo ese tiempo? Apuesto a que ya estás extrañando a tu noviecita de Memphis.

Guthry que estaba sentado derecho, giró la cabeza hasta poder verle la cara.

—¿Rosemary, cómo sabes que tiene una novia en Memphis? Un chico de su edad...

—Guthry —dijo ella con un tono de reprensión en su voz y apretando sus brazos alrededor de él—. Guthry, tú sabes que todos los chicos a la edad de Steve deben tener una chica, o se vuelven completamente salvajes y bobos de la clase que sea. ¿No te acuerdas cuando tenías quince o dieciséis años? ¿O es que sucedió antes?

Me miró otra vez.

—Ahora dime la verdad, Steve. ¿Tienes una novia en Memphis, no?

Cuando le dije que conocía unas cuantas chicas en Memphis pero que no estaba especialmente interesado en ninguna de ellas, tía Rosemary dio la vuelta a la mesa, puso una mano sobre mi hombro apoyando la cadera sobre mi codo. Un segundo después se inclinó de golpe y enroscando mi cuello con su brazo me mordió tan fuerte en la oreja que grité de dolor al mismo tiempo que trataba de empujarla. No bien mi mano tocó sus pechos dejó de morderme y se apartó.

—Eso es lo que te pasa por decir que no tienes novia, Steve —dijo riéndose de mí—. Todo el mundo tiene una novia o quiere tenerla. Y ahora ¿qué vas a hacer?

Guthry apartó ruidosamente su silla de la mesa y se puso de pie. Miraba fijamente a tía Rosemary, sin decir una palabra.

—Ven, Steve —me dijo con un movimiento de su brazo—. Es tarde. Ya es hora de que nos vayamos.

Tía Rosemary abrazó a Guthry y lo besó un buen rato hasta que él empezó a acariciar su espalda de arriba a abajo. Después de eso, con sus brazos todavía rodeando su cuello, dio vuelta la cabeza y me miró.

—No te preocupes Steve. Tendré todo arreglado para ti cuando vuelvas. Hay un montón de chicas bonitas en el pueblo, de la edad justa para ti, y puedes salir con una

tras otra hasta que encuentres la que más te guste. Por supuesto, todas son chicas serias. No pensaría en ninguna de otra clase para ti. Cómo las prefieres: ¿rubias o morochas? ¿Como de quince o dieciséis años? ¿Qué más?

Guthry le dio una palmada en la espalda que la hizo estremecerse y darse vuelta rápidamente mientras él se alejaba.

—No metas otras cosas en su cabeza Rosemary —le dijo—. Ahora vamos a pescar y a la vuelta tendrá tiempo de sobra para pensar en chicas. Cuando los hombres salen de pesca, es un asunto muy serio para que se distraigan pensando en chicas.

Me empujó hacia la puerta.

—Ya está empezando a clarear. Vamos yendo, Steve. Queremos salir temprano.

Tía Rosemary vino hasta la puerta y agitó su mano saludándonos. Cuando miré hacia atrás, su camisón estaba aun más abierto que cuando tomábamos el desayuno.

—Rosemary —le gritó Guthry—, no descuides el negocio y no dejes de abrir a las ocho todas las mañanas mientras no estemos; bueno, a las ocho y media por lo menos. Y no escuches a esos viajantes charlatanes. No quiero que firmes ningún pedido, ni siquiera para matamoscas de cinco centavos, hasta que yo vuelva. Dile a esos vendedores que se vayan de la ciudad. No te olvides, Rosemary.

—Sí, Guthry. Me acordaré. Sé cómo tratar a los viajantes ¿no?

El sol no se había levantado todavía cuando dejamos la casa, pero un resplandor rojizo empezaba a colorear el cielo gris hacia el este y las grandes casas blancas de ambos lados de la calle Glenwood comenzaban a brillar a la luz del amanecer. Un rocío espeso había caído durante la noche; el ancho parque aún estaba mojado y algunas gotas nos salpicaban de vez en cuando mientras caminábamos por los senderos de pedregullo bajo los robles, rumbo al centro de la ciudad.

El almacén de ramos generales estaba a siete cuadras de la casa de Guthry, y cuando llegamos al baldío que se encuentra en los fondos del edificio, el sol se asomaba detrás de la estación del Ferrocarril Central Illinois. No habíamos visto a nadie por la calle, ni siquiera cuando pasamos por la manzana del tribunal de justicia, pero Duke Hopkins ya estaba allí, pisoteando con energía los yuyos que crecían hasta las rodillas cerca de la puerta de atrás de la tienda.

Duke era un negro de piel clara, alto, de alrededor de los veintidós o veintitrés años, fuerte musculatura y porte erguido. Su pelo era ondulado y castaño oscuro en vez de negro y motudo. Tenía unas pocas pecas diseminadas en sus mejillas y ojos casi azules. Llevaba puestas una camisa blanca de algodón y pantalones grises también de algodón recién planchados, y en la cabeza una gorra de género azul a rayas con visera, como las que usan los maquinistas, fogoneros, guardafrenos y otros empleados del ferrocarril.

Era la primera vez que veía a Duke Hopkins, pero Guthry me había contado algo sobre él la noche anterior. Hacía dos años que vivía en Unionville, desde que llegó para enseñar geografía e historia en la escuela primaria de negros. Sin embargo, como

el sueldo de la escuela era muy bajo, a pesar de no haberse casado ni tener una familia que mantener, alquiló un lugar en un salón de billares de la avenida Prospect, en el barrio negro de la ciudad, para un sillón de peluquero, confiando en ganar algún dinero extra los fines de semana y durante el verano, para ayudarse a vivir.

Duke le dijo a Guthry que probablemente podría pasarlo mucho mejor si en vez de empeñarse en seguir de maestro buscara otro tipo de trabajo, pero que le gustaba enseñar historia y geografía a los chicos, especialmente geografía, y deseaba seguir haciéndolo aun cuando tuviera que trabajar a ratos de peluquero o en otra cosa para poder seguir en la escuela. Se había recibido en un colegio secundario de negros, y siguió después en un instituto de maestros negros en Kentucky. Había aprendido el oficio de peluquero en el curso intermedio y eso le permitió abrirse camino hacia el instituto de maestros.

2

Después que Guthry abrió la puerta de atrás de la tienda y después de sacar la mayoría de las provisiones para el *camping* a la plataforma de carga, tuvimos que esperar los tres más de un cuarto de hora hasta que por fin llegó Troy Pickett y arrimó su camión.

Era un camión muy baqueteado con un ruidoso motor y la carrocería desvencijada de un lado como si se le hubieran roto algunos elásticos por exceso de cargas pesadas. Originalmente había sido una chata, y Troy lo convirtió en un furgón, haciéndole un armazón de madera y cubriéndola con chapas de zinc. Lo pintó de color azul fuerte, pero en la actualidad la mayor parte de la pintura estaba descascarada, y dejaba ver partes de chapa oxidada que parecían salpicaduras de arcilla roja.

Troy bajó del camión y vino hacia nosotros agitando amistosamente su mano. Tenía puesto el mismo sombrero deformado y desteñido por la lluvia y tostado por el sol, una vieja y manchada camisa marrón que parecía haber sido usada varios días sin lavarse, unos *overalls* rotos y con salpicaduras ya secas de barro amarillento en las piernas. No se había afeitado esa mañana ni el día anterior y su cara estaba cubierta por una pelusa amarillenta.

—¡Jodeputa! —gritó con una ancha sonrisa—. Llego tarde, tuve una discusión con la vieja. Por Dios ¡qué bueno es alejarse de todo ese chincerío! ¿Cómo diablos aguantan los otros hombres casados, Guthry? Tú eres casado, debes saberlo.

—¿Qué te dijo tu mujer, Troy? ¿Algo que yo no haya oído antes?

—Eso no lo sé, pero si no lo has oído hasta ahora, quiere decir que todavía no has vivido bastante tiempo con una mujer.

—¿Qué fue lo que dijo, Troy?

Troy seguía sonriendo bonachonamente. Había mirado sólo una vez a Duke Hopkins desde que llegó y todavía no le había dirigido la palabra.

—La misma maldita cosa que dijo la última vez que fui a pescar —y todas las otras veces anteriores también. Le gustan tanto sus rezongos, que no les cambia nunca una sola palabra. Dijo: «Troy Pickett, si vuelves apestando como si te hubieras revolcado en un barril de pescado podrido durante una semana como todas las otras veces, no vas a poner un pie en esta casa. Te arrastraré hasta el patio de atrás y te haré sacar toda la ropa y quedar desnudo, así podré echarte encima un buen baldazo de kerosene. Después te cepillaré con un gran cepillo de cerda mojado en lavandina y jabón amarillo hasta sacarte el pellejo, y no voy a dormir en la misma cama contigo por un mes o más, ¡y quién sabe todavía!».

»Así es como habla mi vieja cuando quiero hacer algo que a ella no le gusta. Siempre termina diciendo que no se va a acostar conmigo. Ella no lo sabe, pero ¡qué caray!, tengo mis rebusques para eso cuando se me da la gana.

—¿Y qué le contestaste cuando te dijo todo eso esta vez? —le preguntó Guthry.

—Nada. Ni una maldita palabra. Ya estoy acostumbrado. He aprendido que de nada sirve contestarle. Pero no por eso dejo de ir a pescar cuando se me ocurre. Y cuando quiero una mujer y no consigo la de casa, no soy muy exigente. Espero hasta la caída del sol para salir a buscar por ahí, y siempre me consigo una mulata. Y no se puede pedir nada mejor, no señor.

Mientras cargábamos el camión, Troy advirtió la gran caja de madera que Duke Hopkins había traído. Era una caja de fabricación casera para útiles de pesca y cualquier otra cosa, con tapa de bisagras y una manija de cuero en la parte de arriba. Había sido hecha con los pulidos tablones de pino blanco de un cajón de cartuchos para escopeta. Era de forma cuadrangular, y de una capacidad igual a la de una valija común. Duke había grabado su nombre en ella con un fierro al rojo.

Troy deletreó lentamente y en voz alta el nombre de Duke recalcando cada letra.

—¿Qué guardas en esa caja tan grande, muchacho? —le preguntó, agregando luego—. ¿Para qué es?

—Es para llevar unos cuantos anzuelos y líneas, y algunas otras cosas, señor Troy.

—¿Y necesitas una caja tan grande para eso solamente? ¿Qué otras cosas tienes en ella, muchacho?

—Mi navaja, la brocha, un jabón y cosas por el estilo, señor Troy.

Troy se acercó caminando en círculos alrededor de la caja e inspeccionándola con curiosidad. Cuando se detuvo, le dio una fuerte patada.

—¿Para qué te vas a dar el trabajo de afeitarte en la isla? ¿Crees que eso te hará parecer buen mozo?

—Pero, señor Troy... —trató de explicar Duke.

—Cállate la boca, no he terminado de hablar todavía —le dijo Troy—. Puedes dejar que te crezcan los pelos como a todo el mundo. Nadie va allí a hacerse el bonito. ¿Crees que vas a ser más lindo que los blancos? ¿Qué más tienes adentro de esa caja, muchacho? ¿Un espejo para mirarte y ver qué lindo estás?

Antes que Duke pudiera decir nada, Troy abrió de un golpe la tapa de la caja.

Arriba de todo había unos cuantos libros. Uno de ellos era un libro de texto cuadrado y grande, una geografía para quinto grado con un mapa de los EE. UU. en colores estampado en la cubierta. Otro era un pequeño diccionario con los cantos rotos y una encuadernación gastada.

—¡Que lo tiró! —exclamó Troy con una risita. Pateó la caja y dio luego un paso atrás para volver a mirarla con una mueca de desprecio—. ¡Un negro instruido! ¡Vaya cosa! Quédate quietito y no te muevas así te puedo mirar bien. Había oído hablar de negros instruidos pero nunca creí ver uno tan de cerca como ahora. Es un gran placer para mí. Di algo inteligente, muchacho. Quiero oír como habla un negro educado.

Duke hizo una leve mueca.

—Señor Troy, no sé exactamente qué decir al respecto. No pretendo...

—Estás tratando de hacerte el tímido, ¿eh? Dime entonces cómo es posible que

un negro inteligente quiera ir a pescar con blancos. ¿Es porque crees ser tan bueno como ellos? Puede que sepas decir algo sobre eso.

—Bueno, señor Troy, creo que soy como cualquiera cuando se trata de pescar.

—¡Al cuerno con lo que dices! ¡Por Dios que no eres como yo! Yo soy todo blanco —y tú ¡media-res blanco y media-res negro! ¡Pero no eres más que un negro hijo de puta pase lo que pase, y no te olvides de eso!

—No pretendo ser lo que no soy, señor Troy.

—¡Cállate la boca y no me contestes!

Para entonces ya había sido cargado casi todo lo que había en la plataforma, y Guthry dijo que estábamos perdiendo el tiempo y era mejor partir de una vez.

Iban a dar las siete y algunas personas empezaban a llegar al centro de la ciudad, camino de sus empleos. El sol comenzaba a calentar y brillar fuerte en el cielo azul y límpido salvo por algunas pequeñas manchas de nubes blancas sobre el horizonte sur. Los únicos ruidos que se oían a esa hora temprana provenían de las playas de descarga del Ferrocarril Central Illinois, a dos cuadras de distancia, donde una locomotora rezongona enganchaba vagones que rechinaban sonoramente.

Troy comenzó a caminar alrededor de su camión echando una última mirada a las gomas para ver si soportaban bien semejante peso. Fue entonces cuando llegaron al baldío, desde el otro lado de la calle, dos de los hombres que el día anterior habían tratado de persuadir a Guthry de que los dejara venir con nosotros.

—¡Eh! ¡Guthry Henderson! —gritó uno de ellos—. Cuando empiece a llover en la isla ¿van a dejar dormir a ese negro en la misma carpa que ustedes?

Guthry los ignoró como si no hubiera oído una sola palabra de lo que habían dicho.

—Ese no es el asunto —dijo bien fuerte el otro hombre—. Guthry Henderson no haría semejante cosa. Pero sé lo que Guthry está tramando; cree tener una fórmula secreta para ello.

—¿Cuál es el secreto de Guthry, George?

—No bien salga unas cuantas millas fuera de la ciudad y encuentre lo que busca, va a cambiar a ese muchacho negro por una linda negrita para llevársela con él. Entonces rezará todas las noches en la isla para que llueva, así tendrá una buena excusa para ser verdaderamente bondadoso y decirle que entre a la carpa y no siga mojándose toda con la lluvia. Guthry Henderson es realmente un corazón de oro cuando se trata de algo así, salvo cuando no quiere llevar a pescar a sus verdaderos amigos blancos. ¿No es así, Guthry?

—¡Váyanse al demonio! —les contestó Guthry.

—Vamos Guthry, no te hagas el susceptible y malhumorado. Tu mujer no va a saber nunca nada de esto. Puedes confiar en mí que no voy a andar con cuentos por toda la ciudad. Ese no es mi estilo. Siempre soy leal con mis buenos amigos —como tú— por más egoísta y mezquino que seas al no dejarnos ir contigo a George y a mí. Sigue andando y ten los ojos bien abiertos a ver si encuentras una linda mulata que

cambiar por ese negro feo.

Guthry subió al asiento delantero para sentarse junto a Troy. Duke y yo nos trepamos a la parte de atrás del camión y nos sentamos sobre un montón de mantas.

Antes de poner en marcha el motor, Troy volvió otra vez hacia donde estábamos nosotros y nos dijo que cuidáramos que la gran bolsa marrón no se golpeará demasiado fuerte contra el piso con los barquinazos, para evitar que se rompieran las botellas de *whisky* que allí llevaba.

—Escúchame, muchacho —dijo apuntando con su dedo a Duke—, no dejes que se rompa, derrame o desperdicie ni una sola gota de ese delicioso *whisky* rojo. Trata a esa bolsa como si estuviera llena de huevos frescos. ¿Has oído? Si la cuidas bien y no dejas que nada se pierda, puede ser que te permita tomar un traguito en la isla, de vez en cuando. No quiero llegar allí y descubrir que se han roto varias botellas y quedarme escaso de buen *whisky* durante nuestra excursión. Eso me estropearía todo el programa y me darían ganas de agujerearte el pellejo.

—Haré lo que pueda, señor Troy —dijo Duke moviendo la pesada bolsa de botellas y poniéndola a su lado, sobre la pila de frazadas—. Sé lo que significa para usted.

—Si no dejas que ninguna botella se rompa —dijo mientras se alejaba—, tal vez quiera decir que un negro educado puede servir para algo, después de todo.

Cuando nos alejábamos del yuyal de atrás de la tienda, los dos tipos que habíamos dejado recogieron algunas piedritas y ramas del suelo y nos las tiraron. Casi todas golpearon la chapa que cubría el camión, sonando con fuerza, hasta que llegamos a la calle y estuvimos fuera de su alcance. También le gritaron a Guthry, pero era tanto el ruido del motor del camión que no pudimos oír lo que decían.

Después de cruzar las vías del ferrocarril y avanzar unas cuantas cuerdas por Crickett, dejando atrás varias tiendas y algunas casitas, llegamos al final del pavimento y al límite de la ciudad.

Nos metimos abruptamente por el angosto y sucio camino de tierra con el recio traqueteo del camión y crujido de ruedas, que pronto levantaron detrás nuestro una nube de polvo amarillento. En aquel entonces el camino era polvoriento y con huellas profundas en tiempo seco, fangoso y resbaladizo con la menor lluvia; no como la actual carretera, con su capa negra de alquitrán, ancha, lisa, con puentes y desagües, y que puede ser recorrida en auto o en camión desde Unionville hasta el río Mississippi en una hora o menos. Antiguamente, había muchos arroyos sin puentes que debían ser vadeados y numerosos pantanos que no se secaban por completo en todo el año. Y cuando después de una prolongada tormenta de verano se producía una creciente, la ruta se volvía intransitable durante varios días y a veces hasta por una semana entera.

El viejo camión de Troy Pickett, entre pantanos y arroyos, no podía andar a más de doce o quince millas por hora, pero no pasó mucho sin que dejáramos atrás las colinas arcillosas. Nos encontramos entonces en campo llano, con maizales y

praderas a ambos lados del camino, el cual estaba bordeado de espesos cercos de zarzamoras, álamos y retoños de sasafrás^[5].

Los grises conejos de campo cruzaban tranquilamente el camino, y después se detenían a mirarnos con curiosidad, y los cuervos, posados en los palos de los alambrados, graznaban y graznaban sin cesar. De vez en cuando se veía una granja importante, propiedad de un blanco, con un galpón para forraje, una troja de maíz y atrás un tambo. Sin embargo, la mayoría de las viviendas a lo largo del camino eran chozas despintadas, de uno o dos cuartos, pertenecientes a los arrendatarios negros, donde una multitud de chicos de distintas edades, con raídos *overalls* y exiguos vestidos, dejaban de jugar en los cercos y zanjas y se arribaban al costado del camino para mirarnos cuando pasábamos. Los chicos y chicas más grandes, se quedaban parados y nos miraban pasar solamente, pero los menores gritaban alegremente, saltaban excitadísimos y agitaban sus manos hasta que nos perdíamos de vista, en una curva del camino. Sus padres estaban arando en los campos y las madres, junto con algunas de las chicas mayores, azadeaban el algodón y maíz por ahí cerca.

—¿Cómo es la casa donde vives en Memphis, Steve? —me preguntó Duke mientras mirábamos los ranchos al pasar—. Me gusta pensar cómo son las casas en que vive la gente, pero te aseguro que no me gusta el aspecto de esos ranchos a lo largo del camino, en que vive la gente de color. Y tampoco me gusta el aspecto de muchos de los que tienen los negros en Unionville. Seguro que hay una gran diferencia entre las grandes casas blancas de la calle Glenwood y las casi derrumbadas chozas de la Avenida Prospect. En Memphis ¿vives en una casa grande o en una pequeña, Steve?

Le dije a Duke que era una casa de tamaño mediano, de un solo piso, pintada de amarillo, con un pequeño porche en el frente y otro aún más pequeño al fondo. Como todas las otras casas de Pennyton, había sido construida muy próxima a la vereda, y en el espacio que había atrás hasta el callejón, cabía solamente una leñera. Las casas de los vecinos estaban tan cerca, que cualquiera que se asomara a su ventana podía cerrar las persianas de la casa de al lado.

Cuando Duke me dijo que quería saber más sobre mi barrio en Memphis, le dije que casi todos los hombres que vivían en la calle Pennyton —que tenía cinco cuadras de largo y zigzagueaba como muchas de las calle del barrio sur— trabajaban en una planta embolsadora de guano o en una planta prensadora de algodón de las cercanías. Cuando caminaban por la calle a la tarde, de vuelta de su trabajo, seguramente iban dejando en el trayecto hilachas de algodón que se les habían pegado a la ropa o bien olían como una fábrica de fertilizantes de guano, a menos que fuera uno de los pocos que tenía otra clase de trabajo en alguna otra parte de Memphis.

Duke abrió su caja de pesca y sacó el texto de geografía. Dio vuelta a sus páginas cuidadosamente hasta que encontró un mapa. Lo estudió durante un largo tiempo entre los saltos que dábamos con cada barquinazo del camión, por el áspero camino.

—Quiero ir a Memphis uno de estos días —dijo luego, marcando con su dedo un

lugar del mapa mientras miraba el camino que dejaban atrás—. Debe ser una ciudad realmente grande, mucho más grande que Paducah. Si consiguiera un trabajo de maestro en un colegio para negros en Memphis... Pero primero tendría que ir un poco más al instituto de maestros. He estudiado allí solamente un año, y eso puede no ser bastante para enseñar en una ciudad grande como Memphis. No quiero quedarme en Unionville ni trabajar de peluquero toda mi vida. Y no quisiera ir a Memphis y tener que hacer allí también de peluquero para poder vivir. Quiero ser un maestro de verdad; la clase de maestro que puede trabajar en cualquier parte. Si consigo llegar a eso, entonces podré viajar y aprender geografía sobre el terreno. Podría ir arriba y abajo por todo el país: Chicago, Cincinnati, Saint Louis, Memphis, New Orleans. ¡Mira todos esos lugares en el mapa! ¡Piensa un poco! Por cierto que éste es un grande y lindo país para recorrer. Sólo vivir en él me pone contento.

TRES

1

Esa mañana vadeamos tres arroyos de fondo arenoso sin problemas, y no nos detuvimos hasta llegar a un cenagoso pantano que iba de lado a lado del camino, rebasaba las zanjas y tenía como una cuadra de largo.

El lodo se había formado con la tierra suelta de un potrero arado, amasada por una fuerte lluvia, y era tan resbaladizo y espeso como el cemento fresco. Cuando Duke se bajó del camión para mirar el pantano, dijo que parecía como si alguien hubiera volcado mil barriles de gelatina de pollo en el camino. Como no teníamos cadenas para poner en las ruedas traseras cuando el camión se encajó hasta el eje en el barro, tuvimos que buscar unas varillas rotas de alambrados y usarlas como palanca para levantar las ruedas y meter debajo ramas y palos.

Todos, menos Troy Pickett, que se quedó en el asiento delantero vociferando y dándonos órdenes, estábamos empapados y embarrados hasta las rodillas cuando conseguimos empujar el camión hasta tierra firme y nuestras camisas y caras quedaron salpicadas con el barro gris que escupían al patinar las ruedas de atrás.

Nos tomó más de una hora salir del profundo charco; ya era mediodía y todavía nos faltaban unas seis o siete millas hasta el muelle Little Dipper, donde pensábamos alquilar un bote para ir a la Isla del Verano.

Ya para entonces estábamos todos hambrientos. Troy quería abrir unas latas de porotos, pero Guthry dijo que media milla más adelante, en un cruce del camino, había un almacén y que allí podríamos comprar algo para comer y guardar los porotos por si no pescábamos nada inmediatamente.

Fue entonces cuando Troy dijo que podía aguantar el hambre un rato más, pero que no tenía por qué seguir sediento cuando había bastante *whisky* rojo para beber. Sacó de la bolsa una botella de *bourbon*^[6] y se la llevó al asiento de adelante.

Cuando llegamos a la pequeña tienda en el cruce del camino —un caserío llamado «Happiness»— Troy tomó un trago más de la botella antes de bajarse del camión y dijo que ya no le importaba seguir con hambre otro poco después de eso. Se alcanzaban a ver unas cuantas casas de dos habitaciones, unos pocos y dispersos nísperos, álamos y todo lo demás eran campos llanos con maizales, algodones y potreros para hacienda. Las únicas personas que vimos fueron dos negros, ya

mayores, sentados en un banco a la sombra de un gran álamo, frente a la tienda. Cuando pasamos se levantaron murmurando algo ininteligible y se sacaron los sombreros.

El dueño del negocio se llamaba Hugh Huffman —su nombre, junto con el de Happiness, Tennessee, estaba pintado en desteñidas letras azules sobre los tabloncillos del frente, una casa de techo de lata. Estaba solo cuando entramos. Era un hombre grandote, de cara colorada, alrededor de los cincuenta años, con un estómago protuberante que caía sobre la cintura de sus pantalones y se bamboleaba de un lado a otro cuando se movía. Llevaba puesta una camisa blanca grisácea que parecía haber sido recién lavada, pero no planchada.

La tienda tenía un pequeño surtido de mercaderías, formado por piezas de tela de algodón, cajas de clavos, pilas de *overalls*, unas pocas latas de jamón cocido y de salmón, pero había además un queso redondo y enorme cubierto por un raído género gris para protegerlo de las moscas, y una abundante cantidad de galletitas para acompañarlo. Guthry puso algún dinero sobre el mostrador y dijo que queríamos cuatro grandes tajadas de queso y una caja de galletas para todos.

No bien nos dieron las tajadas recién cortadas de queso amarillo envueltas en papel madera, empezamos a comerlas.

—¡Un momento! —dijo el tendero en tono áspero, saliendo de atrás del mostrador y apuntándonos con el cuchillo de queso—. ¡Esperen un minuto! ¡No permito nada de esto!

—¿Qué pasa? —le preguntó Guthry, masticando un bocado de queso y galletitas—. Tenemos hambre y ya le pagué todo.

—Ya lo sé, no me refiero a eso. Tomé su dinero y le di el vuelto.

—Entonces ¿qué es lo que pasa?

—Ya se lo diré. No sé quiénes son ustedes, de dónde vienen, ni cuáles son sus intenciones, eso no me importa. Pero soy Hugh Huffman y todos saben aquí que no permito a ningún negro venir a mi tienda y actuar como blanco. Los negros pueden comprar aquí todo lo que su dinero les permita; pero después, que salgan de mi tienda y se vayan afuera, y no me importa si llueve, hace frío o nieva. Le aseguro que no voy a tolerar que ninguno de ellos se quede aquí dentro y coma en mi presencia como si fuera un blanco. Vamos, saque ese negro fuera de mi tienda, y rápido.

Apuntó con el cuchillo de queso donde estaba Duke Hopkins. Duke retrocedió hacia la puerta.

—No mastiques ni una sola vez más adelante mío, negro.

—Está bien —dijo Guthry dándole otro mordisco al queso—. Déjelo en paz. Viene a pescar con nosotros y lo trajimos aquí para comer algo. Si puede venir a pescar, también puede comer con nosotros. Déjelo terminar su queso y galletitas. Tiene tanta hambre como los demás. No lo moleste.

El tendero golpeó el mostrador con el cuchillo con tal fuerza que hizo saltar las latas de jamón y salmón en los estantes.

—Pueden llevarlo a pescar —y a la mierda, también— si quieren. Eso es asunto de ustedes. Pero no se va a quedar parado adentro de mi tienda, comiendo en mi cara. Ese es asunto mío. Vayan afuera y pregunten al primer negro que vean y les dirá la misma cosa sobre mí. Todos los negros de los alrededores me conocen. Ahora, sáquenlo rápido de aquí como les dije o me encargaré de hacerlo yo mismo.

—Córtale otra tajada de ese queso —dijo Guthry señalando a Duke—. Es el mejor queso que he probado en mucho tiempo.

Tirando al suelo el cuchillo para queso, el tendero pasó atrás del mostrador y agarró un mango de hacha. Tenía como tres pies de largo y uno de sus extremos había sido reforzado con una gruesa varilla de fierro. Levantándola sobre su cabeza y revoleándola amenazadoramente fue hacia Duke. Éste se apartó con rapidez.

Troy se interpuso.

—No haga nada por mí, señor Troy —le dijo Duke—. Yo me voy de aquí.

—¡Cállate! —le gritó Troy—. No abras tu boca para decirme qué es lo que no debo hacer.

Le dio una trompada al enorme estómago del tendero que lo mandó hacia atrás, contra el mostrador.

—¡Jodeputa! —dijo Troy—. No vine aquí para pelearme a trompadas por un negro, pero si quieres pelear, me viene al pelo, y por Dios que la vas a ligar. No puedes elegir a nadie mejor que a mí para que te la dé, tampoco. No me gustó la forma en que me cortaste esa tajada de queso, de todos modos. Cuando quiero un pedazo de queso, me gusta que lo corten bien y parejo, no todo desigual y deshecho como lo hiciste. ¿No sabes que a nadie le gusta comer queso si no está bien cortado, liso y prolijo, no deshaciéndose en migas? ¿No sabes nada?

—Estás borracho —dijo Hugh Huffman—. Me di cuenta al mirarte cuando entraste aquí. Y hueles a *whisky* por todas partes. Estás apestando a alcohol. Solamente borracho un hombre blanco defendería a un negro como tú lo estás haciendo. Te daría vergüenza, si estuvieras sobrio, de que te vieran portarte como un blanco defensor de negros. Ahora váyanse inmediatamente de mi negocio a que se les pase la borrachera y arreglen sus asuntos en cualquier otro lugar.

Ya entonces Duke había salido a esperarnos afuera.

—Nadie me va a llamar amigo de negros sin que le pese —dijo Troy—. Borracho, sobrio o entre dos luces. Sobre eso soy muy exigente y no se lo tolero a nadie. Ya te voy a enseñar. ¡Soy Troy Pickett, por Dios!

—Por lo que me importa, aunque fueras hijo de Jesucristo.

Con los puños apretados y echado hacia adelante, Troy empezó por tirarle una trompada directa al estómago y luego siguió dándole con todas sus fuerzas.

Guthry trató de parar la pelea, pero antes que pudiera agarrar el brazo de Troy y sacarlo de allí, éste lo había tirado al tendero contra los estantes y le pegaba en la cabeza y los hombros con el mango del hacha. La sangre le corría por el rostro cuando se derrumbó en el piso fuera del alcance de la vista, tras el mostrador. Troy

trataba de alcanzar el cuchillo del queso cuando Guthry consiguió agarrarlo y arrastrarlo fuera del negocio.

2

Los dos viejos negros se habían levantado del banco donde estaban sentados, bajo el álamo. Se quedaron mirando a Guthry y a Troy cuando salieron de la tienda y caminaron hacia el camión.

—¡No se queden ahí parados mirándome con sus malditos sombreros puestos! —les gritó Troy—. ¿No han aprendido nada todavía?

Los viejos se sacaron rápidamente el sombrero e inclinaron sus cabezas mientras pasábamos junto a ellos.

—Aunque sea un forastero, no se olviden, par de negros, de que soy un blanco —les dijo.

—Sí, señor, patrón —respondieron los dos al punto.

Cuando Troy vio a Duke parado al lado del camión, dio un tirón al brazo que le sujetaba Guthry.

—Mira, muchacho —le dijo a Duke—. Voy a decirte algo que más vale que escuches bien. No se te ocurra nunca contar a la gente de Unionville o cualquier otro lugar, que te defendí y me metí en una pelea por ese motivo. Ahora, nada más que para probarte que eso no vale un corno, te voy a hacer una demostración. ¡Agáchate!

—¿Por qué quiere que haga eso, señor Troy? —le preguntó, riendo levemente—. ¿De qué se trata? De veras aprecio lo que usted hizo...

—Deja de hablar y haz lo que te digo. Eso te demostrará por qué. Ahora agáchate y agárrate los tobillos.

—Pero dígame una cosa...

—Cállate la boca y haz lo que te digo.

Duke dudó un momento, como si fuera a seguir protestando, antes de darse vuelta y agacharse hacia adelante. Se inclinó lo suficiente como para tocarse las rodillas con las manos, y fue entonces cuando Troy rápidamente le dio una patada suave en los fundillos.

Duke se enderezó de inmediato, dándose vuelta para mirar a Troy con cara de asombro.

—Ahora ya sabes lo que quiero decir, muchacho —dijo Troy sonriendo mientras hablaba—. Ahora sabes por qué. Eso te pone en tu lugar. Estamos otra vez donde empezamos y ahí nos quedaremos. Eres un negro de mierda y yo un blanco hijo de puta. Negro y blanco, negro y blanco, así nacimos y así seguiremos siendo. Y no lo olvides nunca mientras andes conmigo tampoco. Si te da por hacerte el importante y tratas de olvidarlo, yo estaré ahí para encajártelo otra vez de una patada en la cabeza. Sujétate ahora los pantalones y trepa al camión, muchacho. Se está haciendo tarde, y quiero llegar al río de día porque de noche da mucho miedo.

Cuando salimos del almacén de Hugh Huffman tomamos el camino de la derecha, por donde nos había dicho Guthry que llegaríamos directamente a Little Dipper Landing y al río. Habíamos recorrido tan sólo una corta distancia hacia el oeste por el

angosto y polvoriento camino, cuando pasamos una escuela abandonada, de un solo cuarto y con las ventanas rotas. Cerca de ella había una iglesia muy rústica junto a un cementerio donde apenas asomaban de entre los yuyos, unas cuantas lápidas cubiertas de un moho verde y grisáceo.

A poco más de media milla de la iglesia y el cementerio de Happiness, se acabaron súbitamente los campos llanos con sus maizales y algodones, el estrecho camino comenzó a serpentear barranca abajo, en medio de zanjones áridos, en los que crecían agarrados a sus paredes manchones dispersos de zarzas y matorrales. Sin casas o granjas a la vista, aquella parecía una tierra desolada donde la gente nunca hubiera querido vivir.

Tanto Duke como yo habíamos permanecido en silencio desde que dejamos el almacén de Hugh Huffman, hasta que él me preguntó cómo me sentiría si un negro me dijera que me agachara para darme una patada. Yo también había estado pensando en lo que había hecho Troy Pickett, y preguntándome cómo me hubiera sentido si siendo yo un negro, un blanco me pateara.

—Tal vez si no eres de color no puedes saber cómo te sentirías, en ese caso — dijo.

Lo primero que contesté fue que no quería nunca ser pateado así por nadie, negro o blanco, en chiste o en serio. No obstante, no bien dije eso, me acordé claramente de un juego que jugábamos en Memphis con mis compañeros blancos y negros, cuando tenía más o menos ocho años. Cuando se lo mencioné a Duke, quiso saber cuáles eran las reglas y cómo se jugaba.

Le dije, según me acordaba, que era un juego en el que se elegían los compañeros, parecido al «*one-eyed-cat baseball*^[7]» con sólo dos bases en vez de cuatro, y cinco, seis o siete chicos, blancos y negros en cada equipo, y que jugábamos en un gran baldío los sábados, ya entrada la tarde, en los días de colegio, cuando no llovía o no hacía demasiado frío en invierno. En la actualidad, ese baldío, que queda a tres cuadras de Pennyton Street, donde yo había vivido, era un terreno cubierto de pasto, de varios acres de extensión, que separaba un sector negro de una zona residencial de blancos, y un lugar de encuentro, a mitad de camino, para los chicos de ambos barrios.

Al final de cada partido, que duraba entre veinte minutos y media hora, los chicos del equipo ganador tenían el privilegio de patear, en chiste, a los del equipo perdedor. En esos tiempos y a esa edad, nunca nadie se enojaba ni armaba una pelea por ser pateado por otro chico de distinto color, ya que nosotros mismos habíamos establecido las reglas y era parte del juego; y los perdedores trataban afanosamente ser los ganadores la próxima vez, y poder dar ellos las patadas. Uno de los chicos mayores se nombraba invariablemente capitán del equipo, y cada capitán quería siempre elegir a los mejores jugadores, negros o blancos, para poder así ser el ganador. Y si dos chicos se enojaban durante el partido, debían ir al otro lado del terreno a pelear o trompearse, para que los demás pudiéramos seguir jugando

tranquilos.

Cuando terminé de contarle a Duke cómo en ese tiempo los chicos de siete a diez años se pateaban después de sus juegos, en Memphis dijo que recordaba un *baseball* parecido que jugaban los chicos blancos y negros de Paducah cuando él era muy joven.

—Teníamos una cantidad de nombres distintos para el tipo de *baseball* que jugábamos —dijo—, pues todo dependía de cuántos chicos había por equipo, a veces tan sólo cuatro o cinco, otras diez o doce.

»De todos modos, eso es exactamente en lo que pensé cuando el señor Troy me pateó hace un rato en el almacén. No era tan fuerte como para hacerme doler, apenas si lo sentí, y la verdad es que no pensé en darme vuelta y devolvérsela. Fue más bien como esos juegos de los que hablamos. Me hace pensar que muchos blancos, si no se reprimieran ellos mismos, querrían ser amigos de la gente de color en vez de tratarlos siempre con desprecio y maldad. Lo malo es que hasta ahora no he visto bastantes blancos de esa clase como para que hagan mucha diferencia. Donde quiera que vaya sucede lo mismo que en Kentucky cuando empecé a crecer. Los chicos blancos se volvían contra nosotros no bien llegaban a los diez o doce años y empezaban a gritarnos insultos y nos tiraban piedras para echarnos de donde hacía poco jugábamos juntos. Nuestros padres nos decían entonces que nos mantuviéramos alejados de ellos, y que nos quedáramos en nuestra zona para evitar problemas. Y así ha sido desde entonces. ¡Guarda tu sitio, muchacho! ¡Guarda tu lugar, negro! No me importaría quedarme en mi lugar —dijo Duke después de pensar un momento— si solamente me dejaran buscarlo y elegirlo yo mismo, en vez de ser siempre donde los blancos digan que debe ser: bien al fondo del tacho de basura. Iría a alguna parte de este gran país y encontraría mi lugar en un buen colegio, donde estudiaría y aprendería tanto como un estudiante blanco, para poder ser un verdadero profesor, no tan sólo un maestrillo de quinto grado en una cabaña convertida en colegio para negros, como es ahora. Esa es la gran ambición de mi vida: tener una educación superior y ser entonces el Profesor Duke Hopkins en un gran colegio o universidad. Si pudiera conseguirlo, estaría tan orgulloso de mí mismo, que cambiaría mi nombre, tan común, y sería el Profesor Paducah Hopkins. ¡Eso sí que sería algo! Y con un nombre así —Profesor Paducah Hopkins— no me mandarían otra vez al fondo del tacho de basura.

Los frenos chirriaban todo el tiempo mientras bajábamos la empinada cuesta desde lo alto de la loma, y el camión nos zarandeaba de un lado para el otro a medida que avanzaba por el sinuoso camino. De repente llegamos a la llanura pantanosa donde el camino era recto y liso. A ambos lados crecían altos y verdes sauces, álamos, enmarañadas enredaderas, arbustos, flores silvestres.

Ya estaba bien avanzada la tarde, con el sol apenas asomado, tras las copas de los árboles y las sombras largas comenzaban a confundirse con la bruma caliente y húmeda del pantano.

Cuando llegamos al bajo cenagoso donde estaba el embarcadero llamado Little Dipper, nos bajamos y caminamos un poco alrededor para estirar las piernas y desentumecemos, después de haber estado casi todo el día en el camión. Además del embarcadero —que consistía en un tronco de seis pies de ancho y treinta o cuarenta de largo, pulido por los fondos chatos de los botes al ser arrastrados a tierra para evitar que se hundieran con alguna tormenta— había un tinglado que resguardaba un bote a medio construir puesto sobre unos caballetes.

En una loma cubierta de pasto, detrás del tinglado y bastante en alto como para superar el nivel normal de las crecientes, había una vivienda con techo de lata, varios cuartos y un porche con cortinas de paja todo a lo largo del frente. Pudimos ver varios botes sobre los varaderos, en la orilla fangosa, y salir humo de la chimenea de la cocina. A pesar de eso, no había nadie a la vista, y el único ruido que se oía era el fuerte croar de las ranas en el pantano y en los juncos que bordean el río.

Guthry nos dijo que esperaríamos donde estábamos, mientras iba a la casa de la loma a hablar con Clyde Owens —que vivía allí y alquilaba botes a los pescadores— y así averiguar cuál podíamos usar.

Todavía quedaba luz en el abra, cerca del río, pero unos cuantos mosquitos comenzaban a zumbear alrededor nuestro; Duke y yo, empezamos a darles manotazos mientras esperábamos. Troy dijo que el olor del *whisky* rojo, impediría que cualquier mosquito se acercara lo suficiente como para picarnos, y después de tomar un gran trago de *bourbon*, se untó con él la cara, el pescuezo y el revés de sus manos.

Cuando Guthry llegó arriba de la loma, que era un montículo de tierra blanda como de veinte pies de altura, se detuvo y llamó a Clyde Owens. Un momento después éste salió de la casa, golpeando con fuerza la puerta de alambre tejido, y bajó hasta donde estábamos con Guthry.

—¿Qué tal, compañero? —dijo Clyde amablemente, dando la mano a todos menos a Duke Hopkins.

Hizo una pequeña pausa y miró con curiosidad a Duke, como si no estuviera acostumbrado a ver un negro de piel tan clara y pelo castaño lacio.

—Encantado de verlos, encantado de conocerlos —dijo entonces—. No cae gente por Little Dipper muy seguido. Siempre estoy contento de ver a alguien. Este lugar es un poco solitario. Ustedes tenían la idea de pescar, ¿verdad? Bueno, aquí está lleno de bagres para llevar, si ustedes son tan vivos como para seguirles el juego y no perder el tiempo de ellos ni de ustedes tratando de hacerse los científicos. Si no piensan poner un espinel, será mejor que den media vuelta y se vuelvan ya a su casa. —Sacudió firmemente su cabeza de lado a lado, como si nos estuviera dando una última advertencia—. Y si creen que pueden pescar con cañas en la Isla del Verano, desde ya les prevengo que lo único que sacarán después de tanto trabajo será alguna carpa revoltosa.

Clyde Owens era un hombre de estatura mediana, que aparentaba tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años, vestido con unos deformados pantalones de color tostado y una desteñida camisa azul de algodón. Usaba unos gruesos y pesados zapatones embarrados, sin medias. Su ancha cara sonriente estaba curtida por el sol y la lluvia, y grandes mechones rizados de pelo rojizo, desteñido por el sol, caían sobre su frente y nuca.

—Pero escuchen algo más, amigos —dijo sacudiendo otra vez su cabeza con seriedad—. Van a salir muy tarde ya para llegar a la isla antes que oscurezca. Yo no quisiera para mí tener que remar hasta allá y organizar el campamento en la oscuridad si no conociera bien el lugar. Primer punto: por esos lados no hay luz eléctrica como en la ciudad. Y además desde el mes pasado, en que el río creció y casi se abrió otro cauce, ha aparecido una nueva corriente en la mitad de ese remanso cenagoso. Ahora hay que remar con mucha fuerza para poder cruzar la correntada y que no los arrastre pasando la isla hasta quién sabe dónde, río abajo, antes que puedan hacer nada. No me gustaría que ninguno de mis botes acabara más allá de Memphis todo roto y astillado, encajado en algún tronco de nogal.

—Todavía nos queda un buen rato de luz —le dijo Guthry, ansioso por arrancar. Comenzó a pasearse nerviosamente de arriba a abajo por la orilla barrosa—. Hemos perdido todo el día en venir hasta aquí desde Unionville, y queremos llegar a la isla así podremos pescar mañana a primera hora. Para eso vinimos aquí: para pescar y nada más, y no queremos desperdiciar ni un minuto. Muéstranos el bote que nos vas a alquilar así podemos cargarlo y salir de una vez.

—Bueno, no hay otra cosa que hacer en esa isla que pescar, a menos que se lleven algunas mujeres alegres y buen *whisky*.

—No me parece ser alguien que entienda mucho de mujeres y de *whisky* —le dijo Troy—. No veo ningún sitio en este lugar dejado de la mano de Dios donde poder hallar ninguna de las dos cosas.

Clyde echó una mirada relampagueante a Troy, dio media vuelta y se marchó.

Lo seguimos por el borde del agua hasta el muelle, donde nos mostró dos botes de diez pies que había en la orilla. Estaban salpicados de barro y combados por el agua. Se veía que los toletes se les habían zafado y fueron sujetados otra vez en la madera astillada con unos viejos alambres.

Guthry meneó su cabeza en cuanto los vio.

—Esos no sirven, Clyde. No saldría ni a cruzar un charco en uno de ellos. Queremos uno bueno, de fondo sólido y como de quince pies.

—No señor —dijo Clyde categóricamente—. No uno mío. No lo arriesgaría. Llévense esos dos chicos o nada. Si no vuelven no voy a perder mucho.

Troy se arrimó a Guthry y lo hizo a un lado.

—Hablas demasiado para ser una rata de río sin una miserable cola que arrastrar —le dijo a Clyde—. Sabemos lo que hace falta. Y si tú sabes lo que te conviene, cállate la boca y empuja ese bote grande hasta el agua, como queremos.

—Y tú puedes callarte y hacerlo pronto, o no tendrás ningún bote.

Guthry trató de apartar a Troy.

—Déjame ocuparme de esto, Troy —le dijo con calma—. No queremos problemas.

Troy sacudió el brazo que Guthry le sujetaba.

—¡Si no empujan ese maldito bote al agua como queremos —le gritó a Clyde—, lo empujaré yo mismo, y te tiraré al río hasta clavarte en el fondo!

—¡No harás más que gastar saliva! ¡Ahora lárguense de aquí y vuélvanse por donde vinieron!

—¡Jodeputa! —le gritó Troy.

—¡Hijo de puta serás tú!

—¡No me llames así!

—¿Qué te gusta más, un hijo de puta degenerado?

Guthry y Duke se metieron entre los dos y consiguieron separarlos. Troy tiró una trompada y le pegó a Duke.

Se oyó el ruido de un portazo en la casa de la loma y alguien bajó corriendo hacia nosotros.

—¡Papá! ¡Papá! ¿Qué sucede?

Una muchacha como de diecisiete años, apartando el pelo rubio de su cara se había acercado hasta unos pocos metros de donde estábamos. Con una mirada de susto, se quedó allí parada, sujetando el vestido de algodón azul contra su pecho. Tenía puestas zapatillas sin medias y era alta y esbelta, y sus labios carnosos temblaban mientras nos miraba.

—¿Qué sucede, papá? —chilló excitada.

—Betty, ¡corre a la casa y tráeme mi pistola! —le dijo Clyde—. ¡Apúrate! ¡No pierdas el tiempo!

—¡Por favor, no te metas en una pelea, papá!

—¡Búscame la pistola como te dije!

—¡Vuelve a la casa, por favor, papá!

—¡Haz como te digo, Betty! ¡No pierdas más tiempo!

—¡Por favor, papá! —suplicó la chica mientras se alejaba corriendo hacia la casa. Troy se dio vuelta y la miró con interés hasta que se perdió de vista.

—Tienes una hija bien bonita —le dijo a Clyde con una sonrisa amistosa como si nunca hubiera estado enojado—. Me di cuenta enseguida. Es una chica realmente preciosa. Hace mucho tiempo que no veía una tan bonita.

Clyde guardaba un silencio lleno de furia.

—Todos nos pusimos un poco nerviosos —dijo entonces Troy, palmeando a Clyde—. Eso fue todo. No hay realmente ningún problema.

Betty volvió corriendo con una pistola y se la dio a su padre. Se hizo a un lado entonces, mirándolos asustada.

—Cuando dos personas como nosotros se encuentran por primera vez —dijo Troy

seriamente— siempre cuesta un poco entenderse. He notado eso toda mi vida. ¿No es así, Clyde? Podemos ser buenos amigos desde ahora, ¿verdad, Clyde? ¿No es así, Clyde?

—Yo no digo si quiero o no. De todos modos o se llevan los dos botes chicos o no se llevan ninguno.

—Está bien —dijo Troy afablemente, mirando a la chica mientras hablaba. Ella le sonrió levemente y cruzó con fuerza los brazos bajo su pecho—. Está muy bien, Clyde. Ese bote grande no nos soportaría a los cuatro y a todo lo que tenemos que llevar a la isla, de todos modos. Necesitamos dos, tal cual dijiste. ¿Verdad, Guthry? ¿No es así Guthry? ¿No piensas lo mismo, Guthry? ¿Eh?

—Vamos —dijo Guthry dirigiéndose a Duke y a mí—. Apurémonos y llevemos nuestras cosas a los botes para cruzar a la isla antes de que se ponga realmente oscuro.

CUATRO

1

En cuanto cargamos los botes con todo el equipo que teníamos en el camión, estuvimos listos para dejar Little Dipper y empezamos a remar a través del remanso hacia la Isla del Verano.

Pero entonces Troy Pickett dijo que se había olvidado de algo muy importante en el camión y que tenía que volver a buscarlo. Clyde Owens había desaparecido de nuestra vista y Betty se había quedado delante de la puerta de alambre de la casa, en lo alto de la loma, desde donde podía vernos.

Cuando Troy se volvió al camión sin hacer el menor esfuerzo por apurarse, Guthry se enojó tanto que se subió a uno de los botes, le puso los toletes y me dijo que lo empujara de la orilla y saltara adentro pues no estaba dispuesto a perder más tiempo cuando nos quedaba tan poca luz de día.

Dejamos a Duke con los ojos dilatados por la angustia, junto al otro bote en el amarradero.

—¿Qué sucederá conmigo, señor Guthry? —gritó cuando Guthry empezaba a mover los remos—. ¡No se vayan, no me dejen solo en este lugar extraño!

—Este bote no puede llevar más carga de la que ya tiene. Otra persona más en él, y se hunde sin duda. Tendrás que esperar a Troy.

—Sí, ya sé, pero suponga que se le ocurre quedarse aquí toda la noche con esa chica, me parece que está pensando algo por el estilo. Ya me di cuenta. No quiero que me deje aquí y perderme toda la pesca.

—Dale un poco de tiempo para meterse en líos, Duke. Si entonces le pegan un tiro y no aparece en un rato, empieza a remar hacia la isla. Y cuando llegues a esa corriente rápida de la que nos habló Clyde Owens, mantén el bote en un ángulo de cuarenta y cinco grados y rema con toda tu alma. Llegarás bien a la isla si lo haces así.

—Sí, ya sé, pero ¿para qué lado enfilar el bote en la oscuridad?

—Medio de costado, como si rumbearas al norte hacia Chicago, pero yendo al oeste hacia Kansas City al mismo tiempo.

—Sí, ya entiendo, pero ¿cómo hago para saber cuál es esa dirección?

—Abre tu libro de geografía y busca en el mapa.

—Esto sí que es un buen lío —oímos decir a Duke en la orilla—. Está oscureciendo rápido y a gatas si sabré para dónde es arriba y para dónde es abajo cuando llegue solo allí. No sabía que sucedería esto cuando dije que quería venir a pescar. Cómo me gustaría haber cambiado de idea y no estar ahora aquí.

—Es demasiado tarde para cambiar de idea ahora —gritó Guthry desde el río—. De todos modos no tendrás ningún problema, Duke. Dentro de poco habrá estrellas para iluminarte. Acuérdate bien cómo te dije que remaras a través de la corriente, en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Pero si te llegaras a perder, grita tan fuerte como puedas que yo te oiré y te diré lo que debas hacer.

Pasaron varios minutos hasta que oímos nuevamente a Duke.

—¡Señor Guthry! —gritó angustiado.

—¿Qué quieres, Duke?

—¿Está seguro que no puede pasarme nada?

—Nada, si gritas bien fuerte.

—¿A qué distancia dijo que estaba la isla?

—No mucho más que un octavo de milla, en línea recta. Pero puede ser un cuarto de milla si zigzagueas mucho cruzando la corriente.

Era ya de noche cuando llegamos casi a la mitad del remanso. La luna no se había levantado todavía, pero algunas de las estrellas más grandes brillaban en el cielo sin nubes. Era una cálida noche de verano con sólo una leve brisa del sur que formaba pequeñas ondas en el agua. Cada tanto Guthry se daba vuelta para asegurarse de que estaba guiando el bote con un rumbo correcto hacia la isla, de la que se veía sólo un difuso contorno.

La corriente no era tan fuerte en ese momento como Clyde Owens nos había dicho que podía serlo, y pronto la cruzamos y llegamos a aguas tranquilas, donde troncos y ramas flotaban a la deriva alrededor nuestro. Fue entonces cuando Guthry me dijo que tomara los remos y remara el resto del trayecto. Cambiamos de asiento, cuidando de no ladear el bote tan cargado, y él se sentó en el angosto tablón de la popa, haciéndome señas de vez en cuando con la mano para que remara derecho, sin desviarme, hacia la isla.

No se oía otro ruido que el de los remos al hundirse en el agua, hasta que de repente se oyó del otro lado de la isla, en el canal principal, el ronco silbato de un barco, y luego los correspondientes ecos, hasta que desaparecieron gradualmente y se hizo otra vez el silencio. Era un lugar solitario para estar a oscuras, aun con Guthry en el bote, y me pregunté cómo se sentiría Duke si tenía que cruzar el remanso.

—Ya casi hemos llegado, Steve —dijo Guthry—. Estoy empezando a ver los árboles y matorrales de la isla. Apuesto a que tienes tanto hambre como yo. Cuánto me alegro de haber traído bastantes latas de cerdo y porotos, qué bien les van a caer a nuestros estómagos vacíos. Haremos un fuego y prepararemos bastante café bien fuerte para acompañarlos. Pero mañana comeremos bagres, y eso hará que realmente valga la pena haber hecho este viaje. Para eso vinimos aquí: para comer un montón

de pescado frito.

Se dio vuelta y miró atrás hacia Little Dipper Landing. En la orilla se veía sólo una pequeña y débil luz que apenas se reflejaba en el agua. Entonces me preguntó si hubiera preferido quedarme yo allí en lugar de Troy Pickett. Me di cuenta de que se refería a la chica bonita que vimos allí; yo también había estado pensando en ella.

—Steve, apuesto a que esa chica hubiera preferido mil veces que te quedaras tú en vez de Troy. Él es un hombre viejo en comparación con lo joven que es ella, en cambio tú tienes la edad conveniente. Debe sentirse terriblemente sola, sin tener nunca cerca alguien como tú. A lo mejor se siente tan sola que hasta Troy le parece bien. No te llevaría mucho tiempo hacerte amigo de ella ¿verdad? Se llama Betty. Así es como su padre la llamó. Y no te pareció fea, ¿eh, Steve?

Le dije que Betty me parecía una chica muy bonita y que quería hacerse amiga de alguien, pero que hubiera tenido demasiado miedo de su padre para quedarme allí y tratar de arreglar una cita con ella.

—Eso es lo malo de tener tu edad, Steve —dijo comprensivamente—. Es cuando uno levanta presión, pero no siempre puede hacer algo para solucionarlo. Ves una chica así y te vuelves loco por ella, pero antes que pueda suceder algo, llega el padre y te das el susto de tu vida. Sé muy bien cómo es. Lo he pasado también. Muchas veces cuando tenía tu edad. Es algo que nunca olvidas, aunque seas grande. Es entonces cuando quieres desesperadamente sentir contra tu piel una chica así, pero no lo consigues por más dispuesta que ella esté, porque su viejo anda siempre por ahí espionando cada movimiento tuyo, pues sabe muy bien qué es lo que buscas y siempre te pesca antes que puedas meter la mano bajo su vestido. Y ¡qué cuernos! De eso se trata. Y si no consigues meterte bajo el vestido no llegarás a nada. Es un verdadero infierno cuando se tiene tu edad, Steve. Te aseguro que no lo he olvidado. Puedes masturbarte, pero no te servirá de mucho, pues cada vez tendrás más ganas de tener una chica. Entonces comprenderás que sólo la cosa verdadera te puede satisfacer. ¿Y entonces qué? No querrás casarte cuando eres tan joven, serías un tonto en hacerlo. Y ¿qué otra cosa puedes hacer? Yo lo sé. Te buscas una chica que esté dispuesta y sepa qué hacer en privado. ¿Cuál? O es una chica buena a quien la arreglas con cariños o una chica mala que te pedirá dinero. Y así quieran cariñitos o dinero, lo mismo da, si logras obtener lo que deseabas. Así que cuando sepas qué es lo que quieren, arremételo, dáselo y consigue lo que deseas.

»Y otra cosa más, Steve. No corras riesgos con ninguna. Vas antes a una farmacia y dices que quieres comprar un preservativo para no contraer ninguna enfermedad. Esa es la mejor defensa que tendrás para no pescarte lo que muchas te pasarían: enfermedades venéreas o Dios sabe qué. O evitar que una de ellas te diga que va a tener un bebé, y que debes casarte con ella o pagarle un montón de dinero. ¿Comprendes lo que te digo?... ¿Y cómo empecé a hablar de todo esto, Steve? Ah, ya sé. Fue por esa chica del embarcadero. Bueno, hay una cantidad de cosas sobre las cuales es mucho más fácil hablar en la oscuridad que a la luz del día. En verdad, no

sé qué es lo que sabes sobre todo esto, pero, de todos modos, no te vendrá mal que te lo repita aunque lo hayas oído antes. No sé qué te habrá dicho tu padre sobre chicas y mujeres, pero yo te lo puedo decir en términos que quién sabe si él se animaría a usar. El padre de un muchacho puede sentirse incómodo para eso. Así sucedió con mi padre, y me pasé mucho tiempo sin conseguir saber lo que quería. No importa cuánto quiera ayudarte tu padre, siempre hay algo que le impide ir demasiado lejos. Y esto es algo que te da vergüenza preguntar a tu madre. Es natural. Y si lo quieres averiguar por los otros chicos, saben tanto como tú. O si no, se jactarán de saber mucho y puedes acabar con más problemas de los que te convienen.

»Eso es lo bueno de tener un tío. Puede ser un gran amigo cuando se trata de estas cosas: Yo lo sé bien. Cuando finalmente le pregunté a mi tío una serie de cosas, sabía exactamente lo que me preocupaba y fue derecho al grano. Entonces quise haberle preguntado todo eso mucho antes. Él me explicó y aclaró todo lo que necesitaba saber.

»Así que cuando sientas ahora un gran deseo de tener una chica y quieras llegar bajo su vestido, puedo ser muy comprensivo, en vez de decirte —como muchos lo harían— que no debes pensar en tales cosas. Eso es un pésimo sistema para tratar a un muchacho como tú. No puedes dejar de pensar en eso, lo mismo que no puedes dejar de tener hambre cuando tu estómago está vacío.

»Te diré qué puede suceder si oyes demasiados consejos de ese tipo, y te pones a creer en ellos: te apartarás tanto de las mujeres y les tendrás tanta vergüenza, que podrías acabar andando con esos grupos de muchachos y hombres grandes que hacen entre ellos las mismas cosas que deberían hacer normalmente con las mujeres. Mételo en tu cabeza, Steve. Hay muchos de esos dondequiera que vayas, no te olvides. Anda siempre tras una chica, no dejes que te hagan a un lado. Es tu tío quien te lo dice.

Como Guthry ya había estado otras veces en la Isla del Verano, sabía muy bien dónde quería amarrar el bote, y cuando faltaban unos pocos metros para la costa, me dijo que remara derecho hacia adelante. La tierra grisácea era suave pero no barrosa donde embicamos el bote, y justo al final del remanso había un gran claro hecho por otros pescadores, que habían cortado árboles y arbustos para tener un sitio despejado donde acampar.

Habíamos llevado una linterna, pero no la prendimos. En vez de eso, Guthry juntó unas cuantas ramas y hojas y prendió enseguida un fuego en la mitad del claro. Con el brillante resplandor de las llamas, fue fácil encontrar más ramas caídas y secas para mantener la hoguera. En pocos minutos la fogata iluminó todo el lugar hasta la orilla del remanso, donde habíamos amarrado el bote.

Pájaros de distintos colores que dormían en los árboles y arbustos de los alrededores comenzaron a piar y agitar sus alas como si los hubiera despertado la luz del amanecer. De vez en cuando alguno, medio dormido todavía, revoloteaba atropelladamente en torno nuestro, hasta encontrar otro lugar donde posarse.

En los árboles altos había también cuervos que graznaban y búhos que chillaban, y podíamos ver los ojos redondos de estos últimos brillando con la luz de la fogata.

Guthry dijo que probablemente hubiera culebras y serpientes de agua venenosas, que llegaban a la isla en los troncos y leños, pero que no había peligro de que nos picaran pues no bien oyeran nuestras voces y pasos se esconderían. Agregó que a lo mejor también había algunos conejos y coatíes —tal vez alguno que otro zorro—, que bajan en los camalotes arrastrados por la corriente de las crecidas primaverales. Pero como ya era noche cerrada estaba demasiado oscuro como para poder ver más allá del abra otra cosa que las brillantes y verdes hojas de los sauces relucientes a la luz del fogón.

Habíamos descargado y llevado algunas provisiones del bote hasta el claro, cuando oímos unos tiros de pistola al otro lado del remanso. Fueron tres tiros, uno tras otro, y cuando sus ecos se desvanecieron, el único ruido que se oía era el suave golpeteo del agua contra el bote.

Guthry sacudió la cabeza con gravedad mientras me miraba con una ligera sonrisa.

—Bueno, vivo o muerto —dijo pausadamente—, Troy Pickett se las buscó de veras. Lo veía venir, y lo único que me sorprende es que haya tardado tanto en suceder. Clyde Owens se moría por dispararle a alguien no bien tuvo la pistola en sus manos. Troy lo sabía. Creí que sería más sensato y que no se quedaría ahí arriesgándose por pavar con esa chica. Podía haber esperado unos pocos días para volver a Unionville y conseguir lo que quería.

Le dije a Guthry que me alegraba de que no me hubiera dejado en el embarcadero a que me pegaran tres tiros.

—Vamos, Steve ¿quién querría tirarle a un muchacho inocente nada más que por pescarlo tomado de la mano con una chica?

Miramos a través del remanso en la oscuridad y escuchamos por si se oían nuevos disparos. Todo estaba en silencio y lo único que veíamos era una luz débil y vacilante en la orilla.

—Bueno, ese debe haber sido el fin del tiroteo y a lo mejor el fin de Troy también —dijo Guthry—. Y si a Troy Pickett le ha sucedido lo peor, voy a ser yo quien tenga que decírselo a su mujer. Es algo que odio. Tendré que contarle la pura verdad, porque el *sheriff* va a averiguar cómo sucedió y de cualquier modo todo se va a saber luego en el tribunal. Si un hombre se emborracha y se pelea, o si se lo pesca haciendo trampas en una partida de póker, es diferente. Pero cuando se le pega un tiro a un hombre casado por divertirse con otra mujer, o si a un hombre de afuera se le pega un tiro por andar con una mujer casada...

Guthry se dirigió hacia la fogata en medio del claro.

—Ven, Steve —me gritó—. Calentemos un poco de café y abramos unas latas de porotos con tocino. Me estoy muriendo de hambre. Y apuesto a que tú también. Ha pasado ya mucho tiempo desde que comimos el queso con galletitas en el almacén de Hugh Huffman.

Pusimos una parrilla de hierro sobre el fuego y luego un gran jarro de lata para hacer café. Abrimos los tarros de porotos, sacamos las cucharas de una de las cajas y nos sentamos en un tronco, al lado del fuego y empezamos a comer del mismo envase. Los porotos guisados estaban fríos y pegajosos, pero tenían buen olor y tan rico gusto, que los terminamos enseguida y abrimos dos latas más.

Cuando el café de achicoria hirvió hasta ponerse bien negro, nos sentamos a la luz de la lumbre, envueltos en el humo del fuego, comiendo porotos y bebiendo café, y entonces pensé que nunca había comido mejor, en mi casa o fuera de ella. Aspirando los aromas mezclados del humo y el café, y escuchando los ruidos de los pájaros alrededor nuestro a esa avanzada hora de la noche, parecía estar a miles de millas de distancia, en un extraño lugar de la Tierra.

Por buen rato no dijimos una sola palabra, después, Guthry dijo que como teníamos bastante grasa de chanco y harina de maíz, por la mañana prepararíamos una masa y haría unos pastelitos en la sartén para comer con tajadas de tocino frito como desayuno. Pero a partir de entonces, agregó con una gran sonrisa, tendríamos pescado frito cada vez que nos sentáramos a comer.

Habíamos terminado los porotos y estábamos tomando el café, cuando oímos por primera vez a Duke Hopkins que nos llamaba de algún lugar no muy lejos de la isla. Se lo oía bastante cerca como para no estar perdido, pero sí parecía afligido por algo.

3

Cuando llegamos a la orilla donde habíamos embicado nuestro bote, Duke gritaba más fuerte que nunca.

—¡Señor Guthry! ¡Señor Guthry! ¿No me oye, señor Guthry? ¡Usted dijo que me oiría!

—¿Eres tú, Duke? —le contestó Guthry.

—Sí, soy yo, señor Guthry.

—¿Qué te pasa?

—Estoy en un apuro.

—¿Qué clase de apuro?

—Remo tan fuerte como puedo pero no me acerco ni una pulgada a la isla.

—Recuerdas cómo te dije que debías hacerlo: rema hacia Chicago y hacia Kansas al mismo tiempo. No pierdas la cabeza y...

—No quiero ir a esos lugares. Quiero poner mis pies en tierra firme lo más rápido posible.

—Entonces todo lo que tienes que hacer es mantener el bote en un ángulo de cuarenta y cinco grados como te dije.

—Estoy haciendo eso lo mejor que puedo, pero sigue yéndose hacia Memphis.

—Bien Duke, te diré qué otra cosa puedes hacer.

—¿Qué, señor Guthry? ¡Por favor, dígamelo pronto!

—Da la vuelta, vuelve hacia atrás y toma un buen envión de nuevo. La corriente no era tan fuerte como para que Steve y yo no pudiéramos cruzarla hace un rato.

—Bueno, algo debe haberla acelerado porque ahora sí que lo es. Y tampoco quiero volver a acercarme otra vez a ese barrial en Little Dipper.

—¿Qué fueron todos esos tiros que se oyeron allí, Duke?

—¿Pudieron oírlos desde acá?

—Oímos tres disparos.

—Yo también los conté.

—¿Qué le sucedió a Troy Pickett?

—Está aquí conmigo en el bote.

—¿Está herido? ¿Lo balearon?

—No lo hirieron, pero aquí esta tirado y sin aliento de tanto correr.

—¿Lo descubrieron haciéndose el vivo con la chica?

—Pregúnteselo usted mismo cuando pueda hablar, señor Guthry. Dígame tan sólo cómo llegar a donde están ustedes. Eso es todo lo que ahora quiero saber. Puedo ver el fuego brillando detrás de ustedes y no quiero perderlo de vista y que la corriente me arrastre río abajo en esta noche oscura.

—Entonces rema con toda tu alma, y llegarás pronto a aguas tranquilas. Si te alejas un poco por la corriente, no te aflijas. Todo lo que tienes que hacer entonces es remar de vuelta bordeando la isla. No te costará trabajo alguno si haces lo que te

digo, y no te aturdas y pierdas la cabeza.

—Por el momento no sé bien donde tengo la cabeza, pero sé que mis manos son dos enormes ampollas.

Con la pálida luz de las estrellas podíamos ver el bote que avanzaba lentamente hasta llegar al remanso, justo antes de que la corriente lo arrastrara fuera de nuestro alcance hacia el extremo de la isla. En pocos minutos Duke había remado hasta donde estábamos nosotros esperándolo y embicado su bote junto al nuestro. Troy se bajó y a los tropezones y sin decir palabra se dirigió al claro donde estaba la fogata.

Mientras Troy y Duke comían los porotos de las latas, Guthry les sirvió café en dos jarros. Troy no había dicho nada todavía, hasta que Guthry le preguntó cuál había sido la causa de los tiros en Little Dipper.

—Jodeputa —dijo entonces Troy—. Yo no hacía nada más que estar parado junto al camión silbando un poquito. Cuando en eso me doy cuenta que la chica sale de atrás de unos arbustos y se para ahí adelante mío, tan cerca, como para estirar el brazo y tocarla. No dijo una palabra mientras la manoseaba ni cuando la agarré bien fuerte, y tampoco trató de soltarse. Pero antes que pudiera acostarla Clyde Owens empezó a los tiros desde los arbustos. Tuve que correr como el demonio para llegar al bote y escapar de ahí antes que siguiera tirando. Clyde Owens es un maldito degenerado.

—Te podrían haber matado por eso, Troy —le dijo Guthry—. Y bien que lo sabes.

—Puede ser, pero la próxima vez me avivaré antes de que pueda echarme. Todavía no he terminado.

—Mejor sería que hubieras terminado ya. Y si me escuchas, esperarás hasta que vuelvas a Unionville donde tienes tus rebusques.

—¡Qué cuernos! Allí siempre puedo conseguir una mestiza. Esas son para cualquier día. Pero una chica blanca va muy bien con una excursión de pesca y la hace realmente especial. De todos modos, yo le iba a hacer un favor, así no iba a ser violada por un negro. Por eso me quedé allí, para protegerla.

Señaló a Duke con su dedo.

—¡Me oíste, negro degenerado! Te figurabas que tú la ibas a violar ¿no?

Duke no dijo nada.

—Un momento Troy —dijo Guthry enseguida—. Hasta aquí nomás. No tiene sentido hablar en esa forma. Sé razonable. Sabes por qué volviste al camión, y que no fue porque te hubieras olvidado de algo tampoco. Y durante todo ese tiempo Duke se quedó en el muelle esperándote en vez de remar hacia aquí junto con Steve y conmigo, dejándote allá. Me parece que deberías estarle agradecido por eso, en vez de acusarlo de algo que no hizo. Si no te hubiera esperado, en buen lío estarías metido. A lo mejor todavía te tendría acorralado Clyde Owens para pegarte un tiro y a lo mejor ya estarías muerto. Y además hemos venido aquí a pescar, no a pelear. Esta isla es bastante grande como para que cuatro personas puedan pescar en ella pero no

lo suficiente como para que se pongan a armar camorra por cualquier cosa. Bueno, hagamos lo que pensábamos hacer cuando vinimos y nada más.

Troy señaló nuevamente a Duke.

—¿Por qué no dice nada si realmente no pensaba violar una chica blanca?

—No necesita decir nada. ¡Déjalo en paz, Troy, caramba!

—Quiero oír como miente.

—Señor Troy, por favor no me meta en esto —dijo Duke finalmente—. No tuve nada que ver con este asunto, no empecé esta conversación y no tengo nada que decir al respecto.

—¡No tiene nada que decir! Ya los conozco a ustedes, los negros. Los he tenido cerca toda mi vida y sé lo que piensan. Los veo todos los días en la calle mirando de arriba a abajo a las mujeres blancas y desvistiéndolas en su imaginación. Todo negro maldito quiere violar una blanca. A ver qué mentira dirás sobre eso.

—Puede decir todo lo que quiera, señor Troy, yo no voy a hablar.

—¡Hablarás si te digo que lo hagas!

—Pero no mentaré.

Levantándose del tronco, Guthry caminó alrededor del fuego diciendo que no creía que esa noche llovería y que sería mejor esperar hasta el día siguiente para armar la carpa. Duke armó los catres y extendió una manta sobre cada uno de ellos. Luego desenrolló la pieza de mosquiteros y cortó cuatro pedazos del tamaño de una sábana para cubrirnos con ellos mientras dormíamos. Los mosquitos no nos incomodaban todavía porque la fogata hacía una humareda que los mantenían alejados.

Troy buscó una botella de *bourbon* de la bolsa y se sirvió una buena cantidad en su jarro de café. Después de beber un sorbo y asentir con aprobación le pasó la botella a Guthry.

—Es hora de tomar un trago —manifestó con una sonrisa amistosa—. ¡Qué caray! Las charlas pueden esperar, pero el buen *whisky* rojo no. No estoy enojado con nadie ahora.

Guthry empujó la botella y luego sirvió un poco en el jarro de Duke. Cuando terminó, puso la botella, que ya estaba a medio vaciar, en el suelo al lado del tronco.

—Le diste a Duke un poco de *whisky* —dijo Troy— y ¿por qué no le das un trago a Steve? ¿Por qué tratas a un negro mejor que a un muchacho blanco?

Guthry señaló la botella junto al tronco.

—Steve sabe dónde está la botella y si quiere un trago se lo servirá él mismo. Yo no le voy a dar *whisky* ni ningún otro lo hará, tampoco. Eso es algo que a su edad tiene que decidir por sí solo: ni tú ni yo. Y no lo olvides, Troy. Steve vino aquí para aprender por su cuenta y así es como será. Lo mismo que aprender a limpiar pescados y cocinar en una fogata. O verte a ti casi muerto a tiros por Clyde Owens.

—¡Demonios!, no le tengo miedo a Clyde Owens. Puedo volver allí cuando quiera una mujer y acostarme con ella y embromarlo a Clyde Owens dos veces en la

misma noche a las puertas de su casa.

CINCO

1

Cuando a la mañana siguiente estábamos todos sentados en los troncos alrededor de la fogata, tomando el desayuno, Guthry dijo que en cuanto termináramos, lo primero que debíamos hacer era preparar el espinel, ponerle los anzuelos y la carnada, así la próxima vez que nos sentáramos a comer tendríamos un buen plato de pescado, en vez de porotos.

El espinel consistía en una fuerte, fina y bien retorcida soga de cáñamo, que debía ser extendida a lo largo de unos cuarenta o cincuenta metros, a través del canal interior desde un gran nogal que había mutilado una creciente y que se había encallado en la parte superior de la isla, hasta el tronco de un álamo en tierra firme, cerca de la desembocadura de Shady Creek.

Había más o menos una docena de anzuelos a los cuales debíamos ponerles plomadas y atar a tanzas de aproximadamente seis pies de largo, las que a su vez se unían al espinel a intervalos de diez pies, y una vez que tuvieran los plomos llegarían a la profundidad necesaria para pescar los bagres más grandes. Guthry había cortado en tiras un pedazo de género blanco para atarlas a cada tanza del espinel. Además, la soga de cáñamo tenía que estar atada bastante tirante para quedar suspendida fuera del agua, así cuando picara un bagre y la sacudiera de arriba a abajo, el pedazo de trapo blanco se agitaría como una bandera y sabríamos exactamente en qué anzuelo estaba picando.

Guthry dijo que ya era hora de que encamáramos los anzuelos con el pellejo del tocino, pues quería hacerlo antes que nada y no con el espinel ya colocado a través de los riachos que van a Shady Creek; Troy replicó inmediatamente que ése era un mal sistema para pescar con espinel, y que él quería hacerlo como se debe o de lo contrario remaría de vuelta a Little Dipper y se volvería solo en su camión.

Troy había estado peleador, criticón y malhumorado desde que se levantó, esa mañana. Para empezar, cuando los bulliciosos pájaros de la isla lo despertaron al reiniciar sus gorjeos del amanecer, nadie más pudo seguir durmiendo, pues empezó a gritar y blasfemar y a tirar palos a cuanto pájaro veía en los árboles o arbustos. Luego, criticó al café que había hecho Duke, diciendo que era demasiado liviano y frío como para que un blanco como él pudiera tomarlo. Y después de eso volvió a

quejarse porque no teníamos miel para poner a las tortitas de maíz preparadas por Guthry para el desayuno.

Tampoco el tiempo le venía bien. Dijo haber visto una nube que avanzaba sobre el río y que quizá lloviera durante todo el día para arruinarle su excursión de pesca. Se lo pasó protestando y rezongando toda la mañana, pero nadie le había hecho caso, hasta que empezó a pelearse con Guthry por la forma de encarnar los anzuelos del espinel.

—Tú no entiendes un pito de pesca con espinel, Guthry Henderson —dijo Troy—. Yo he tirado de vuelta más pescados al río de los que nunca viste en tu anzuelo.

—Hubo un tiempo en el que venía por acá y algo pescaba —le dijo Guthry.

—¿Qué clase de pescados? —Hizo una pausa y riéndose de Guthry agregó—: Ya sé lo que quieres decir. Mucha gente como tú creen ser grandes pescadores si por casualidad pescan una trucha flaca o una perca en un bañado. ¡Qué diablos! Eso es pesca para viejas. Ahora mismo sé yo más de lo que nunca lograrás saber mientras vivas sobre cómo sacar bagres de estas malditas y cenagozas aguas del río.

—Puedes tener razón en todo lo que has dicho hasta ahora —replicó Guthry—. No pienso discutir sobre eso. Pero si no ponemos carnada en los anzuelos antes de extender el espinel, alguien tendrá que subirse a un bote y hacerlo después. Y no va a ser fácil mantener quieto un bote y encarnar todos los anzuelos en medio de la corriente. Por eso mejor es hacerlo ahora y que esté ya listo para colocarlo, ahorrándose todo ese trabajo.

—Coloca tú ese maldito espinel, que yo te enseñaré a encarnarlo como se debe. Entonces sabrás algo más que cuando viniste aquí.

—Dime entonces una cosa.

—¿Qué?

—¿Quién va a remar y mantener firme el bote en esa rápida correntada mientras les pones carnada a los anzuelos?

—Eso es cosa de Duke. Él hará lo que yo le mande. ¿No es lo que corresponde? Me dijiste que haría cualquier trabajo ¿no? Entonces ni una palabra más. Anda y coloca el espinel. Y si no te da demasiada vergüenza, puedes venir a ver cómo yo hago el resto y aprenderás muchas cosas que no sabes sobre pesca. Y luego cuando vuelvas a la ciudad podrás jactarte de ser un experto en espineles.

—Está bien, Troy —asintió Guthry finalmente con un gesto de su mano—. Estoy cansado de discutir. Ve adelante y hazlo a tu modo. No vine hasta aquí para discutir. Vine para pescar y comer pescado.

Guthry me llamó con un ademán.

—Ven, Steve. Vamos a extender esa línea a través del canal tal como está, y dejemos que Troy le ponga la carnada como a él le gusta, después.

Pusimos pues la sogá en un bote, y remamos hasta el extremo superior de la isla. Aun antes de bajarnos se podía apreciar que allí los retoños de los árboles, los arbustos y las viñas silvestres habían convertido el lugar en una verdadera jungla.

Además de los sauces que crecían por doquier en la Isla del Verano, había muchas otras variedades de árboles —robles, nogales, pinos, arces y algarrobos— que habían sido arrastrados río abajo por las crecientes de primavera y consiguieron echar raíces y sobrevivir aun después de chocar contra troncos y demás palos de resaca amontonados en ese lugar. Unos cuantos frutales —manzanos, perales, ciruelos y cerezos— habían crecido también con mucho esfuerzo y medio raquíticos, a la sombra de los enormes sauces.

Después de embicar el bote en la punta de la isla, bajamos y nos quedamos mirando a través de los angostos canales. En ese lugar era donde la corriente tenía más fuerza, y se veían arremolinarse hojas y ramas de toda clase y maderos flotantes, en las partes más angostas del cauce, rumbo al tranquilo remanso.

El sol de la mañana se veía ya por sobre la copa del álamo de Shady Creek, y doscientos metros al sur de éste, en Little Dipper, podíamos ver su débil reflejo en el techo herrumbrado de la casa de Clyde Owens. Estábamos demasiado lejos para poder ver a Betty o a su padre alrededor de la casa o en el embarcadero.

—Como te dije antes que saliéramos de Unionville: mientras estemos aquí aprenderás tanto sobre la gente como sobre la pesca, Steve —me dijo Guthry cuando estábamos allí parados. Se rió un poco para sí mismo, y como recordando su discusión con Troy Pickett, pateó un palo de leña—. Y por la forma en que ha comenzado, aprenderás mucho más de lo que esperábamos. De modo que, así no pesquemos nada, igual te habrá valido la pena el haber venido.

»Troy no podía dejar de salirse con la suya acerca de la carnada, ¿viste? Bueno, es en un lugar así, en un *camping*, donde conocerás de verdad las dos cosas, la gente y la pesca. Algo que difícilmente aprenderías en los libros de texto de Unionville o de Memphis.

Guthry dio vuelta un poste que parecía el último parante de una baranda de escalera.

—Steve, en el mundo hay una cantidad de gente como Troy Pickett y te encontrarás con muchos de ellos a medida que crezcas. A veces Troy me fastidia bastante, pero no puedo enojarme del todo con él, diga lo que diga. Creo que comprendo cómo se siente y por qué, y a veces me salgo de mi línea para disculparle su modo de hablar y actuar. Como no tiene casi ninguna educación recela de cualquiera que haya pasado el cuarto o quinto grado: es una barrera, un obstáculo en su vida. Y seguiría siéndolo aunque hubiese ido al colegio unos años más: en vez de sentirse inferior, se siente superior a cualquiera que tenga una educación normal o común.

»Y ésa es probablemente la razón por la cual se vuelve pendenciero y hostil, como cuando amenazó con irse y dejarnos atascados aquí si no podía salir con la suya y encarnar el espinel como quería. Y cuando se trata de una persona de color, como Duke Hopkins, con suficiente educación como para ser un maestro, no le tendría mucha confianza a Troy; es capaz de resentirse tanto que nada le importaría hacerle

algún daño a Duke, pues éste es un negro con una educación superior a la suya.

»Y Troy no es único: es uno entre miles. Hay muchísimos como él entre los blancos, no solamente en Unionville sino en todos los lugares donde he estado en Tennessee y Kentucky. Yo por lo que sé sobre el asunto, también los encontrarás en Mississippi y Alabama. Son los que, por un dólar, son capaces de trampear a los negros en los negocios, o les roban en el peso su parte de las cosechas de algodón o maíz, o no quieren votar impuestos para edificarles colegios. Pero no va a haber muchos cambios hasta que unas cuantas generaciones de blancos abandonen esa mentalidad de quinto grado y adquieran más tolerancia y humanidad de la que tienen ahora. ¿Qué te parece esto como sermón en la mañana de un miércoles antes de haber sacado el primer pez?

»Pero acuérdate de lo que te dije sobre Troy, Steve. Si te provoca y quiere pelear por algo, ignóralo. No permitas que te saque de las casillas. Déjalo hablar no más y descargarse. Le dará esa sensación de superioridad que tanto ansía y nada de lo que te diga te va a herir. En cambio tú saldrás un poco más sabio después de una experiencia así. Como te dije antes con respecto al campamento: aprenderás bien de cerca algo más que escupir al anzuelo para tener buena suerte. Y ahora coloquemos ese espinel para pescar nuestros bagres. Vamos a estar bien hambrientos cuando el sol esté sobre nuestras cabezas, y ahora mismo está corriendo hacia allí.

Aseguramos una punta de la línea al gran tronco mutilado y luego la arrastramos por el agua mientras remábamos por los canales. Los anzuelos con sus plomadas, pero sin carnada, ya habían sido atados a las tanzas que pendían de la soga.

La corriente del canal era realmente tan rápida como parecía desde la isla, y el bote giró varias veces sobre sí mismo en el turbulento remolino antes que llegáramos a la otra orilla. Después de haber estirado bien la línea, la atamos firmemente al gran álamo y remamos de vuelta hacia el abra de la isla.

Troy nos esperaba protestando porque no habíamos vuelto antes. Había cortado el tocino en trozos del tamaño de los anzuelos y llenado con ellos una lata de porotos. No bien Guthry y yo llegamos a la orilla, él y Duke se subieron al bote y remarón hasta donde estaba el espinel.

Troy empezó a poner las carnadas por el extremo más cercano a la isla, donde casi no había correntada. Duke podía entonces mantener el bote en un mismo lugar mientras Troy se inclinaba hacia un lado para agarrar una tanza y poner carnada en el anzuelo. Todo iba muy bien hasta que llegaron a la mitad del canal, donde la corriente era más fuerte.

Mientras los observábamos pudimos ver que Duke estaba haciendo todo lo que podía para mantener el bote quieto mientras Troy se inclinaba hacia un costado, pero la correntada lo empujaba permanentemente hacia atrás y hacia adelante y Troy le gritaba y blasfemaba todo el tiempo. Sabíamos cómo era de fuerte la corriente y qué difícil le sería a cualquiera poder mantener ese bote, de fondo chato, en una posición fija por más de uno o dos minutos.

Todavía faltaba ponerle carnada a tres o cuatro anzuelos más, cuando Troy, inclinándose demasiado sobre el costado del bote, perdió el equilibrio y se zambulló de cabeza en el agua turbia. Entonces el bote se volcó, Duke también cayó al agua y la corriente comenzó a arrastrar al bote y los remos fuera de nuestro alcance. Podíamos ver a Duke manteniéndose a flote y nadando en dirección a la costa más cercana, pero Troy todavía no había salido a la superficie.

Cuando Guthry y yo nos subíamos al otro bote para rescatar los remos y remolcar el primero antes que la corriente se los llevara río abajo, oímos gritar a Troy pidiendo auxilio. Había salido a la superficie sólo un instante y luego había vuelto a desaparecer. No bien recogimos los remos y atamos el otro bote a remolque, remamos con todas nuestras fuerzas hacia donde habíamos visto a Troy por última vez.

Remábamos contra la corriente, y antes que llegáramos muy lejos, Duke había dado marcha atrás y nadaba otra vez en dirección al canal. Lo vimos zambullirse y luego desaparecer. Cuanto más tiempo pasaba sin que Troy o Duke aparecieran fuera del agua, más miedo teníamos que los dos se hubieran ahogado.

Nos parecieron eternos los minutos que pasaron hasta que Duke finalmente apareció en la superficie. Cuando salió tenía agarrado a Troy por la camisa,

manteniéndole la cabeza fuera del agua. Guthry y yo estábamos todavía bastante lejos y la fuerte corriente no nos dejaba casi avanzar. Entonces, sin esperarnos, Duke comenzó a nadar hacia la isla rodeando con un brazo la cabeza de Troy para mantenerla fuera e impedir que se ahogara.

Cuando llegamos a la orilla, Duke había tendido a Troy cabeza abajo en la tierra y estaba masajeándolo para sacarle el agua de los pulmones y haciéndole respiración artificial.

—¡Jesucristo! —dijo Guthry, arrodillándose al lado de Troy—. Era un hombre muerto, allá en esa agua. Muerto y enterrado. Todavía seguiría siendo un hombre muerto si no lo hubieras sacado tan rápido como lo hiciste, Duke. ¿Crees que ahora se pondrá bien?

—Está volviendo en sí. Ahora respira mejor. Creo que lo pescamos justo a tiempo.

—Bueno, si sale de ésta, mejor será que aprenda a nadar antes de que se le ocurra volver aquí otra vez, a caerse de un bote. ¿Cómo diablos lo pudiste encontrar en esa agua tan turbia? ¿No podrías ver nada, eh?

—No podía ver, pero podía sentir. Me zambullí bien al fondo y lo pesqué antes que lo arrastrara la corriente.

Quejándose débilmente, Troy se dio vuelta hacia un lado. Cuando abrió los ojos, reconoció a Duke que estaba inclinado sobre él.

—¿Qué diablos estás haciendo? —dijo débilmente, respirando todavía con dificultad—. No quiero mugrientos a mi lado. Vete de aquí.

—¡Maldición, Troy! ¡Cállate la boca! —le gritó Guthry.

Duke entonces se puso de pie y se dirigió al claro del bosque.

—Eres un estúpido maldito, Troy —le dijo Guthry—. ¿No sabes que Duke Hopkins te salvó la vida? Tienes la suerte de estar vivo y respirando gracias a Duke. No tuve tiempo de poder hacer algo allí para salvarte, estabas demasiado lejos. Si no fuera por Duke todavía estarías en el fondo del río, o muerto y arrastrado veinte millas río abajo a esta hora. Se zambulló para buscarte y te trajo hasta aquí. Mejor que pienses un poco en eso.

—Fue culpa suya. No mantenía el bote quieto como le dije.

—Y tú tampoco hubieras podido hacerlo. Nadie podía. Yo estuve en esa correntada y sé cómo es. No puedes seguir culpándolo. Cállate la boca de una vez.

Moviéndose trabajosamente, Troy se sentó por primera vez desde que Duke lo arrastró a la orilla. Su camisa y pantalones chorreaban agua fangosa y trató de escurrirlos un poco. Se quitó entonces los zapatos y las medias para que se secan más rápido. Su cara estaba pálida y respiraba entrecortadamente.

Sin decirle nada más a Troy, Guthry se levantó para mirar el espinel. Varios anzuelos tironeaban y lo hacían chapuzar arriba y abajo.

—Ven, Duke —gritó en dirección al abra—. Ya tenemos bagres ensartados en los anzuelos. Vamos a sacarlos.

—Ya voy, señor Guthry —dijo caminando hacia nosotros—. Pero tenga cuidado. No quiero volver allí y caerme otra vez al agua. Ya ha sido suficiente por un día.

—Óiganlo fanfarronear por lo que hizo —dijo Troy—. ¿Qué te dije yo que con ese nombre y siendo maestro iba a andar dándose corte?

3

Mientras Guthry y Duke empujaron el bote al agua y comenzaron a remar en dirección al espinel, Troy los contemplaba en silencio, hasta que Guthry sacó el primer pescado del anzuelo y le volvió a poner carnada. Entonces Troy me preguntó si yo había visto a Duke zambullirse para buscarlo bajo el agua y llevarlo luego hasta la orilla.

—¿Es ésa la pura verdad, Steve? —me preguntó después de haberle contado exactamente lo que había sucedido—. ¿Lo hizo todo él solo en verdad? ¿Tú y Guthry no lo ayudaron para nada? No me vayas a mentir por defender a un negro.

Le dije que Guthry y yo estábamos demasiado lejos y contra la corriente, y que por eso no habíamos podido llegar a tiempo para ayudar a Duke.

—Jodeputa... —dijo lentamente, sacudiendo su cabeza mientras miraba a través del remanso hacia donde estaban Guthry y Duke.

Ya parecía completamente recuperado, aunque su cara aún estaba pálida y no trataba de levantarse. De vez en cuando, sin poder conformarse con que Duke por sí solo le hubiera salvado la vida, seguía sacudiendo la cabeza.

—Nunca pensé tener que estarle agradecido a un negro desgraciado por haberme hecho un favor. Pero no vayas a contar lo que te digo. Me pongo furioso como el demonio cada vez que me acuerdo. Pero eso no me impedirá seguir odiando a cada uno de estos malditos que alguna vez haya visto la luz. Porque siempre odiaré a los negros y me alegro de ello.

Se dio vuelta hacia mí con una mirada ansiosa.

—Por Dios, dime la verdad, Steve. Tampoco te gustan los negros a ti ¿verdad?

Le dije que para mí su diferencia de color conmigo no era razón suficiente como para que no me gustaran.

Levantó un puñado de tierra y lo tiró al remanso, tan lejos como pudo.

—Hablas igual que tu tío. ¿Se puede saber qué clase de blancos son ustedes los Henderson?

Lo único que se me ocurrió fue repetirle una vez más que no había motivo para que no me gustaran los negros.

—Puede ser que tengas una pequeña excusa —dijo sonriendo levemente—. Vienes de Memphis. La gente de esa ciudad no conoce a los negros como yo. Pero por Dios debes apurarte y aprender a conocerlos si vas a seguir viviendo donde los negros crecen como yuyos. Si no aprendes, ellos te ganarán de mano y comenzarán a pisarte los pies a propósito y harán todo lo que quieran con los blancos. Demonios, creerán que pueden adueñarse de todo el país si no se los mantiene en su lugar a palos. Algunos de ellos, como Duke Hopkins, ya piensan así. Sé lo que tienen los negros en sus cabezas. Hazme caso. Yo te voy a enseñar mucho sobre ellos.

»He sido así toda mi vida, y nada me hará cambiar, ni siquiera lo que hizo Duke Hopkins. Y lo hizo para poder jactarse, nada más. Cuando yo era un chico de cinco o

seis años, y jugaba con ellos —y eso era antes de saber hacer algo mejor que jugar con negros— me gustaba pararme atrás de un negrito cuando no estaba mirando y pegarle puñetazos con todas mis fuerzas en cuanto tenía una oportunidad. Y les tiraba a cualquiera de ellos una pedrada o un botellazo en cuanto encontraba una ocasión. O si no clavaba un clavo oxidado a una tabla y lo ponía con la punta para arriba escondido en el pasto, para que se lo encajaran cuando pasaban descalzos. Lo que más me gustaba era verlos clavarse el clavo oxidado en sus pies. Porque entonces empezaban a aullar llamando a su mamita como si el mundo se viniera abajo.

»Ahora sabes cómo desde el vamos aprendí a tratar a los negros. Ya no les hago más el truco de los clavos. Ahora tengo algo mejor. Me gusta tratar de atropellarlos con mi camión cuando los agarro cruzando la calle antes que me vean y tengan tiempo de pegar un salto para esquivarme. Me encanta verlos saltar de ese modo, así no se olvidarán que hay blancos a su alrededor. Y no pueden hacer un cuerno para evitarlo, tampoco. Los blancos no atestiguarían en contra mío, y los negros tienen miedo. Ahora mismo en Unionville, la mayoría de los negros me conoce cuando me ven venir en el camión y empiezan a correr como locos cuando estoy a una cuadra todavía.

»Pero te diré algo más sobre mí. Me vuelvo loco por las chicas mulatas. Y por Dios que tengo razón. Me gustan cuando tienen más o menos doce o catorce años —ésta es la mejor edad— y me refiero a las de piel más clara, las que no tienen mota y que casi podrían pasar por blancas si se tomaran ese trabajo. Es la mejor clase de mulatas, créemelo, nadie sabe de eso más que yo. Si todavía no lo has hecho, prueba y verás que te he dicho la pura verdad. Claro que es posible que luego te estropee para toda tu vida tu gusto por las blancas comunes, como me pasó a mí, pero de todos modos te alegrarás. Lo bueno que tienen es que te responden y animan desde el principio, no se quedan rígidas y porfiando como las chicas blancas.

»Me gusta hablar de esto. Y a un muchacho cómo tú, recién salido del cascarón, le viene muy bien enterarse de todo. Yo me estrené con las negritas cuando tenía doce o trece años y siempre les he seguido desde entonces. No me gustarían ahora las de mucha más edad, tal vez alrededor de los quince. Conozco tanto de este asunto que sé cómo conseguirme una siempre que tenga ganas. Y después de unas pocas, ya aprenderás a aprovechar el tiempo.

»Todo el día ando en mi camión por la ciudad repartiendo encomiendas y fletes desde el depósito, con los ojos bien abiertos. Entonces, cuando veo una que me gusta, marco el lugar y vuelvo justo a la caída del sol. Esa es la mejor hora. Lo bastante oscuro como para que no vean lo que sucede y te moleste algún negro machote o alguna negra vieja. Yo espero que la negrita salga de una tienda o de una casa y seguramente cruzará un baldío o algún lugar por el estilo donde la podré alcanzar. Todo lo que tengo que hacer entonces es darle un buen susto, así se quedará quieta y no empezará a gritar cuando la tire al suelo. Trata de hacerlo y verás si no es así como te digo. Te doy mi palabra. Cuando lo hayas hecho una vez, verás qué fácil, y nunca

más te costará trabajo alguno.

Troy se calló y miró al río hacia donde estaban Guthry y Duke en el bote. Casi habían llegado hasta la punta del espinel en Shady Creek y pronto remarían de vuelta hacia la isla con su cargamento de pescado.

—Pero eso no me va a hacer gustar los negros machos —dijo súbitamente Troy—. Y Duke Hopkins encabeza la lista por el momento. De ahora en adelante tendré que vigilarlo. Se le subirán los humos a la cabeza más que nunca ahora por haberme sacado del agua. Lo que también me enfurece es que ya de entrada era un presumido. Puedo llevarme bien con los negros siempre y cuando se porten como deben con los blancos. Pero él actúa como si fuera mejor que yo nada más que porque es maestro y por todos esos libros que ha leído.

»Cuernos, yo puedo leer y escribir mi nombre, y soy blanco y él no lo es y nunca lo será. Es ese nombre que tiene que lo pone altanero desde que dejó la ciudad y vino para aquí. ¡Duke! Nunca hubo un negro hijo de puta que fuera duque de verdad; la gente no lo toleraría. Deberían echarlo del país si no se cambia de nombre. Si lo dejan así, lo primero que va a hacer es buscarse una mujer blanca que violar. Puedo leerlo en su mente. Eso es lo que busca. Y después se sentirá tan importante que explicará que fue ella quien quería y le suplicaba. Por eso es que necesita que lo pongan en su lugar y le den una buena paliza antes que llegue a hacerlo. Si hubiera sido él quien se cayó del bote hace un rato y no supiera nadar, estaría ahora en el fondo del remanso, o bajando con la corriente como un palo flotante. Pero todavía era demasiado bueno para él, ahogarse allí, a menos que lo hubieran castrado primero. Y no pienses que nunca se hizo. Lo sé muy bien porque yo estuve presente para ayudar a hacérselo a negros cabrones como él.

Guthry y Duke volvieron del espinel con una abundante carga de grandes bagres, y en seguida comenzaron a limpiarlos para hacerlos fritos. Ya era mediodía y la gran nube amenazadora de tormenta que habíamos visto esa mañana, lejos sobre el río, se acercaba cada vez más; el sol apenas era visible en el cielo cubierto. Guthry dijo que mientras el pescado se cocinaba sería mejor apurarnos a armar la carpa, para tener un lugar de resguardo cuando comenzara la lluvia. También soplaba un fuerte viento del río, y algunos pájaros de la isla habían vuelto de tierra firme. Gorjeaban y revoloteaban en los espesos matorrales como si esperaran la lluvia en cualquier momento y estuvieran buscando protección.

Mientras Guthry, Duke y yo armamos la carpa y clavamos las estacas. Troy sacó una botella de *bourbon* de la bolsa y se sentó en uno de los catres con un jarro. Había tomado varios tragos mientras nosotros terminábamos de levantar la carpa, y se sentía lo bastante bien como para gritar y tirarles palos a los pájaros. Ya habían pasado dos horas desde que lo sacaron del agua, y salvo una ligera palidez de su cara, parecía otra vez el de siempre.

—¡Eh, Guthry! —gritó en voz alta—. ¡Ven acá!

Guthry terminó de dar vuelta el pescado en la sartén, antes de acercarse al catre.

—¿Quieres saber qué es lo que pienso hacer? —le preguntó.

—¿Qué?

Le pasó la botella a Guthry.

—Toma primero un trago y después te lo diré.

Guthry se sirvió un poco de *bourbon* en un jarro.

—¿Estás pensando en volver a ponerle carnada al espinel, Troy?

—Caray, no. Eso es para ti y el negro. Voy a darme una panzada de bagre y de *whisky* rojo y luego dormiré una siesta. Eso para empezar. Luego, después que pase la lluvia, voy a ir en el bote a dar una vuelta por ese amarradero de Clyde Owens, al atardecer.

—¿Para qué Troy?

—No te pongas tan serio, Guthry. No me voy a ir dejándolos solos aquí. Voy a limpiar las bujías del motor. Están muy sucias y necesitan una limpieza antes que volvamos a Unionville.

—¿Por qué no esperas hasta mañana por la mañana, para tener luz y ver lo que haces?

—Puedo hacerlo en la oscuridad.

Guthry asintió y luego tomó otro trago.

—Bueno, Troy, sólo una cosa quiero que hagas antes de ir allí esta noche.

—Dime qué es.

—Que me digas si quieres que te enterremos ahí mismo o si prefieres que carguemos con tu cadáver y lo llevemos al cementerio de Unionville.

SEIS

1

Bien cargados quedaron los anzuelos esa noche, sacamos también una carpa además de otro pescado, pero esos los tiramos de vuelta al agua. A la mañana siguiente, no bien terminamos el desayuno, Duke y yo nos pusimos a limpiar ocho grandes bagres, así ya los teníamos preparados para la próxima comida. Había llovizado varias horas, entre la medianoche y el amanecer, y Guthry dijo que ese tiempo era el mejor que podíamos desear para la pesca, y que por eso habíamos tenido tanta abundancia.

A pesar de la lluvia nocturna, el día amaneció con sol y cielo despejado, y sólo se veían unas pequeñas y redondas nubes, río arriba. A esa hora temprana, el aire perfumado y la calma presagiaban un buen día para nadar. Ya habíamos descubierto con Duke que el mejor lugar para bañarse era lejos de la orilla, en el canal principal, donde el agua era mucho más fresca y limpia que en el remanso.

Al principio habíamos estado conversando con Duke sobre un remolcador rojo que vimos esa madrugada arrastrando dos barcazas río arriba. Luego, por alguna otra razón, comenzamos a hablar de chicas, y por qué sería que algunas se preocupaban tanto en tener sus rodillas tapadas y otras se levantaban sus vestidos casi hasta las caderas para mostrar bien las piernas. Finalmente, Duke dijo que las chicas eran tal misterio, que lo mejor que podíamos hacer era estudiarlas una por una.

Después de limpiar casi la mitad de los pescados, Duke metió la mano en el tacho que usábamos para eso, y agarró al bague más grande por las agallas. Mientras lo sostenía delante nuestro, mirándolo admirado, con una amplia sonrisa. No teníamos balanza para pesarlo, pero Duke dijo que era el bague más grande que había visto en su vida, y probablemente el más grande en todo el Mississippi. Los demás eran mucho más chicos, la mayoría tenía apenas la mitad de su tamaño.

—Mira este viejo caudillo, Steve —dijo Duke sonriendo todavía con admiración—. Mira qué cara de mandón, con esos largos bigotes de gato apuntando hacia nosotros. ¡Mira qué cara! Menudo susto se daría cualquiera que se encontrara frente a frente con él bajo el agua. Apuesto a que era el jefe de todo el río Mississippi entre Memphis y Saint Louis. Y en cualquier otra parte a donde fuera también lo sería. Remontando arroyos y riachos. Siguiendo los barcos y husmeando por los muelles. Echando a todos los demás peces para conseguirse lo mejor para comer. Podía ir a

cualquier parte si se le antojaba, sin tener que pedir permiso a nadie.

»Esa es la manera de vivir. Es algo que mucha gente no puede hacer, y yo soy uno de ellos. Te aseguro que lo envidio y desearía poder ir donde se me antojara como este bagre viejo. Río abajo hacia New Orleans y luego dar vuelta y volver para acá. Necesitando solamente bastante agua para nadar. ¿Quién podría decir hasta dónde llegaría río arriba? Quizás hasta las mismas fuentes donde nace. Y no una sola vez. Podría hacerlo siempre que tuviera ganas. Pero una cosa que no debió hacer fue abandonar el canal principal para venir a este remanso y acabar ensartado en un anzuelo en uno de los riachos.

Duke volvió a poner el pescado dentro del cubo y fue a la carpa a buscar su caja de pesca. Cuando volvió traía su texto de geografía abierto en una de las páginas que tienen grandes mapas plegados. Señaló con su dedo el lugar donde creía que estábamos.

—Esta isla no es más grande que un banco de arena cualquiera, y muy pequeña para figurar en un mapa, pero por aquí debería estar. Me gustaría ver algún día mapas suficientemente grandes como para poder encontrar en ellos hasta el menor detalle del país. Entonces me iría a viajar por todos lados y vería todo de cabo a rabo. Mira qué cantidad de largos ríos y grandes ciudades por todas partes. Y apuesto a que también hay muchísimos arroyos y pueblitos por todas partes.

Después de estudiar el mapa un rato, suspiró profundamente y me miró.

—Dime una cosa, Steve —dijo— ¿cuál es el lugar más lejos de tu casa al que has llegado en tu vida? ¿Has ido hasta New Orleans o Saint Louis o alguna de esas partes?

Le dije que había estado en Arkansas y Mississippi y otras partes de Tennessee, pero nada más.

—Igual que yo, Steve —dijo sacudiendo su cabeza e inclinándose nuevamente sobre el mapa—. No he llegado muy lejos yo tampoco. Solamente hasta Kentucky y a esta parte de Tennessee. Y mira cuánto más hay para ver en este gran país, entre los dos océanos azules. Esa infinidad de ríos, montañas y ciudades diseminadas por todos lados. Te apuesto a que ese bagre ha estado en más lugares que nosotros dos juntos. No sé si habrá visto algo más que otros bagres, pero por lo menos estuvo paseando como yo quiero hacerlo. No quiero quedarme toda la vida en un mismo lugar, como un viejo tronco de nogal clavado en el sitio donde lo plantaron. Cuando haya recorrido bastantes lugares, puede ser que me establezca en alguna parte y me quede tranquilo. Pero no ahora. Estoy seguro. Es demasiado pronto aún, cuando tengo toda la vida por delante y tanto para ver.

Nos quedamos sentados mirando el mapa, los diferentes estados pintados de distintos colores, los ríos con gruesas líneas azules y grandes círculos negros en el lugar donde están ubicadas las ciudades. Duke comenzó a seguir con el dedo el curso de los ríos Ohio y Missouri, y de otros más que parecían los troncos y ramas peladas de un árbol gigantesco, que hubiera perdido todas sus hojas en el invierno.

—Ese viejo bagre me ha conmovido, y siento mis pies livianos y listos para partir —dijo Duke después de un rato mirando a través del remanso hacia Little Dipper Landing—. Y acabo de tomar una firme decisión al respecto. Uno de estos días comenzaré a viajar por el país. Y no quiero que nadie me detenga y me diga que no puedo ir adonde se me antoje. Sería lo peor que podría pasarme.

Hizo una pausa y se quedó callado durante varios minutos, como si se hubiera acordado de algo importante.

—Pero tendré que apurarme —dijo entonces—, y partir antes que encuentre una muchacha alegre, joven y sin complicaciones y acabe casándome con ella. Sería un desastre si eso me sucediera antes de poder hacer mi viaje. Sé bien lo que pasa, pues ya me ha ocurrido algo semejante y cada vez me cuesta más mantenerme alejado de ellas. Para eso son vivísimas. Cuando se vuelven suaves, amorosas y se desnudan, ¡ojo! Ya nacen sabiendo todo eso; y cuando se ponen mimosas, eso quiere decir... ¡mucho cuidado, muchacho! Pero sé algo más también. No se puede viajar bien lejos ni tan rápido ni ir a todos esos lugares una vez casado: entonces tienes que establecerte en un lugar y buscarte un trabajo fijo. Por eso, trataré de que pase un tiempito todavía antes de casarme. Si puedo...

Duke se rió un rato pensando en eso y luego sacudió nuevamente la cabeza.

—El único problema es que a pesar de ser soltero, no puedo ir a todos esos lugares como podía hacerlo ese bagre viejo y como pueden los blancos. Esa es la gran diferencia. Ser de mi color. Un tipo de color como yo, tiene que cuidar sus pasos todo el tiempo y quedarse siempre cerca de donde viven los otros de su raza. Esa es la terrible desgracia de ser de color, sea negro, marrón o tostado. Sé de memoria lo que pasa, pues más de una vez los policías blancos me han dicho que no me meta en las calles donde viven blancos, y que no me acerque a sus tiendas, a menos que tenga dinero en mis bolsillos para comprar algo, y que una vez que lo haya hecho, me vaya rápido adonde me corresponde y no me quede por ahí dando vueltas.

»Conozco bastante esa manera de hablar. Fui a Louisville una vez —hace pocos años— y estaba caminando por la calle a la noche, mirando las vidrieras de las grandes tiendas, cuando se me acercó un policía por detrás y me golpeó bien fuerte en la nuca con su bastón, diciéndome que me fuera pronto de ahí y volviera adonde viven los negros. Le dije que venía de Paducah, y que no vivía en Louisville, que estaba paseando solamente por la gran ciudad. Dijo que a él eso le era indiferente, porque un negro es siempre un negro, no importa de dónde venga. He oído muchas veces esa frase: un negro, negro es.

»Lo mismo me ocurrió en Unionville, no hace mucho. Igual que en Louisville, allá en Kentucky. Esta vez el policía blanco no dijo exactamente las mismas palabras. Pero podía darme cuenta de lo que estaba pensando. Un negro, negro es, suceda lo que suceda. De todas maneras, ya estaba oscuro cuando fui al centro de Unionville y me puse a mirar las vidrieras iluminadas alrededor del palacio de justicia, cuando el policía del turno de la noche se acercó y me pegó bien fuerte en las costillas con su

bastón, diciéndome que me volviera a Prospect Avenue o a cualquiera otra parte del barrio negro.

»El violento bastonazo en las costillas realmente me dolió, pero no me quejé. Sólo dije que deseaba caminar por esa cuadra y mirar las vidrieras de los negocios. Con sólo decirle eso se enfureció y me preguntó si tenía trabajo, y para quién trabajaba. Le dije que era el maestro de geografía y de historia en el colegio de negros, y que tenía una pequeña peluquería donde trabajaba los sábados. Cuando oyó eso me contestó que estaba presumiendo con mi educación y discutiéndole a él en vez de hacer lo que me decía, y que si no desaparecía de su vista antes que contara hasta nueve, me metería una semana en el calabozo. No sé por qué dijo nueve en vez de diez, a menos que haya sido para hacerme correr más rápido. Y de veras empezó a contar —uno, dos, tres— y si no quería que me metieran en la cárcel, no tenía más remedio que correr como el diablo. Muchos blancos son así. Les gusta hacer correr a un negro. Les produce una sensación muy agradable el poder mandar así a la gente de color.

»Cuando me hablan de ese modo, es cuando tengo ganas de ser blanco, para poder entonces darles una contestación cargada, como se la merecen. No es que me sienta disminuido por estas cosas, sino solamente me gustaría poder decir lo que pienso.

»Pero lo que más me preocupa es que parece que en todas partes pasa igual, lo mismo que en Louisville o Unionville, no importa adónde vaya. He oído contar a otros negros que han estado en Cincinnati, en Chicago y en otras ciudades grandes, que no es muy distinto allí tampoco. Puede ser que alguna vez los tiempos cambien para bien de la gente de color. Pero tengo miedo que ese cambio no llegue tan pronto como para que a mí me sirva de algo, antes que esté muerto y enterrado. Hasta ahora todo sigue igual. *Uno, dos, tres, un negro, negro es y corre rápido de vuelta a Prospect Avenue o adonde sea que quede el barrio negro. Uno, dos, tres...*

2

Todavía quedaban en el tacho más pescados que limpiar antes de cocinarlos, cuando oímos a Troy Pickett llamar a Duke.

—¿Dónde está ese negro? —gritaba.

Duke musitó para sí: «*Uno, dos, tres*».

Estábamos como a quince metros del centro del abra y Guthry pescaba en el canal grande, al otro extremo de la isla.

Duke se dio vuelta y miró a su alrededor. Podíamos ver a Troy dando vueltas alrededor de la fogata.

—¡Muchacho! —chilló Troy más fuerte aún que la primera vez—. ¡Te conviene oírme! ¡Sabes para qué has venido! ¡Ven acá y prepárame rápido algo para comer!

Troy había vuelto a la isla recién a medianoche, después de su expedición a Little Dipper Landing y tratando de encontrar su catre en la oscuridad, despertó a todo el mundo con sus juramentos. A la mañana siguiente, mientras Troy seguía durmiendo, Guthry dijo que no había oído ningún disparo en la noche, por lo cual se imaginaba que Clyde Owens habría tenido la precaución de encerrar a su hija en la casa y que Troy no tuvo más remedio que pasar el tiempo limpiando nomás las bujías. Dijo que si eso era lo que había pasado, Troy estaría hoy más insoportable que nunca.

—¡Te estoy viendo! —gritó Troy—. No puedes esconderte de mí ¡apúrate! ¡Estás aquí para hacer lo que se te ordena! ¿Oyes bien, muchacho?

—Le oigo, señor Troy —dijo Duke con calma—. Steve y yo estamos limpiando ahora los pescados y queremos dejar esto terminado antes que nada. Un momentito no más y enseguida estaré con usted.

Troy se acercó hacia nosotros caminando lentamente. Levantó un palo seco y golpeó con él las ramas de los sauces.

—¡Jodeputa! —dijo parándose a unos pocos metros de distancia—. ¡Los negros hacen lo que los blancos les mandan! ¿Qué clase de negro te piensas? ¿No sabes que todos los negros son iguales? Eres tan presumido que actúas como si fueras demasiado importante para hacer lo que yo te digo ¿no? ¡Ya te enseñaré! ¡Te voy a moler a golpes!

Duke metió dentro del tacho el pescado que estaba limpiando y se dirigió hacia donde estaba Troy.

—No quiero meterme en líos con usted, señor Troy —dijo—. Pero si usted me pega, y no puedo evitarlo, tendré que devolverle el golpe.

—¡Maldito negro hijo de puta! ¡Si me pegas tan sólo una vez, no vivirás para poder pegarle a ningún otro blanco! ¡Maldito seas! ¡Te mataré!

—Señor Troy ¿no podríamos discutirlo, en vez de meternos en una pelea?

—¡Cállate la boca! ¡No me digas lo que quieres hacer!

Guthry que durante la última hora había estado pescando en la orilla del otro lado de la isla, volvió caminando rápidamente hacia el abra. Traía su caña, la lata con la

carnada y un bagrecito de un dedo de largo.

—Basta ya —gritó Guthry—. A ver si se callan todos. Desde lejos los oí y no quiero más esta clase de líos. No vinimos acá para eso.

—No te metas, Guthry Henderson —le dijo Troy enojado—. Yo me ocuparé de esto ahora y sé lo que voy a hacer sin que nadie me lo impida. Voy a matar a patadas a ese negro. Se lo ha estado buscando y ahora lo conseguirá. ¡Maldito y presumido negro hijo de puta! Ahora, sal de mi camino, Guthry.

—¿Qué fue lo que hizo, Troy?

—No se trata de lo que hizo sino de lo que no hizo. No quería venir a prepararme algo para comer cuando se lo ordené. Dijo que estaba demasiado ocupado haciendo otra cosa. Cualquiera negro sabe que eso no se hace, y debe tener bastante sentido común como para moverse rápido cuando se lo digo.

—Ese no es motivo para pelearse, Troy. Cálmate un poco. Déjalo que limpie el pescado. Prepárate tú mismo algo de comer. Cualquiera puede hacer eso.

—¡Diablos, no! ¡No pienso hacerlo! ¡Para eso está aquí, para saltar corriendo y hacer lo que se le dice, como negro que es!

Echado hacia adelante y listos los puños, Troy se acercó a Duke.

Duke retrocedió unos pasos.

—¡Negro degenerado! —le gritó Troy—. ¡Malditas sean tus negras entrañas!

—Insultarme no va a solucionar la cosa, señor Troy —dijo Duke retrocediendo otro paso—, y si tengo que contestarle los golpes, todo será peor. No me busque camorra. Nunca he tenido una pelea con un blanco antes, y no quiero tenerla ahora. Pero si...

—¡Te desafío a que me pegues tan sólo una vez!

—Pero no quiero hacerlo.

—Vamos, hazlo.

Duke sacudió la cabeza.

—Yo no voy a ser el que pegue primero. Tendrá que hacerlo usted antes.

—Y lo haré, por supuesto. Incrustaré entonces tu negra cabeza en la tierra. No tendrán que cavar una fosa para enterrarte: ya estarás listo y enterrado.

Guthry trató de separarlos, pero Troy lo empujó hacia un lado.

—Deja eso, Troy —le suplicaba Guthry tironeándolo del brazo—. Termina.

—¡Sal de mi camino que voy a agarrarlo!

—Te lo aviso, Troy. Mejor que me hagas caso. Duke es lo bastante fuerte como para lastimarte.

—¡No le tengo miedo a ningún negro!

—Está bien. Pero no trataré de detenerlo si te tira al suelo.

—¡No necesito ayuda!

—Entonces, pase lo que pase, no me eches después la culpa a mí.

Troy corrió y dando un salto pateó a Duke tan fuerte como pudo en la entrepierna. Tambaleándose hacia atrás, por el inesperado golpe, Duke aflojó las rodillas, pero no

se cayó al suelo. Fue un golpe tan doloroso que sus labios temblaron y se le crisparon y comenzaron a palpar los músculos de su cuello.

Mientras Duke estaba arrodillado, sin haberse recuperado todavía del todo, Troy trató nuevamente de patearlo. Esta vez Duke lo agarró del pie y lo tiró al suelo, al caer de espaldas hizo un ruido espantoso.

Antes que Troy pudiera moverse, Duke enroscó su brazo alrededor del pescuezo de Troy, manteniéndolo casi estrangulado. Después, cada vez que Troy luchaba por liberarse, Duke estrechaba su brazo un poco más, hasta que quedó acostado y pateando inofensivamente en el suelo. Podía respirar, pero Duke lo tenía sujeto con tanta fuerza que apenas si podía emitir un silbido ronco cuando trataba de hablar.

—Ya te agarraré —oímos que susurraba—. Maldito seas. Te voy a matar. Nunca volverás a hacerle esto a un blanco.

Duke apretó aún más su brazo alrededor del pescuezo de Troy.

—Ten cuidado con lo que haces, Duke —le dijo Guthry preocupado—. No lo ahogues demasiado. Es un poco peligroso lo que estás haciendo. Asegúrate que tenga suficiente aire como para seguir respirando.

Duke levantó la cabeza y asintió.

—Vigilaré que no le pase nada —dijo—. Pero no lo voy a soltar hasta que se quede quieto y diga que se da por vencido.

—No es de Troy rendirse así, a menos que lo tengas en tal forma que no pueda evitarlo.

—No sé qué es lo que él piensa hacer, pero sí sé lo que voy a hacer yo. No lo voy a soltar y dejar que me patee otra vez de esa manera. Ahora voy a cuidarme yo.

Guthry se arrodilló junto a ellos.

—Troy, escúchame. Duke te tiene agarrado y no puedes hacer nada para soltarte. Tú empezaste esta pelea y yo no voy a obligarlo a que te largue. ¿Estás dispuesto ahora a darte por vencido y decir que lo dejarás en paz?

Troy se las arregló para sacudir levemente su cabeza.

—Diablos, no —dijo con un débil murmullo.

—Escúchame, Troy. No vinimos hasta aquí para estar peleándonos así, y no hay razón para eso. Tú lo sabes tan bien como yo. Duke se desquitó con todas las de la ley. Ahora tienes que darte por vencido para que él te suelte. Yo estaré aquí y no lo dejaré que te asfixie hasta que mueras, pero eso es todo lo que haré. No me importa que él sea de color y tú blanco. Esto es distinto. Tiene derecho a impedir que sigas lastimándolo. ¿Por qué no le dices a Duke que de ahora en adelante lo dejarás en paz y así terminamos con este asunto?

Troy movió apenas la cabeza.

—No pienso hacerlo —dijo débilmente—. Maldito seas, Guthry Henderson. Te estás poniendo de su lado. Ya me las pagarán los dos.

Inmediatamente Duke apretó un poco más su llave.

La cara de Troy, que hasta entonces había estado congestionada, al apretar Duke otra vez su brazo alrededor del cuello y la garganta, se puso pálida y exangüe, y sus pies dejaron por completo de moverse.

Empezó a tener un aspecto tan de muerto como cuando Duke lo sacó del agua el día anterior.

—¿Qué pensará hacer, señor Guthry? —preguntó Duke.

—No lo sé —contestó Guthry—, nunca he visto alguien tan cabeza dura como él. Pero ten cuidado con lo que haces, no lo mates. Esa toma que le has hecho puede liquidar a cualquiera.

—Cuidaré que eso no suceda, y estoy cuidándome de paso yo también. No voy a dejarlo levantarse para que me patee otra vez. Trataría de matarme. Así lo dijo.

Guthry se levantó y se quedó allí parado mirando a Troy.

—Cuando era un chico, me peleaba también con chicos de color, pero nunca hasta ahora había visto una agarrada semejante entre un blanco y un negro. Que yo sepa, un negro siempre sale corriendo y se escapa antes de meterse en esta clase de peleas con un blanco. He visto balazos y cuchilladas, pero nunca algo como esto.

—Puede ser, señor Guthry —dijo Duke—. Pero yo no voy a escapar. Yo no. Me quedaré todo el día y toda la noche si es preciso, agarrándolo así. Si quiere dejarme en paz, todo lo que tiene que hacer es decirlo. Eso es todo. Y no estoy bromeando. No voy a dejar que me patee solamente porque yo soy negro y él es blanco. Él tiene más derechos de los que yo tengo, pero eso no quiere decir que yo no tenga ninguno.

Troy podía oír lo que hablaban y parpadeando levemente, sacudió su cabeza tanto

como pudo varias veces.

—Óyeme, Duke —dijo Guthry—. Si él dice que no volverá a patearte y no te peleará más, ¿lo soltarás?

—¿Cómo sabré que no está mintiendo cuando lo diga?

—Podrías darle una oportunidad para decir la verdad.

—¿Pero suponga que no resulte la verdad?

—Puedes hacerle otra toma igual.

—No quiero pelear otra vez.

—Alguno de los dos tiene que aflojar primero.

—Deje que sea él quien afloje. Él empezó todo.

—Puedes ver cómo se comporta. Es porfiado como una mula. Tiene demasiado orgullo como para rendirse a un hombre de color.

—Eso no es culpa mía, señor Guthry. Todo lo que sé es que lo tengo tomado con una buena llave y que eso debería ser el final de todo. En una lucha, siempre tiene que haber un ganador y un perdedor o de lo contrario nada se resuelve. Si él dice que yo soy el ganador —y alguna otra cosa más también— lo soltaré en seguida. Pero usted y Steve deberán ser testigos para que no pueda luego retractarse y decir que no prometió nada.

—¿Cuál es la otra cosa que quieres que te diga, además de que tú eres el ganador?

—Lo diré si él está dispuesto a oírme.

—¿Oíste bien, Troy?

Duke aflojó la toma lo suficiente como para permitir que Troy hablara.

Troy parpadeó lentamente mirándonos con una mirada vaga. Debería haber oído lo que se hablaba, pero, o estaba demasiado débil para decir algo, o estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa en ese momento. Parecía que hubiera pasado media hora por lo menos desde que Duke lo agarró por el pie y lo tiró al suelo.

—Escucha bien esto, Troy —le dijo Guthry—. Dinos ahora, Duke, ¿qué otra cosa quieres que te prometa?

Duke bajó su mirada hacia la pálida cara de Troy.

—No servirá de nada decirlo si no está dispuesto a escucharlo.

—¿Oíste, Troy? —preguntó Guthry.

Troy asintió levemente.

—Muy bien, Duke —dijo Guthry—. Dilo de una vez. ¿De qué se trata?

Duke echó una rápida mirada a Troy.

—Bueno, si hubiéramos luchado y él me hubiera vencido, yo debería hacer lo que él quisiera ¿no es así? ¿Verdad, señor Guthry?

—Creo que sí.

—Pues entonces no quiero tener que salir corriendo a hacer todo lo que me diga después de esto, sólo porque yo soy negro y él es blanco. Haré lo que me corresponde y mucho más también, y no quiero tener que seguir llamándolo señor Troy, después de la forma en que me pateó. Quiero llamarlo Troy a secas. Lo mismo que yo soy

Duke a secas. Eso es lo justo después de haber sido tratado de esa manera.

—Yo también me adhiero a eso —replicó Guthry enseguida—. Estoy por entero a tu favor. No necesitas llamarme tampoco a mí señor Guthry, lo mismo que tampoco quiero que Steve me llame tío Guthry. No parece ser el modo correcto de tratarse habiendo estado tan unidos en esta pequeña isla, no mayor que un banco de arena, comiendo juntos, durmiendo en la misma carpa, y todo lo demás. Apuesto a que no se hubieran producido estos rozamientos y peleas de haberlo hecho así de entrada. Un campamento de pesca aquí requiere las mismas reglas de convivencia para todos — blancos y negros— y nadie debe ser obligado a obedecer órdenes y a decir señor Guthry y señor Troy. Y, en alguna forma, la Isla del Verano parecería ser el lugar ideal para vivir en igualdad de condiciones.

Guthry se aproximó al suelo donde estaba Troy.

—Y es así como será, Troy. Sé que lo has oído todo. ¿Estás dispuesto a seguir adelante de ese modo ahora?

Troy no respondió nada.

—Muy bien, Duke —dijo entonces Guthry—. Suéltalo. Ya es suficiente.

—¿Pero cómo sabré que realmente va a darse por vencido y no tratará de patearme más?

—Ya se ha dado por vencido, te lo aseguro.

Duke se apartó y se puso de pie. Mientras estaba de pie observando cautamente a Troy, comenzó a cepillarse la tierra de su ropa.

Con un débil quejido y un pequeño movimiento de sus pies, Troy se dio vuelta y quedó tendido sobre la tierra fangosa.

—Vamos, Steve —dijo Guthry con un ademán—. Sáquenlo de esa tierra húmeda y llevémoslo hasta un catre.

Con la ayuda de Duke lo transportamos hasta la carpa y después de acostarlo en el catre lo cubrimos con una manta.

—Él no... ¿no irá Troy a fastidiarme más cuando lo llame solamente Troy? —preguntó Duke con una mirada de incertidumbre.

—No va a molestarte más, Duke —afirmó entonces Guthry sonriendo—. Es Guthry quien te lo dice.

SIETE

1

Hacia media tarde, a la hora más calurosa del día, cuando hasta la misma atmósfera parece húmeda y pegajosa, Duke y yo nos sacamos la ropa y nos metimos en el río, en el extremo más alto de la isla, donde el agua no era tan profunda. Como de costumbre en esa época del año, el agua del brazo principal del río estaba un poco turbia. Sin embargo, la corriente de las crecientes primaverales, que venía de más arriba, había arrastrado casi todo el barro y las basuras río abajo o hacia algún remanso cenagoso.

El tiempo se mantenía bueno, con sol y un aire fragante. Duke dijo que seguramente la temperatura debía andar por los 32 y podía llegar hasta los 38 grados. No había nubes a la vista que pudieran traer tormenta y refrescaran el aire antes del anochecer.

No muy lejos de donde estábamos nadando, pero oculto por el tupido follaje de los sauces llorones, Guthry estaba otra vez pescando en el canal principal con una larga caña y pellejo de tocino como carnada. Troy se había levantado una vez para buscarse algo que comer, y luego había vuelto a su catre de la carpa a dormir otra siesta.

Guthry dijo que no estábamos tan cerca de él como para espantarle la pesca, porque lo único que en realidad le interesaba era estar sentado allí a la sombra de los sauces, donde todo estaba silencioso y en calma, y que no le preocupaba en absoluto sacar o no algún pez, porque para eso estaba el espinel, para tener bagres siempre que quisiéramos comer. Ya hacía una hora o más que estaba sentado en la orilla dormitando, la mayor parte del tiempo, sin haber conseguido pescar nada, cuando llegamos allí con Duke.

Comenzamos a chapalear en el agua, a correr y saltar desde la orilla, zambulléndonos a los panzazos, pero luego nos dedicamos a bucear bajo el agua, palpando el fondo con las manos. Como el agua estaba ligeramente turbia, ya que casi todos los días en verano había una tormenta que arrastraba al río la arcilla ocre o rojiza, no podíamos ver el fondo aunque fuera poco profundo. Lo único que encontramos en el lecho del río fueron unas cuantas varillas y pedazos de madera arrastrados por la corriente.

Hacía ya media hora que estábamos allí, cuando de repente vimos a tres desconocidos parados en la orilla observándonos. Nos quedamos tan sorprendidos al ver que había alguien más en la isla, que por un momento no atinamos más que a quedarnos parados mirándolos.

Dos de ellos eran hombres altos y corpulentos, vestidos con la misma clase de ropas viejas y viejos sombreros de paja que usaban casi todos los hombres para venir a pescar al río. Cuando se sacaron los sombreros para abanicarse, debido al calor, pudimos observar que uno de ellos tenía cejas espesas y pelo negro tupido, mientras que el pelo del otro era escaso, rubio y fino. Los dos parecían tener alrededor de los treinta y cinco años.

El otro desconocido era una esbelta muchacha de no más de diecinueve o veinte años, con un abundante y largo pelo castaño oscuro que le llegaba hasta los hombros, tenía puesto un vestido rosa de algodón y no usaba medias. Era bonita, y sus pechos, bien moldeados por su ajustado vestido rosa, se movían todo el tiempo.

Los dos hombres permanecían displicentes y serios pero la muchacha nos sonreía.

Cuando Duke y yo vimos por primera vez los tres desconocidos, estábamos de pie sobre el fondo del río, y como estábamos desnudos, nos agachamos rápidamente hasta que sólo se veían fuera del agua nuestras cabezas y hombros. Ninguno de ellos había hablado hasta ese momento, y cuando lo hizo uno de ellos fue para preguntarnos cuánto tiempo más pensábamos quedarnos en la isla. Tenía una voz fuerte y hablaba con un tono prepotente, como diciéndonos que no teníamos derecho a estar allí y quisieran echarnos.

Le dije que no estaba seguro de cuándo nos volveríamos, y que mejor sería que fuera a la otra punta de la isla y se lo preguntara a Guthry.

Sin decir nada más, los dos hombres comenzaron a caminar por la orilla, hasta donde Guthry estaba pescando; Duke y yo esperábamos que la chica se fuera con ellos, así podíamos salir del río y vestirnos.

Pero la chica no se movió y se quedó allí observándonos. Seguía sonriendo pero sin decir nada. Estábamos esperando que se fuera cuando se sacó los zapatos, luego se desprendió el vestido y se lo sacó también. Mientras yo estaba mirándola, podía oír a Duke mascullando todo el tiempo consigo mismo.

Después de colgar el vestido rosado en un arbusto, comenzó a caminar hacia el agua, derecho hacia donde estábamos nosotros. No se había quitado la ropa interior, pero ésta era mucho más exigua que un traje de baño, y cubría sólo parcialmente sus bien formados pechos. Cuando llegó hasta donde estábamos nosotros agachados el agua no le llegaba más que a la cintura y al zambullirse su fina ropa interior se le pegó tanto a la piel, que parecía estar casi desnuda. Arrastrándose sobre las rodillas, Duke se corrió detrás de mí. Estaba otra vez hablando solo.

Sonriente y amistosa, la muchacha se acercó tanto, que hubiera podido tocarla si estiraba mi brazo. Tenía unas cuantas pecas en los hombros y una pequeña mancha marrón arriba de un pecho.

Lo primero que dijo fue que quería saber cómo nos llamábamos.

Le informé que mi nombre era Steve Henderson y que el nombre completo de Duke era Duke Hopkins.

—Me llamo Bonnie —dijo acercándose un poco más—. ¿De dónde vienen ustedes?

Contesté que veníamos de Unionville.

Hizo una mueca con la boca, al tiempo que movía sus hombros y sacudía desdeñosamente la cabeza.

—¡Qué lugar! Conozco Unionville. Es una ciudad así no más. Nunca lo pasé bien allí. Es demasiado muerta para mí. Vivo a quince millas de Unionville, en Paxton. Paxton, Tennessee. Aunque juntes las dos ciudades no tendrás nada que valga la pena. Yo en realidad vengo de otro lugar, como a diez millas de Paxton. Me escapé de casa hace dos años; no me gustaba cómo mi madrastra me mandaba todo el tiempo de acá para allá. Decía que yo era demasiado dulce con los hombres y que estaba siempre ofreciéndoles azúcar. Lo único que hay en Paxton —Paxton, Tennessee— es un gran aserradero donde se fabrican durmientes, y el café donde trabajo. El Crystal Palace ¡una basura! Pero no voy a seguir de camarera allí por mucho más tiempo, tengo otros planes. Saint Louis, espero. Nunca he estado allí pero me han contado que es un lugar donde uno puede realmente divertirse. Eso es lo que necesito.

»Acaban de ver a esos dos amigos míos, son Bubba Youngblood y Billy Roy Smith. Bubba es el que tiene la gran pelambre negra, y parece que nunca se la cortara. Y si a Billy Roy Smith se le ocurre ir al peluquero, apenas llenaría un dedal. Son contratistas de durmientes para el ferrocarril, vienen casi todos los días al café y hace ya un tiempo que ando con ellos. Bueno, con uno por vez; soy una chica buena. Pero saben lo que quiero decir: lista para salir con un hombre en el momento que se le dé la gana. Temprano, tarde, a cualquier hora. De todos modos, quisieron que viniera con ellos por unos días para hacerles compañía mientras pescaban. Son hombres casados y sus mujeres no saben nada de todo esto —quiero decir, que yo he venido con ellos. No me importa que sean casados. Tan sólo quiero pasarlo bien. Siempre trato de pasarlo bien. ¿A ti te gusta pasarlo bien, Steve?

Mientras yo asentía sin hablar, Bonnie miraba a Duke. Chapaleó un poco más en el agua pero cuidando de no mojarse el pelo.

—Apuesto a que es un muchacho indio —dijo entonces sonriéndole a Duke—. Eso es lo que es.

Duke abrió la boca como si fuera a decir algo pero no pudo hacer más que sacudir su cabeza.

—Me despistó completamente —dijo Bonnie—. Primero pensé que era un muchacho blanco muy quemado por el sol. Luego me pareció que era un muchacho de color, hasta que me acerqué aquí. Pero después me di cuenta que es un muchacho indio. Casi podría pasar por blanco. Apuesto a que alguna vez tratará de hacerlo; podría ser hoy mismo, al anochecer.

Bonnie se acercó más aun sin que el agua pasara de su cintura. Ya entonces, a pesar de que el río estaba tan turbio que no podía vernos arrodillados, se había dado cuenta que no estábamos parados.

—¡Uh-uh! Ahora ya sé —dijo Bonnie riéndose de nosotros—. Pensaron que me habían engañado ¿no? Pero ya los descubrí. Tienen vergüenza. Los dos. No están parados en un lugar hondo. Se sacaron la ropa y vinieron a nadar desnudos. Por eso es que se están escondiendo bajo el agua. No quieren que los vea sin nada encima. Esa no es una buena forma de tratarme. No quieres que piense que no te gusto ¿verdad Steve?

Duke chapaleaba en el agua a mis espaldas. Cuando me di vuelta para mirarlo, estaba internándose río adentro.

Sentí la mano de Bonnie que agarraba con fuerza mi hombro, y un instante después me había hecho dar vuelta hasta quedar enfrentándola. Se inclinó luego sobre mí y comenzó a pasar su mano sobre mi pecho y estómago. Cuando en eso, pegándome un tirón fuerte, me obligó a pararme, rodeó con sus piernas mis caderas y pasó sus brazos alrededor de mi cuello. La enlacé con los míos y la estreché con fuerza, deseando tenerla así contra mí el mayor tiempo posible. Se había desabrochado su ropa interior, yo la había visto pasar flotando al lado mío. Entonces apretó sus pechos con fuerza contra mi cara. Después de eso, ya no pude ver nada durante un buen rato, mientras su cuerpo temblaba, se sacudía y vibraba contra mí. No me fue fácil tampoco recuperar el aliento, hasta que se aflojó la tensión de sus piernas y su cuerpo quedó liviano, inerte, como si estuviera flotando en mis brazos.

Todavía tenía pegado contra mí el suave y tibio cuerpo de Bonnie, cuando Duke empezó a tironearme. Quería pedirle que me dejara en paz, pero antes de poder decir nada ya nos había separado.

—¡Steve, Steve! ¡Apúrate y marchémonos de aquí! —decía asustado—. ¡Vamos, Steve!

Había agarrado mi brazo con sus dos manos y me arrastraba hacia la orilla.

—¡Apúrate, Steve! —me instaba—. Esos dos hombres van a volver en cualquier momento, estoy seguro de ello, tengo un presentimiento. Y su aspecto es bastante malo; conozco el tipo. No quiero que me encuentren desnudo a mí también, y lo que está haciendo esa chica... Ten cuidado tú también. No sé qué te harían a ti, pero ¡a mí me asesinarían! Ellos saben que no soy un indio y no les va a gustar encontrarse con un muchacho negro desnudo junto a una chica blanca desnuda también, ¡eso lo aprendí al nacer! Vistámonos antes que algo malo suceda. ¡Por favor, hazme caso, Steve!

—No disparen —nos gritó Bonnie—. Quédense y nos divertiremos un rato.

—No le hagas caso, Steve —murmuró Duke.

Bonnie nos llamaba con elocuentes gestos de sus manos.

—No deben tener miedo de Bubba y Billy Roy. No se preocupen. Yo les diré que los dejen en paz. Vuelvan aquí conmigo.

—Puede ser que les digas eso, pero quién sabe si ellos te escucharán. —Le dijo Duke precipitadamente. Estaba observando si veía volver a los dos hombres de la otra punta de la isla adonde habían ido a hablar con Guthry—. Y no tengo ganas de quedarme esperando para ver qué sucede.

—No te preocupes por ellos. Pueden andar conmigo cuanto quieran. Lo consiguen cuando se les ocurre. No les van a hacer daño. Les digo la verdad. Puedo arreglar citas con cualquier otro, el resto del tiempo. No se vayan.

—¡Por favor, Steve! ¡No le hagas caso! —susurró Duke mientras me tiraba más fuerte del brazo—. Puedo olfatear un lío a la distancia. Y ahora mismo estoy viendo venir uno por partida doble. No quiero que éste sea el último día de mi vida. ¡Por favor, Steve! ¡Haz como te digo! ¡Ven!

Quería quedarme allí con Bonnie, pero también me daban miedo los dos hombres, y temblaba tanto como Duke. Caminamos hasta la orilla del río donde habíamos dejado nuestra ropa y cuando ya casi habíamos llegado, Bonnie nos llamó otra vez. Al darme vuelta la vi, con el agua hasta las rodillas en la parte más baja del río, escurriendo el agua de su ropa interior. Con su pelo largo y grandes pechos era igual a la fotografía de una chica desnuda que había visto en el almanaque de una peluquería de Memphis, la semana anterior.

—Esperen un momento los dos, Steve y Duke —nos decía mientras avanzaba acariciándose uno de sus pechos y nos miraba con una sonrisa tentadora—. No se

vayan ahora. ¿No les gusta? Si vuelven les contaré algo.

Duke comenzó a retroceder.

—¿No quieren saber lo que les voy a decir?

Podía oír a Duke rogándome que no la escuchara.

El cabello castaño oscuro de Bonnie aún estaba seco; ella lo apartó de su cara con un gesto que le sacudió los pechos y luego las caderas. Parecía como si la chica del almanaque hubiera cobrado vida.

—Podría arreglar una cita esta noche, si alguien quiere. No tendrían entonces de qué asustarse. Podría tener hasta dos citas esta noche. Sé bien como arreglármelas. Vamos a divertirnos juntos esta noche...

Nuevamente se sacudió el pelo de la cara.

—No olviden lo que les dije sobre esta noche —gritó—. No sabía que había alguien más en esta isla. Creí que estaríamos solos Bubba, Billy Roy y yo. Ahora me alegro de haber venido.

Oímos hablar a alguien en la isla no muy lejos de allí, y Duke fue el primero en salir del agua, saltando a grandes trancos. No bien nos enfilamos los pantalones y los zapatos y todavía poniéndonos la camisa, salimos para el campamento.

Cuando miramos hacia atrás por última vez, vimos a Bonnie que levantaba las manos sobre su cabeza y nos saludaba.

—Este es un camino demasiado peligroso para un muchacho negro —dijo Duke mientras nos metíamos entre los matorrales fuera de la vista de Bonnie. Después de andar unos pasos, Duke se detuvo y se recostó contra un árbol como si estuviera fatigadísimo después de una larga caminata—. Sé que es un modo peligroso de vivir, porque algunas veces me despierto a medianoche pensando en lo que me sucedería si alguna vez me sorprendieran los blancos con una chica de su raza, desnuda como estaba Bonnie.

Como si todavía estuviera exhausto, Duke se sentó en el suelo, y yo también me apoyé entonces contra un árbol.

—A lo mejor es verdad que esa chica trabaja en un café de Paxton como nos dijo —agregó al poco rato—. Pero por la forma en que se porta aquí, parece algo distinto. No estoy bien seguro qué cosa; no pidió dinero ni nada por el estilo. Pero algo sé muy bien, porque ya me ha sucedido otra vez. Cuando las negras se sacan toda la ropa, no siempre puedes estar seguro de lo que quieren. Pueden engañarte de ese modo. No siempre buscan dinero o algún regalito. Algunas lo harán nada más que para mostrarse desnudas y que les digan cómo son de lindas, y te pegarían si trataras de acercárteles para otra cosa. Otras lo hacen para empezar una farra, ¡y pobre del que no haga lo que ellas quieren! Por eso no suele ser fácil entender qué se proponen.

»En todo caso, sea lo que sea Bonnie, debería saber algo mejor que hablarle a un muchacho negro, como lo hizo, y exhibirse de ese modo. Sabe muy bien que no soy indio, sabe que soy mulato, y esa clase de juego puede ser el fin mío si esos blancos mal encarados se enteran. Es la primera vez en mi vida que veo desnuda a una chica

blanca. Y no espero volver a verla otra vez, y quedar vivo para contarlo. No voy a decir que nunca he visto a chicas negras desnudas, y no pienso dejar de hacerlo, tampoco. Pero las blancas son para ti, Steve. No para mí. No me gustaría meterme en semejante lío sólo porque me encontraran mirando. Y aunque fuera algo más que mirar solamente...

Se detuvo y escuchó unos instantes. No se oía ruido de pisadas en los matorrales, ni de voces en las cercanías.

—Si me llegan a descubrir esos dos blancos como estabas tú con ella encima y demás no esperarían ni al atardecer para colgarme de una soga o convertirme en un colador. Me espanta no más pensarlo. Vuelve tú, si quieres, Steve. Voy a usar mi cabeza lo mejor que pueda el resto del tiempo para no meterme en problemas. ¿Por qué no vuelves con ella, si tienes ganas, Steve? No se lo diré a nadie. Si nunca habías visto antes una chica desnuda por completo, ahora tienes la ocasión de ir a mirar un poco más.

Le dije a Duke que Bonnie no era la primera chica que veía sin ropa.

Ya había visto a una chica de mi edad, que vivía en la misma cuadra que yo en Memphis. Era una tarde calurosa, un viernes de abril, cuando al pasar yo por el callejón, al volver del colegio, salió completamente desnuda al porche de atrás de su casa. La había visto en el colegio casi todos los días y muchas veces por la calle también; sabía que se llamaba Margie, pero nunca había hablado con ella hasta esa tarde, cuando me preguntó adónde iba. Me quedé tan sorprendido al ver una chica desnuda, en pleno día, y estuve detenido allí, mirándola, durante tanto tiempo, que se acercó a la baranda del porche y me repitió la pregunta.

Cuando le dije a Margie que volvía a casa, indagó por qué tenía tanto apuro. Abrí el portón de la calleja y llegué hasta los escalones del porche. Margie dijo que sus padres y dos hermanos habían ido al centro a comprarse zapatos, que estaba sola en la casa y que yo podía entrar si quería. Le pregunté qué iba a pasar cuando entrara, y me contestó que tendría que entrar para saberlo. Se volvió hacia el vestíbulo mientras yo cruzaba el porche y entró a la cocina.

Cuando entré yo a la cocina, Margie cerró con llave la puerta y se sentó en la mesa. Tenía pelo largo y rojizo y se lo había sujetado arriba de la cabeza, lo que la hacía parecer mucho más grande de lo que era. Se había empolvado sus pechitos y se había pintado los pezones de un color marrón que parecía chocolate, y también se había teñido la entrepierna de un color rosado fuerte, con algo que parecía salsa de tomate.

Además de parecer tanto mayor, no tenía ninguna vergüenza de que estuviera mirándola así como estaba. Moviendo sus piernas adelante y hacia atrás, me preguntó primero si me parecía que era bonita y atractiva; le dije que era preciosa. Luego me preguntó si creía que era la más bonita que jamás había visto. Pareció muy satisfecha cuando le respondí eso; entonces me dijo que podía acercarme y tocarla donde quisiera y besarla de arriba a abajo.

Metí mis manos entre sus piernas y enseguida comencé a palparle los pechos. Casi todo el polvo blanco se salió entonces, y mis manos quedaron pegoteadas con chocolate y *catchup*, ella se reía y retorció mientras, pero cuando iba a empezar a besarla oímos un ruido en la entrada del frente. Margie saltó de la mesa, quitó la llave a la puerta y corrió hacia su cuarto lo más rápido que pudo; yo tampoco me demoré mucho en atravesar la puerta del fondo y saltar sobre el cerco para llegar al callejón.

Vi a Margie muchas veces en el colegio después de eso, y a veces por la calle, pero siempre se hacía la que no me conocía y nunca más volví a verla en la puerta de atrás cuando pasaba por el callejón, de vuelta a casa. Su familia se mudó al final de ese verano y no la he visto más.

—Bueno, Steve, todo lo que te puedo decir es que tuviste mucha suerte de poder escaparte antes que te pescaran —dijo Duke cuando terminé de contarle mi historia sobre Margie en Memphis—. Tuviste tanta suerte como yo hace un rato al poder zafarme de Bonnie antes que me vieran esos dos blancos. Todavía estoy temblando.

Nos pusimos de pie y caminamos en dirección al campamento.

—No sé por qué hacen eso; y las chicas de color también lo hacen —dijo Duke—. Deben ser todas iguales. Será porque todas ellas, negras y blancas, quieren ser admiradas por alguien y que les digan que son lindas así, como Dios las echó al mundo. Y eso es verdad a menos que sean demasiado flacas o demasiado gordas. Sin embargo, es muy arriesgado. He oído de gente a la que han apaleado y hasta baleado por sorprenderlos con una chica así, exhibiéndose desnuda. Y todavía hubiera sido mucho peor para mí, si esos dos blancos me hubieran encontrado allí con Bonnie cuando ella tenía puesta tanta ropa como yo. Quién sabe durante cuánto tiempo tendré pesadillas con esto. Y apuesto a que la primera será esta noche, en cuanto me acueste.

Cuando Duke y yo volvimos al claro, los dos hombres de Paxton —Bubba Youngblood y Billy Roy Smith— estaban clavando las estacas para armar una tienda de lona, no muy lejos de nuestra carpa.

En un extremo del abra tenían una pila de mantas, cacerolas y otros implementos, y evidentemente le habían alquilado un bote a Clyde Owens para traer a la isla todo ese equipo. Troy Pickett se levantó de su siesta y se puso a observar cómo armaban el toldo.

Ya estaba muy avanzada la tarde y el sol comenzaba a descender sobre el río, con un fuerte resplandor rojizo. Una suave brisa soplaba desde la orilla, y el intenso calor del día se había transformado en una agradable temperatura. Renacía en la isla el bullicio de los pájaros, que revoloteaban en las ramas buscando un lugar para pasar la noche. Era ya la hora en que los mosquitos hacían su aparición y Duke echó más leña al rescoldo para ahuyentarlos con el humo.

Estábamos esperando que Guthry volviera de pescar de un momento a otro, pero recién apareció bastante después de la puesta del sol. Mientras venía hacia nosotros, vimos que no sólo no había sacado ningún pescado en toda la tarde, sino que además había tirado su caña y la lata de la carnada. No obstante venía sonriendo y pitando rápido su cigarro, como si estuviera muy contento y satisfecho por algo.

—¿Qué tal estuvo el baño esta tarde, Duke? —preguntó al pasar—. Se oía mucho chapaleo y eso debe ser bueno para refrescarse, supongo.

Duke asintió varias veces con la cabeza, pero sin decir nada.

—Bueno Steve —dijo Guthry entonces, tirando un pedazo de leña al fuego y sentándose junto a nosotros frente a la carpa—. Esta ha sido realmente una buena excursión, estoy orgulloso por haberte traído. Has hecho una verdadera vida de

hombre, y no lo olvidarás muy pronto cuando vuelvas a Memphis o a cualquier otra parte. Puede ser que a lo mejor recuerdes siempre qué bien se complementan el bagre frito con el *whisky* rojo y la humareda de una fogata. Es la mejor combinación que conozco. Pero si alguna vez encuentras una mejor, no dejes de avisarme. Mientras tanto, como me siento tan orgulloso, no me importa compadrear un poco. No sé cómo aprenderías a vivir como un hombre de veras en este mundo, si no tuvieras un tío como yo. ¿Qué te parece, Steve?

Le dije que nunca me había imaginado que pudiera existir en el mundo un lugar como la Isla del Verano, y que deseaba poder quedarme en ella hasta que empezara el colegio al final del verano.

Guthry se levantó y tiró unos cuantos palos más al fuego.

—Sé cómo te sientes, Steve —dijo—. A mí me pasa lo mismo, y lo malo es que ya se está por terminar, como todas las cosas buenas. No podemos quedarnos ni siquiera un día más. Ha venido otra gente y ya entonces se pone demasiado incómodo para todos; esta isla es muy estrecha para más de tres o cuatro personas a la vez. No podemos levantar una pared entre ellos y nosotros, y en cualquier momento, alguien va a estar pisándole los zapatos a otro. Me hubiera encantado poder quedarme un día más como lo habíamos planeado.

»Pero no hay caso. No me gustaría quedarme más que esta noche y correr el riesgo de tener discusiones con esa gente. Eso nos arruinaría todo nuestro viaje. Antes que se haga noche iremos hasta los canales, sacaremos el espinel y tendremos una buena comida de despedida con abundante pescado, siempre que otro no se nos haya adelantado a hacerlo, pues ya debe haber una buena redada. Y mañana nos levantaremos al amanecer, cargaremos nuestras cosas, cruzaremos otra vez por el remanso hasta el embarcadero, así podremos partir bien temprano. Aun así podemos demorar todo el día en llegar a casa. Ha llovido más desde que vinimos, y esos pantanos deben estar peor que nunca.

Guthry dio otras pitadas a su cigarro, pensativo, antes de volver a hablar. Dirigió entonces una rápida mirada hacia donde estaban los dos hombres frente a su tienda. Habían prendido una fogata y estaban echándole leña.

—A propósito, Steve —dijo Guthry de una manera casual después de un rato—, puede ser que tú y Duke no se hayan enterado, pero hace un rato me fui caminando por la orilla del río hasta el extremo norte de la isla. Como no sacaba ningún pescado, antes que bajara el sol, tiré mi caña al agua y me dirigí hacia donde creía que ustedes se estaban bañando. Y cuál no sería mi sorpresa cuando llegué allí y me encontré con una chica que salía caminando del agua. Me contó que había venido con esos dos hombres de Paxton. Ellos me habían dicho que sus nombres eran Bubba Youngblood y Billy Roy Smith. Ya oí hablar de ellos antes: tienen fama desde Paxton a Unionville, de no ser fáciles de llevar. Bueno, me pareció que era mejor que les avisara.

»De todos modos me sorprendió mucho ver a esta chica allí, pues no esperaba

encontrar una mujer en la isla. A muy pocas les gusta venir hasta aquí para hacer esta vida salvaje, y no creo que ella esperara verme tampoco, pues no tenía puesto ni siquiera un traje de baño. Y como ya les dije, estaba caminando por el agua y salía fuera justo cuando llegué yo allí. Enseguida me di vuelta para irme, pues pensé que tendría vergüenza —se dan cuenta, estando así desnuda— pero me llamó y dijo que quería contarme algo. Creo que el que estaba abatado desde el principio era yo, porque ella salió del agua y estuvo de lo más amable. Eso es todo lo que quería decirles, me parece.

Duke me miraba todo el tiempo que Guthry estuvo hablando de Bonnie, como preguntándome si deberíamos contarle nosotros algo también. Pero todas las veces le hice señas de que no.

—Y ahora, en el camino de vuelta —empezó Guthry de prisa—, decidí que sería mejor que arregláramos todo para partir mañana temprano. Eso es lo mejor que podemos hacer. Bubba Youngblood y Billy Roy Smith trajeron a esa chica con ellos, y contándonos a nosotros cuatro... Bueno, seríamos seis hombres y una chica como ésa en esta pequeña isla y esta clase de situación...

Miró a través del claro hacia donde estaban los dos hombres frente a su tienda.

—En fin podríamos tener problemas en un caso así. Y problemas muy serios. Con una mujer tan joven y bonita como ella —y demasiados hombres alrededor— no es nada difícil que haya líos. Esos dos hombres son brutos y ásperos —tienen que serlo para poder dirigir un gran aserradero y una fábrica de durmientes para el ferrocarril—. Son esa clase de gente con la cual no es fácil llevarse bien, aunque no estén enojados por nada. Me di cuenta de eso cuando se me acercaron adonde estaba pescando y me dijeron que querían saber cuánto demoraríamos en irnos y no estorbarles el camino, y dejarles la isla para ellos solos. Esa es la forma en que hablan. Y si nos quedáramos y encontrarán a uno de nosotros trabando amistad con Bonnie —así se llama la chica, de paso, me olvidé contarles hace un rato— y...

Guthry se calló de repente y dio unas nerviosas pitadas a su cigarro apagado, mientras lanzaba ojeadas a la tienda de lona. Tuvo que sacar un fósforo y prenderlo nuevamente.

Los dos hombres habían desaparecido de nuestra vista, pero Troy Pickett que había estado hablando con ellos, se dirigió hacia nosotros.

—Para decir la verdad —dijo Guthry muy rápido—, ya estoy alarmado. —Esa chica puede contarles cualquier cosa... Puede decirles que estuve allá arriba con ella. A lo mejor se lo dice antes que nos vayamos de aquí.

Troy se acercó a nuestra fogata y, agachándose, escupió varias veces.

—Hola, Troy —le dijo Duke—. Es realmente agradable no tener que decirle más «señor Troy».

Troy se hizo el que no lo había oído.

—Troy —le dijo Duke hablando más alto—. ¡No escupas en el fuego que si se apaga van a venir los mosquitos!

Troy se dio vuelta, miró a Duke con furia y se marchó, hablando consigo mismo.

—Vamos, Duke —dijo Guthry poniéndose de pie—. Vamos hasta el espinel y busquemos nuestros bagres antes que se haga más de noche, y antes que alguien se nos adelante. Sé que es hora de tomar un buen trago de *whisky*, pero mejor será que busquemos primero la pesca. He oído de gente que hace al revés y se emborracha tanto que tira los pescados y muerden ellos los anzuelos.

OCHO

1

Recién comenzaba a levantarse la luna, a última hora de la tarde, cuando acabamos de comer alrededor del fuego. Era una media luna con un débil halo alrededor y pequeñas nubes, blancas y redondas, se amontonaban en el horizonte hacia el este.

No obstante, la luz de la luna era suficiente como para que pudiéramos ver a los tres personajes de Paxton moverse alrededor de su tienda, del otro lado del abra. Los oíamos hablar fuerte, jurar y reírse, y también el ruido que hacían con las cacerolas mientras preparaban su comida. No habíamos visto pescar a los dos hombres en toda la tarde, ni que nos sacaran pescados del espinel, y por lo visto se conformarían con que su comida consistiera en abrir latas de carne cocida y porotos guisados, y beber *whisky*.

Después del intenso calor del día, el aire estaba ahora agradable y perfumado en la isla. Una brisa que venía de río arriba, alejaba de nosotros el olor de las aguas fangosas del remanso, al que Duke llamaba «profana pestilencia». A veces el viento aumentaba y hacía crujir las hojas oscuras, los sauces. El croar de las ranas había disminuido hasta convertirse en un suave murmullo y hasta el ruido del agua rozando la orilla era lánguido y apacible. Bocanadas del humo de las fogatas nos envolvían de tanto en tanto, como si trataran de advertirnos que nos arrepentiríamos por dejar la Isla del Verano, y volver a casa al día siguiente.

Probablemente porque era ésa nuestra última noche en la isla, y no queríamos volvernos al día siguiente, nadie tenía sueño, ni ganas de acostarse. Nos sentamos alrededor del fuego y escuchamos a Guthry contarnos algunas de sus experiencias como viajante de comercio, antes de casarse con tía Rosemary, establecerse en Unionville y abrir allí su negocio de ramos generales. Era la primera vez que lo oía hablar de su antiguo trabajo.

Cuando la botella de *bourbon* dio toda la vuelta y quedó vacía, Duke sacó otra de la bolsa. Cada uno tenía un jarro y se servía en él cuando le pasaban la botella.

Guthry había sido viajante de comercio muchos años, en una zona que comprendía todo el oeste y parte central de Tennessee hasta más allá de Nashville y operaba con mayoristas en artículos de ferretería y herramientas de granjas. La mayoría de esos negocios estaban ubicados en pueblos rodeados de comunidades

agrarias; viajaba en tren y dormía en hoteles para viajeros, con una valija por todo equipaje, y volvía a su hogar-oficina en Memphis sólo un día cada dos semanas. Dijo Guthry que en ese tiempo, la mayor demanda era de arados de un solo tiro, sierras y bañaderas, mucho antes que los granjeros comenzaran a comprar tractores, generadores, heladeras, y máquinas de lavar para sus esposas.

—Y les diré —agregó Guthry—, después de unos años por los caminos, tenías la impresión que la vida, era sólo una serie constante de domingos en hosterías, sin nada que hacer más que solitarios, o intercambiar cuentos con otros alicaídos viajeros, desde el sábado a la tarde hasta el lunes a la mañana.

Según nos explicó Guthry, la razón por la cual dejó ese trabajo para abrir su propio negocio con el dinero que había ahorrado, fue que tía Rosemary le dijo que ella era demasiado joven y le gustaba tener siempre compañía, para casarse con un viajante y quedarse sentada en su casa sola todas las noches, o sintiéndose desgraciada durante dos semanas, mientras él andaba por todo el país, juntándose con otras mujeres en hoteles, burdeles y en donde tuviera ganas. El padre de tía Rosemary era dueño de un negocio de ferretería y herramientas agrícolas en una pequeña ciudad en el centro de Tennessee, que fue donde Guthry la conoció. Cuando él le propuso matrimonio, le dijo que ya había oído mucho sobre los viajeros, trabajando con su padre, así que no era tan zonza como para casarse con él a menos que le prometiera dejar su trabajo y quedarse a vivir allí.

Guthry sirvió más *bourbon* en su jarro y prendió otro cigarro. Los mosquitos comenzaban a arrimarse de nuevo y Duke tiró más leña a las brasas para que el humo los alejara. Troy estaba sentado ahí cerca, recostado contra un árbol, desde donde podía ver a Bonnie cada vez que aparecía en el otro campamento. En vez del vestido rosado, Bonnie tenía puesto algo que de lejos parecía ser o un escueto traje de baño de dos piezas o su ropa interior. Cualquiera de las dos cosas, se le deslizaba constantemente más y más abajo de sus pechos y caderas, pero ella no se tomaba el trabajo de mantenerse cubierta.

—Mucha gente creía que los viajeros eran unos pobres diablos trotamundos que pasaban la mitad de su tiempo contándose cuentos cuando no estaban en el burdel —dijo Guthry—. Y no estaban muy lejos de la verdad, tampoco, al menos cuando yo era uno de ellos. Aparte de eso, la mayoría de los cuentos se referían a viajeros y a mujeres, y eso constituía una parte tan esencial de su equipaje, como las baratijas, zapatos y artículos de ferretería o lo que fuera que ofrecían. Muchos de ellos se especializaban en una determinada clase de historias y los comerciantes, cuando los veían llegar, esperaban que tuvieran un cuento o chiste nuevo que contar antes de hacerles ningún pedido.

»Hay cientos y cientos de historias y chistes sobre el viajante de comercio y la hija del chacarero, o una chica de pueblo, generalmente tan divertidos o sucios como se puede esperar. Eran variaciones sin fin sobre la chica ciega que tenía vergüenza de desvestirse frente a un hombre, hasta que apagaba la luz o el otro sobre el gordo que

para a una chica flaca en la calle y le pide cambio de un billete de cinco dólares, o el de la hija del predicador que se casó con un viajante y se olvidó de llevar un camisón en su luna de miel, y así por docenas. Algunos de ellos demoraban cinco o diez minutos en contarse, con montones de detalles, y otros se decían en diez segundos. Debo haberlos oído todos cuando viajaba, y se los debo haber contado a los dueños de negocios cuando quería ablandarlos un poco y ponerlos de buen humor para que me hicieran un pedido grande.

»Es decir, creía saber todos los cuentos, hasta que un día, uno que nunca había oído se produjo delante mío. La diferencia entre éste y los demás era que no era ni gracioso ni cochino; era triste. Trágico y triste. Siempre pienso cómo me hubiera gustado haber podido hacer algo, en vez de quedarme parado viendo lo que sucedió. Eso es lo malo cuando uno se arrepiente de algo. Si no se actúa de inmediato en un caso así, luego es siempre demasiado tarde. Y después de todo este tiempo no puedo sacármelo de la cabeza.

Guthry se quedó un momento en silencio, contemplando el humo del fogón.

—Sucedió en una pequeña ciudad, en la zona de maíz, algodón y tambos cerca de Jackson —empezó como para sí mismo, asintiendo y narrando el incidente en voz baja—. Había terminado mi trabajo por ese día y había conseguido varios pedidos muy buenos: palas y azadas, llaves de distintas clases y cosas por el estilo. Estaba esperando en la estación el primer tren para la próxima ciudad de mi acostumbrado itinerario.

»Estaba contento, calculando para saber cuánto había ganado ese día en comisiones, y especulando a cuánto podrían llegar mis viáticos si esa noche tomaba adonde llegara unas cuantas copas y gastaba algunos dólares en otra forma. Era invierno, y a esa hora, alrededor de las siete de la tarde, ya estaba oscuro; había escarcha en las ventanas de la sala de espera y ya se sentía la nieve en el aire. Otros cinco o seis pasajeros esperaban el mismo tren —todos comerciantes viajeros, como nos gustaba llamarnos— y todos arrimados a la estufa de carbón grande y panzona que había en el centro del cuarto, para calentarnos las espaldas. No bien te apartabas no más de dos metros de la estufa, empezabas a tiritar y temblar ¡tanto era el frío! Y como todo el mundo sabe, cuando hace frío y escarcha en Tennessee, podrías estar mejor en Alaska.

»Al fin de un día de trabajo como aquél, nadie tenía más ganas de contar chistes o de escucharlos, ni tenía mucho más que decir sobre cualquier cosa mientras esperaba el tren. Como les dije, es entonces cuando los viajeros se ponen a pensar en comisiones y cuentas de gastos y qué van a hacer a la noche cuando lleguen a la próxima ciudad.

»Faltaban todavía veinte minutos para que llegase el tren, cuando una chica de unos dieciocho años, con cara asustada, entró al salón de espera. Estaba sola y se quedó parada ahí durante un rato, sujetando un pequeño bolsón como si nunca hubiera estado antes en una estación de ferrocarril, y no supiera qué hacer.

Finalmente, vio la boletería y se acercó a comprar un pasaje. Apretando el boleto en la mano, se fue al banco en el rincón más alejado del salón de espera, y allí se sentó, temblando y tiritando dentro de su raído saquito gris, apretándose los brazos cruzados alrededor de la cintura. Si hubiera estado temblando de frío, se hubiera acercado a la estufa para calentarse como lo hacíamos el resto de nosotros, pero parecía estar muy asustada y ser demasiado tímida para abandonar su rincón y acercarse a alguien.

»Era una muchacha realmente bonita, de ojos azules, abundante pelo rubio y una esbelta figura, pero la expresión de miedo en su cara la hacía parecer mucho mayor de lo que podría ser en realidad.

»A juzgar por su ropa ordinaria y sus zapatos, y por su timidez, daba la impresión de ser una muchacha de una granja, que iba a viajar sola en tren por primera vez en su vida. Como conocía bien a los viajeros, me preguntaba cuál de ellos sería el primero en acercársele y preguntarle si iba a la misma ciudad que él... Y quizás al mismo hotel, por supuesto. Y así, había media docena de viajeros y una hija de granjero — eso pensaba yo que era mientras la observaba— y no hay límite para imaginar lo que puede suceder después. Pero, según resultó, era la mujer y no la hija de un granjero, y una mujer que había abandonado al marido.

»Bueno, ocurrió que poco después de haber comprado el boleto y haberse sentado en la punta del salón —y antes que ningún viajante le hablara— un hombre de unos cuarenta años, con el típico y manchado *overall* de granjero y pesadas botas, entró a la sala de espera y fue derecho adonde estaba la chica. Ésta comenzó a temblar desesperadamente y trató de escudarse tras el pequeño bolsón.

»Sin decir una palabra, el hombre le arrancó el bolsón y le pegó en la cabeza con su mano abierta. El golpe la hizo caer del banco, se fue al suelo también su boleto, y entonces el hombre la agarró del brazo y de un tirón la puso de pie. Ella gritó, suplicándole que no le pegara más, pero eso no le impidió abofetearla otra vez.

»Los dos primeros viajeros que trataron de ayudarla fueron echados a un lado, y el hombre sacó entonces una pistola de su bolsillo y amenazó con dispararle al primero que se acercara.

»Cuando piensas en ello ahora que pasó, seis o siete hombres deberían haber podido sujetar a uno solo, aunque estuviera armado. Pero cuando un tipo desconocido está furioso y te apunta con una pistola, es difícil que quieras correr el riesgo de que tire y te mate. No obstante, mientras tironeaba a la chica del brazo y la arrastraba a través del cuarto hacia la puerta, alguien le preguntó por qué la trataba de ese modo. Todo lo que contestó fue que cualquiera haría lo mismo si su mujer lo dejara y se volviera a la casa de sus padres. Uno de los viajeros fue hacia el banco donde se habían caído el boleto y el bolsón. Todo lo que este contenía se había desparramado por el suelo —un camisón, cepillo de dientes y una caja de talco, eso era todo.

»Los seguimos afuera, mirando a la chica con el boleto en una mano y la bolsita en la otra, hasta que se perdieron de vista en la noche. Todavía lloraba y suplicaba que no le pegara más, cuando al dar la curva, el tren empezó a pitar tan fuerte, que no

pudimos oír nada más.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Duke.

—Todos fuimos a buscar nuestros muestrarios y bolsones y subimos al tren. Pero no se contaron chistes, como de costumbre, en el vagón de fumar, mientras nos dirigíamos a la próxima ciudad. Y desde entonces siempre que oigo historias de viajeros y de hijas (o mujeres) de granjeros, me acuerdo de una que no es sucia y por cierto tampoco graciosa.

2

Troy se puso de pie, bostezando y desperezándose.

—Jodeputa —dijo luego escupiendo en el fuego—. Guthry Henderson, la próxima vez que quieras contar un cuento de mi gusto, avísame y puede ser que quiera escucharlo. No quiero perder más tiempo, sentado oyendo otros como el que acabas de contar. Caray, cuando voy a la iglesia los domingos allí tengo que quedarme sentado y escucharle al predicador ese tipo de historias. Pero hoy no es domingo, y los otros días me gusta oír algo fuerte y sucio.

—Troy, conozco un cuento divertido para contarte —dijo Duke.

—¡Cállate, muchacho! ¡No me dirijas la palabra! —Se inclinó hacia adelante y volvió a escupir en el fuego—. No quiero oírte nada, hasta que no me llames como se debe.

Troy caminó unos pasos y desapareció entre los arbustos, cuando Bubba Youngblood salió de su tienda en dirección al claro y se detuvo justo entre los dos fogones.

—¡Eh! —gritó Bubba con voz alta y ronca—. ¿Alguno vio a Bonnie? ¿Está por ahí?

Guthry le dijo que no la habíamos visto.

—No me mientan —advirtió a Guthry—. Salió hace un rato no sé adónde. Me acosté a dormir una siestita y ahora me acabo de despertar y no la encuentro. Mejor será que no se esté escondiendo por allí. Billy Roy y yo la trajimos para nosotros, y no quiero que nadie más se meta con ella. ¿Me oyeron? Lo digo en serio. No estoy bromeando, ni por un momento. Y no me importa quien sea. Lo voy a matar a patadas. ¡Mejor será que me oigan!

—Ya te oí —contestó Guthry.

Bubba dio varios pasos más en dirección a nuestra fogata.

—¿Adónde está ese otro tipo? Veo solamente a dos de ustedes y al negro. ¿Dónde se fue el otro?

—Troy Pickett debe estar por aquí cerca. Hace unos minutos estaba acá sentado.

—No me importa un carajo cómo se llama, pero es mejor que se cuide y no se acerque a ella. Billy Roy y yo no la trajimos hasta aquí para que él o ningún otro se divierta con ella: tráiganse ustedes sus mujeres para eso. Si la llego a encontrar en algo... la voy a matar a patadas a ella también.

Guthry no dijo nada más y Bubba volvió a su tienda. Podíamos verlo caminar de un lado para otro a la luz vacilante del fuego.

—¡Bonnie! ¡Bonnie! —comenzó a vociferar con gritos que se podían oír en toda la isla—. ¡Bonnie, maldita seas! ¡Vuelve acá! ¡Mejor será que no andes paveando por ahí! ¡Si no haces ahora lo que te digo, te arrepentirás luego cuando te agarre!

Se quedó quieto por un momento, esperando oír su contestación antes de volver a llamarla.

—¡Bonnie! ¡Maldita Bonnie! ¡Sé que puedes oírme! ¡Mejor será que vuelvas antes que me enoje más contigo! ¡Sabes lo que te espera cuando me pongo furioso! ¡Te pegaré tan fuerte en los pezones que se te quedarán metidos para adentro por el resto de tu vida!

Bubba desapareció de nuestra vista haciendo mucho ruido al pisotear los matorrales, y apenas unos minutos después, salió Bonnie de la oscuridad y entró a la tienda donde Billy Roy había estado acostado en su catre todo ese tiempo. Por la abertura del toldo, podíamos verlos, sentados en los catres y fumando.

Ya era más de medianoche y Troy todavía no había vuelto. La luna ya estaba casi sobre nuestras cabezas, los cúmulos de nubes habían desaparecido finalmente, y las verdes hojas de los sauces tenían un resplandor como en las primeras luces del amanecer. Guthry dijo que en esa época del año amanecía muy temprano, y que debíamos ir ya a acostarnos para dormir un poco mientras pudiéramos, ya que dentro de un par de horas tendríamos que levantarnos para guardar todas nuestras cosas y partir. Aparte de desarmar y enrollar la carpa, había que plegar los catres, doblar las mantas y guardar los utensilios de cocina en cajas, y luego transportar todo eso hasta los dos botes.

Guthry bostezó soñoliento, tiró la colilla de su cigarro al fuego, y fue el primero en entrar a la carpa.

Bubba volvió a su tienda, encontró allí a Bonnie, y todo fue calma entonces. Como era evidente que Bubba no le estaba pegando a Bonnie como había amenazado con hacerlo, Duke y yo decidimos entrar también a la carpa y acostarnos a descansar todo el tiempo que pudiéramos.

Para entonces ya eran casi las tres de la mañana.

Pero no pude dormirme enseguida. Mi catre estaba cerca de la lona que tapaba la entrada de la carpa y podía ver, por las rendijas, unas pocas y débiles estrellas; aunque era todavía demasiado temprano para ver el primer resplandor del alba.

Estuve un rato largo despierto, acostado, escuchando los ronquidos de Guthry en la otra punta de la carpa. Cuando de pronto, Duke, que tenía el catre al lado del mío, empezó a hablar agitadamente en sueños. Yo había estado pensando en Bonnie, y recordando cuando estuvimos juntos con ella en el río esa tarde, y me preguntaba si la razón por la cual Duke hablaba dormido, sería que estaba soñando con ella. Traté de oír lo que decía, pero farfullaba con tanta excitación que sólo podía entender una que otra palabra.

—No van a tener piedad... suéltense... no soy un joven indio... nací de color... tengo que correr... corre, negro, corre... uno-dos-tres... chica blanca... toda desnuda... desnuda por completo... linda chica blanca desnuda por completo... tan bonita... tan desnuda... esos blancos malos... me matarían aquí mismo... no quiero morir... por favor, chica blanca... déjame ir...

Después de un rato me acostumbre a los ronquidos de Guthry y a la conversación de Duke y me empezó a dar sueño. Había cerrado finalmente los ojos y estaba

empezando a dormirme por fin, cuando alguien se sentó en mi catre junto a mí. El catre se hundía y se inclinaba crujiendo, así que me despabilé enseguida. Duke seguía hablando en sueños, pero muy confusamente y no podía entender nada de lo que decía.

Primero pensé que Troy había vuelto y andaba a los tropezones buscando su catre en la oscuridad. Y fue entonces cuando Bonnie se inclinó sobre mí.

Podía verle bien la cara, de modo que enseguida me di cuenta quien era. En vez de sorprenderme de verla allí, lo primero que recordé fueron las amenazas de Bubba Youngblood más temprano, cuando la estaba buscando. Estaba seguro de oír, a pesar de los ronquidos de Guthry y la conversación de Duke, el ruido de los pasos de Bubba Youngblood y Billy Roy corriendo de su tienda hasta la nuestra.

Había estado conteniendo mi respiración todo lo que podía, hasta que Bonnie se acercó, puso sus manos sobre mi cara y me dijo en un susurro, que no fuera a hablar fuerte.

3

En vez de tener puesto su vestido, el traje de baño o siquiera la ropa interior, Bonnie se había echado una manta sobre los hombros y al abrirse ésta pude ver que estaba desnuda como cuando la vi esa tarde, por última vez, a la orilla del río. Se inclinó un poco más sobre mí, su pelo oscuro caía sobre mi cara, y estaba tan cerca que sentía su respiración contra mi mejilla.

—¿Cuál eres? —preguntó con una voz que apenas se oía—. ¿Cómo te llamas?

Se lo dije en un susurro.

—No te has olvidado de mí tan pronto ¿verdad Steve? —dijo apretando su mejilla contra mi cara—. Soy Bonnie. Ya sabes. Esta tarde... en el río.

Antes que pudiera decir algo se acercó aun más. Sus pechos eran suaves y tibios.

—No tengas miedo, Steve —dijo—. No te preocupes. Bubba y Billy Roy están durmiendo. Ahora no van a venir a buscarme. Todo está bien ahora. No hay nada por qué preocuparse.

Se sentó entonces, y con un rápido gesto de sus manos se apartó el pelo de la cara.

—¿Cuánto más te vas a quedar aquí en la isla? —preguntó.

Le dije que a la madrugada volveríamos a Unionville.

—¿Tienes realmente que volver tan pronto? ¿No puedes quedarte un poco más?

Cuando le dije que mi tío había decidido volver un día antes de lo que habíamos pensado, se quedó un rato callada. Los ruidos que hacían Guthry y Duke parecían más fuertes que nunca.

—¿En cuál catre está? —preguntó entonces—. Tú sabes. Cuando nadaba hoy contigo. El que parece un indio, el muchacho indio. Me hizo excitar tanto... Todavía lo siento.

Señalé el catre al lado del mío.

—Quiero decirte algo, Steve —musitó—. Lo pasé muy bien esta tarde contigo allá en el río. Tenemos que volver a eso. Ven a Paxton a verme cuando quieras. Al Crystal Palace. Pasaremos muchos buenos ratos. No te olvides de mí. Estaré esperándote. Te alegrarás de hacerlo.

Bonnie apretó su mejilla contra la mía otra vez más. Entonces, sujetando la manta sobre sus hombros, se levantó y se dirigió al catre de Duke. Éste no hablaba más en sueños, y a lo mejor ya estaba despierto. De todos modos, en vez de sorprenderse y decir algo, no hizo ruido alguno cuando ella se metió en su catre y se inclinó sobre él. La colcha se le cayó de los hombros, y pude apreciar, con esa débil luz que se le acercaba más aún.

Lo único que veía de Duke al principio era su cara, pero después noté que rodeaba a Bonnie con sus brazos. Al verlo así, no podía pensar más que en lo preocupado que había estado esa tarde y el miedo que tenía que Bubba y Billy Roy los sorprendieran cuando él estaba desnudo y ella se había quitado la ropa interior.

Yo entonces empecé a preocuparme más que nunca, y a pensar en todo lo que

podía suceder. Guthry seguía roncando, pero yo esperaba ver entrar en cualquier momento a alguien —Troy Pickett o Bubba o Billy Roy— a la carpa y que encontraran a Bonnie y a Duke en el catre. No me preocupaba tanto Bonnie como Duke. Me parecía que ella podría defenderse de algún modo, pero sabía que algo terrible le sucedería a Duke. Bonnie dirá que es indio, pero los otros seguro que no.

Mientras estaba ahí acostado, aterrado de llegar a oír ruido de pisadas y preguntándome qué debería hacer, al catre de Duke se le rompieron las patas, se rasgó la lona y cayó al suelo con un gran ruido. Cuando miré para ver lo que había sucedido, parecía que Bonnie y Duke no se hubieran dado cuenta que el catre se había roto.

Guthry dejó de roncar y lo vi levantarse y mirar a su alrededor como si estuviera buscando la causa por la cual se había despertado. Pocos momentos después estaba sentado en su catre mirando hacia mí. Como Bonnie y Duke estaban en el suelo a mis espaldas, no podía verlos.

—Steve —llamó Guthry con voz somnolienta.

No le contesté, pensando que tal vez volvería a dormirse. Pero después de estar sentado allí un rato, lo vi poniéndose los zapatos.

—¿Estás despierto, Steve?

Como no le contesté, encendió un fósforo para prender la lámpara.

—¡Steve! —llamó en voz alta—. ¿Qué fue lo que hizo ese ruido recién? ¿Pudiste oírlo?

Le dije que había oído algo.

Justo cuando Guthry subía la mecha de la lámpara y la luz brilló con intensidad, Bonnie se levantó, se envolvió en la manta y salió corriendo de la carpa.

—¡Dios santo! —dijo Guthry. Estaba bien despierto ya—. Esa chica... es la misma... Bonnie...

Llegó hasta el medio de la carpa llevando la lámpara.

—Es ella, no hay otra mujer en la isla. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Sabías tú que ella estaba aquí? Esos hombres de Paxton... Bubba y Billy Roy...

Acercándose un poco más con la luz vio a Duke en el catre roto, detrás de mí. Duke se había envuelto en su manta, pero temblaba y se sacudía como si fuera una fría noche en la mitad del invierno.

—Dios Todopoderoso ¡ahí era donde estaba! ¡Duke! ¡Cómo se te ocurre!

Duke se sentó y buscó sus zapatos.

—¡Sabes que no hubiera podido ayudarte si te encontraban así! —le dijo Guthry agitado—. ¡Sabes eso, Duke! ¡Tú y una chica blanca!

Duke manoteaba los cordones de sus zapatos. Sus manos temblaban tanto que no podía siquiera hacerles un nudo.

—Vine acá y me acosté enseguida a dormir —dijo Duke con dificultad—. Es la verdad; es todo lo que sé...

Estaba demasiado asustado para poder decir algo más.

—Tenemos que apurarnos y salir de esta isla —nos dijo Guthry mirando todavía hacia el catre roto—. No debemos quedarnos un minuto más de lo que podamos, es demasiado peligroso. Apurémonos a desarmar la carpa y cargar todo en los botes para salir de aquí lo más rápido posible. ¡Y bien rápido! Esos dos hombres... si se llegan a enterar... que esa chica y Duke... y si Troy Pickett...

Se dio vuelta y miró hacia el catre de Troy.

—¿Dónde está?... ¿Dónde está Troy?

Le dije que Troy estaba todavía afuera.

—Menos mal —dijo Guthry con alivio—. Me alegro de saberlo. No le vayan a decir una palabra de todo esto a Troy. Ni una sola. Deben ocultárselo. Sé lo que trataría de hacer si se enterara.

Ya habíamos doblado tres catres y enrollado todas las mantas y estábamos desarmando la carpa, cuando apareció Troy. Guthry había tirado el catre roto al fuego y ya estaba ardiendo.

—¡Que los tiró! —dijo Troy—. ¿Qué cuernos están haciendo? Yo no he dormido todavía esta noche.

—Y no lo harás, no aquí —le dijo Guthry—. Estamos preparando todo para irnos.

—¿Por qué demonios? Todavía no ha empezado a clarear y yo quiero dormir.

—Todos tuvimos oportunidad de dormir un poco esta noche y tú también, Troy. Ahora es tiempo de que juntemos todo y nos vayamos. Enseguida comenzará a aclarar.

—¿Por qué tiraron ese catre al fuego?

—Está demasiado viejo y medio roto, no vale la pena llevarlo de vuelta a Unionville.

—¿Qué sucedió para que se volviera tan viejo de repente y se rompiera en la mitad de la noche?

Troy me miró, luego miró a Guthry y finalmente a Duke, pero ninguno le contestó.

—Hay algo más raro que el diablo en todo esto —dijo con una ligera sospecha—. Debo haberme quedado dormido cuando estaba allí afuera en los matorrales esperando ver a esa chica y me he perdido lo que sucedió aquí. Nadie tira al fuego un catre en la mitad de la noche y decide irse tan de repente sin tener alguna buena razón. ¿Quién dormía en ese catre cuando se rompió?

—Eso no importa, Troy —dijo Guthry con sequedad—. No es tiempo de charlar. Levanta alguna de esas cosas que tenemos que llevar. Tenemos que apurarnos y cargar de una vez los botes.

NUEVE

1

Era un amanecer gris, con nubes que parecían finas franjas oscuras sobre el horizonte sur; los tres de Paxton, envueltos en mantas, dormían todavía en su tienda cuando terminamos de cargar todas nuestras cosas en los botes, y estábamos listos para partir de la Isla del Verano.

Un sol ardiente se levantó pronto sobre la loma de Little Dipper Landing, y cuando habíamos remado hasta la mitad del remanso, en nuestros bien cargados botes, todo el cielo comenzó a teñirse de un pálido azul.

Todavía duraba el fresco aire de la noche, y una bruma matinal se levantaba lentamente de las aguas tibias, formando pequeños haces de vapor como deformes burbujas grises, que brillaban levemente a la luz del sol y desaparecían luego de repente, como si nunca hubieran existido. En la calma de la madrugada, antes que soplaran las brisas diurnas, una larga columna de humo, tan sólida e inmóvil que parecía una chimenea de fábrica, salía bien derecha de la cocina de Clyde Owens.

No había nadie en el embarcadero cuando llegamos y comenzamos a descargar los botes. Pero poco después, Clyde salió de su casa y se dirigió por la verde loma hasta el cenagoso bajo. Guthry enseguida se puso a conversarle, diciéndole que el día había amanecido lindo, con mucho sol y sin nubes ni lluvia a la vista, pero Clyde lo ignoró a él y al resto de nosotros, y no dijo una sola palabra hasta haber inspeccionado cuidadosamente los botes y haberse convencido de que no estaban estropeados. Sabía que los toletes estaban sueltos y astillados cuando los alquilamos, pero hizo un gran bochinche con ellos, sacudiendo y golpeándolos como si nosotros acabáramos de romperlos. Pateó con furia uno de los botes.

—Me parece que gente decente tendría más cuidado con la propiedad ajena que se les confía —dijo con un tono de reproche—. No astillaron los remos ni perdieron alguno, no rompieron tampoco ninguna de las tablas del fondo, pero miren por favor, todo el barro que han traído en los botes y que ni siquiera se han tomado el trabajo de limpiar. Cuando veo que la gente viene aquí a mi embarcadero y hace algo así, me dan ganas de ir a una de sus casas y llenar de barro todos los pisos y limpiarme los pies en sus alfombras. Y si eso no fuera suficiente, me limpiaría los zapatos con las cortinas también. Es demasiado trabajo tener que costearme hasta los tribunales y

demandarlos por esto, así que me acordaré de sus caras la próxima vez que vuelvan y quieran alquilar un bote. No me olvidaré de ninguna de sus caras, y les cobraré doble, o no les alquilaré nada. Debía haberme dado cuenta por sus fachas cuando vinieron, que tenía que cobrarles doble o no alquilarles nada.

—Me acuerdo que esos botes ya estaban sucios de barro cuando los llevamos el otro día, Clyde —le dijo Guthry—. Con toda seguridad no estaban flamantes.

—Si ésa es tu memoria, con razón que entonces no te has acordado que todavía me debes un dólar. A ver si ahora lo recuerdas.

—Un dólar ¿por qué? Te pagué de entrada el alquiler que pediste.

—Un dólar por hacerme venir aquí a mirar los botes antes de terminar mi desayuno. Un hombre tiene derecho a tomar su desayuno sentado tranquilamente en su casa.

Tomó el dólar que Guthry le daba y se quedó mirándonos mientras terminábamos de descargar los botes.

—¿Fueron capaces de pescar algún bagre allí? —preguntó siempre con el mismo tono gruñón—. ¿O ni siquiera pudieron armar el espinel?

Guthry le contestó que además de haber sacado todo el pescado que podíamos comer, dejamos la mitad de los anzuelos sin carnada para no pescar más de los que nos hacían falta.

—Parece entonces que alguien se mantuvo sobrio todo el tiempo —dijo Clyde mirando a Troy—. Vi la gran bolsa llena de botellas de *whisky* que llevaron allí. Creía que los cuatro se emborracharían y se caerían al río y nunca más saldrían a flote. Eso es lo mejor que podría pasarle a algunos; les ahorra a su mujer el trabajo de cavar una tumba y pagar al sepulturero. Me parece que si a un hombre le gusta emborracharse bien, se debería casar con una mujer que le deje tomar en su casa, en vez de mandarlo a pescar y darle una mala reputación a mi embarcadero.

—Eres realmente una persona amistosa, Clyde —le dijo Troy con una gran sonrisa, caminando hacia donde estaba éste y dándole una palmada en el hombro—. Puedo asegurarlo por la forma simpática de hablar que tienes aun a esta hora tan temprana del día. De veras admiro esa condición. Soy bastante buen juez de la gente y tú eres de la clase que me hace sentir contento de conocerte. Serías la persona ideal para tener de vecino. Podría vivir al lado tuyo toda mi vida y no tener nunca una pelea o disputa. Y eso no puedo decirlo de ningún otro que conozca. Estaría orgulloso de ser amigo tuyo durante toda mi vida, de ahora en adelante.

—Bueno, nunca fui un hombre peleador —dijo Clyde—. No tengo un carácter camorrero.

—Justamente así me imaginé que serías desde un principio —dijo Troy.

Con una pequeña inclinación de su cabeza, Clyde comenzó a sonreír bonachonamente por primera vez.

—Cierto, hay gente buena en el mundo, una vez que las conoces un poco.

—Lo mismo creo, Clyde. Es lo que siempre digo. Ahora, si pudiera tomar un

poco de agua, estaría muy agradecido. He tenido mucha sed durante toda la mañana. ¿Podré conseguir un vaso de agua en algún lado?

—Seguro —dijo sin dudarlo, como si hubieran sido amigos de toda la vida—. Seguro que puedes. Ve al porche de atrás de mi casa y toma toda la que quieras. Ahí está el balde de agua. Ahí mismo, en el porche de atrás.

Troy se dirigió enseguida hacia allí y ya había llegado a la loma, cuando Clyde se dio vuelta de repente y le gritó con un dejo de alarma en la voz:

—Toma toda el agua que quieras —le dijo a Troy—. Pero no entres a la casa. ¿Me oyes?

Troy levantó su brazo y lo agitó un poco.

Mientras acarreábamos hasta el camión lo que descargamos en la orilla, Clyde había estado ocupado subiendo los botes al muelle. Pronto terminamos de arreglar todo y ya estábamos listos para partir, pero Troy no había vuelto aún.

Cuando estábamos esperándolo, Clyde vino hacia el camión. Estuvo allí sólo unos instantes, hasta que empezó a mirarnos uno por uno, como si estuviera contándonos.

—¿Dónde está ese otro tipo? —preguntó—. ¿No ha vuelto todavía de tomar agua?

Sin esperar a que nadie contestara, empezó a correr trepando la loma en dirección a la casa. Cuando llegó allí, dio la vuelta hasta el porche de atrás. No pasó mucho más y Troy, cerrando de un golpe la puerta de alambre tras él, salió volando por el porche del frente.

Clyde estaba justo atrás de Troy, pero no lo siguió barranca abajo. Se quedó gritando algo allá arriba, pero si lo que quería era que Betty le alcanzara la pistola, ella no lo hizo.

—¡Que lo tiró! —dijo Troy casi sin aliento cuando llegó al camión. No dejaba de observar a Clyde, que seguía parado en la loma—. ¿Vieron eso? Estaba escuchando a esa chica contarme cómo se siente de sola aquí cuando no hay nadie alrededor más que su viejo, y ya la tenía medio entusiasmada, cuando entra éste como una tromba.

Clyde seguía gritando, pero Betty todavía no aparecía fuera de la casa.

—¡Maldición! He estado todo este tiempo aquí para nada —decía Troy—. ¡Ni una maldita vez! Y anoche en la isla también para nada. Esa chica de Paxton se pasó toda la noche corriendo de aquí para allá, saliendo y entrando en alguna parte, pero no donde yo pudiera encontrarla. Como si no quisiera tener nada que ver conmigo. No la pude pescar en toda la noche. Pero alguien lo consiguió ¡estoy bien seguro, carajo! Y capaz que fueron todos menos yo. Eso es lo que estoy pensando y me entran unas sospechas terribles sobre lo que sucedió anoche allí. Les diré una cosa. Si estuviera seguro... si llegara a descubrir... si todos los demás.

Miraba a Duke con furia.

—¿Qué sabes de eso?, ¿eh, negro hijo de puta?

—Troy —comenzó a decir Duke.

—¡Cállate la boca! ¡Cállate tu negra boca! No vuelvas a llamarme así. No estás

más en la isla ahora. Si quieres decirme algo me llamarás señor Troy. Y tampoco me he olvidado de todas las veces que no me llamaste como debías allí. Te lo voy a hacer pagar, mucho y muy bien por cada maldita vez que lo hiciste, y no te olvides. Espera un poco no más y verás si no lo hago. ¡Ya te agarraré!

—Queremos irnos, Troy —lo instó Guthry empujándolo hacia el asiento del conductor—. No queremos quedarnos aquí parados perdiendo el tiempo en peleas. Se está haciendo tarde y es bien largo el camino hasta Unionville. Apurémonos y volvamos a casa.

—Maldito negro degenerado... Esa chica blanca, Bonnie... Algo sucedió allí anoche. Si hubiera agarrado...

—Y si hubieras ido un poco más adelante para conseguir la chica allí en la casa hace un rato y si Clyde Owens te hubiera encontrado en pleno...

—No he terminado aún. El día no se ha terminado. No voy a perder todo este tiempo en una excursión de pesca para nada. No yo. Me daría vergüenza volver a Unionville y que me vieran la cara.

Duke y yo nos trepamos a la parte de atrás del camión y nos sentamos en la pila de mantas. Nos quedamos quietos sentados allí, mirando el camino que dejábamos atrás al alejarse el camión de Little Dipper Landing, llevándonos fuera del alcance de la vista de Clyde Owens, quien se quedó allá en la loma, frente a su casa.

Sabía que Duke, lo mismo que yo, estaba pensando en las amenazas de Troy, y preguntándose qué debía hacer. No era muy probable que quisiera volver a pelearse a trompadas con Duke, con el riesgo de tener que rendirse nuevamente; y no tenía ningún revólver en el camión. Sin embargo, Troy era la clase de persona que una vez que se ha fabricado un rencor, lo guarda degenerado en odio y furia intensos, hasta tener la oportunidad de resarcirse con violenta crueldad. Tanto Duke como yo nos habíamos dado cuenta que era así después de haber vivido en tan estrecha compañía durante la excursión.

Dejamos atrás las tierras bajas y la enmarañada vegetación de árboles, arbustos, enredaderas de viña salvaje; el camión comenzó a trepar lentamente por la sinuosa pendiente hasta la punta de la loma. Ya había trascurrido casi toda la mañana, y aunque no nos quedáramos atascados en algún pantano, demoraríamos casi todo el día en llegar a Unionville.

—La forma en que Troy hablaba allá en el embarcadero —empezó a decir Duke, pero de pronto se detuvo para corregirse— quiero decir el señor Troy. Tengo que tener cuidado y perder esta costumbre. Señor Troy, señor Troy. Hombre blanco. Señor Troy. Uno-dos-tres...

Se quedó mirando hacia el camino que dejábamos, un rato largo.

—Bueno, el modo en que habló me hizo arrepentir de habernos vuelto de la isla. Es como extrañar el hogar. Creí que nos llevaríamos bien después de esa agarrada en que tanto peleamos y al final tuvo que rendirse. Era realmente una sensación tan agradable estar allí, hablándoles a él, a Guthry y a ti como si yo fuera una persona común y no distinto a los demás. Parecía tan fácil y natural llevarse bien de ese modo. No tenía que preocuparme por ser como soy y cuidar mi manera de hablar a los blancos. Isla del Verano. Nunca la olvidaré. Isla del Verano...

»Me gustaría poder vivir durante toda mi vida, de ahora en adelante, en un lugar así. Desde ahora, cada vez que un blanco me grite por algo, tendré que hacer lo que me mande y no responderle mal. Sí, señor. No, señor. ¡Por favor, señor! Pero pensaré para mí —deseando poder volver cuanto antes—, qué agradable era todo allá. Es una gran cosa poder pensar lo que se me ocurra aunque no pueda decirlo en voz alta. ¡Isla del Verano! Ese es el lugar para mí.

Abrió su caja de pesca y sacó el libro de geografía. Dio vueltas las páginas con cuidado hasta que encontró el mapa que quería ver.

—Steve, ¿crees que habrá otros lugares como ése en alguna otra parte? —preguntó manteniendo su dedo en el mapa en el lugar donde estaría la Isla del Verano

si hubiera sido tan grande como para figurar en él—. Quiero decir donde los negros puedan vivir con tranquilidad y no tengan que escapar asustados todo el tiempo.

Le dije que deberíamos tomar un bote y recorrer de arriba a abajo, el Mississippi, para descubrir si había otros lugares como la Isla del Verano.

—No sé si serviría de mucho, aunque encontráramos otros sitios así —dijo después de pensar por un rato. Sacudió lentamente su cabeza—. Cada año, cuando llegan las crecientes de primavera, estaría bajo el agua, y nadie podría quedarse allí. Quizás no existe un lugar donde la gente de color pueda vivir en buenos términos con los blancos todo el tiempo. No ahora, que yo sepa. La mayoría de los blancos que conozco no les gustaría ese sistema. Prefieren seguir como es ahora. Pero puede ser algún día. Y espero vivir bastante como para poder ver levantarse el sol de ese gran día.

Duke me dio un codazo.

—Steve, puede ser que tú no tengas nada contra mí porque soy de color, pero no puedes saber lo que sienten los negros si no lo eres. Tienes que haber nacido así para comprenderlo.

Cuando llegamos a lo alto de la loma, vimos el ancho, cenagoso y retorcido Mississippi por última vez. Desde esa distancia, la Isla del Verano se veía tan diminuta que no era más que un angosto banco de arena, cubierto de verdes sauces, y hasta el remanso no parecía mayor que un charco en un potrero. No sé en qué estaría pensando Duke cuando miraba a la isla, pero se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que secárselos con el revés de su mano.

Desde allí, el camino de tierra era derecho y llano, y como no había llovido durante la noche como para que estuviera resbaloso por el barro, Troy comenzó a llevar el camión lo más rápido que se podía. Pronto pasamos la casa de Hugh Huffman en el cruce del camino, pero no paramos a comprar nada para comer y seguimos casi dos millas más adelante en dirección a Unionville, antes que tuviéramos que aminorar la marcha en los pantanos.

Troy pudo pasar con el camión por el primero, pero pocos minutos después se metió hasta el eje, en otro más grande. Duke, yo, y también Guthry, nos bajamos y empujamos hasta que Troy pudo desencajarlo y pasar al otro lado.

Ya era entonces la mitad de la tarde; el sol estaba fuerte y teníamos hambre. Guthry abrió las últimas latas de porotos y nos sentamos al costado del camino, a la sombra de unos robles, y comimos directamente de las latas con nuestras cucharas. Troy protestaba porque no quedaba más *whisky*, y dijo que lo primero que haría cuando llegara a Unionville, sería poner fin a tal escasez.

Mientras todos comíamos con calma, Troy se apuró en terminar su lata de porotos. Tiró el envase a la zanja, se levantó y fue hacia un montecito de árboles jóvenes, al costado del camino. Había una gran chacra atrás de la arboleda, y una cuadrilla de diez o doce chicas negras y mujeres grandes, trabajaban azadeando los surcos en el campo. Desde que sacamos el camión del pantano y nos paramos para

comer, las oíamos conversar y reírse.

No había pasado mucho tiempo desde que Troy entró al monte, cuando cesaron las risas en el campo de atrás. No podíamos ver lo que sucedía a través de los tupidos retoños, pero de repente oímos a una negra que cautelosamente le preguntaba a Troy por qué estaba allí.

No pudimos oír lo que Troy dijo, pero fuera lo que fuese hizo asustar a las mujeres, pues oímos claramente a una de ellas hablarle con agitación.

—Vete de aquí, hombre blanco —le dijo—. No queremos que nos molestes. Déjanos tranquilas. Ve a ocuparte de tus asuntos a otra parte. No queremos tener nada que ver contigo.

—Mejor que se fijen cómo me hablan —dijo Troy—. No saben quién soy.

—Hombre blanco, vete de aquí —le replicó enojada la mujer—. Nada me importa saber quién eres. No trabajamos para ti y no tenemos por qué escucharte. Vete de aquí ahora mismo.

—Cállate la boca —le dijo Troy.

—Si quieres que me calle, deja de molestar así a esa chica. Suéltale el brazo y déjala en paz. ¿Has oído?

Momentos después varias otras mujeres comenzaron a hablar con mucha agitación.

—¡Mejor que dejes lo que estás haciendo, blanco! —dijo una de ellas—. ¡Déjala en paz!

—Negra, si me pegas con esa azada, juro por Dios que te la arrancaré y las mandaré al infierno a todas con ella. Ahora apártense de mi camino.

—Por favor, hombre blanco, vete de aquí y déjanos en paz.

—Ocúpense de sus asuntos —le dijo a la negra.

—Estoy ocupándome de mis asuntos, de los asuntos de la gente de color. Ve a otra parte a buscar a los de tu clase; deja a los nuestros en paz. No queremos tener nada que ver contigo. Suelta a esa chiquita.

—Te voy a dar una paliza, negra, si no cierras la boca y te sales de mi camino. No estoy bromeando.

—Por favor, señor, patrón —suplicó una mujer sollozando fuerte—. No hagas eso. Ésa es mi hijita. Es muy joven y pequeña. Puedes ver cómo es de chica. ¡Dios, ten piedad!

—Patrón blanco, por favor, búscate otra, cualquier otra te servirá —dijo otra mujer en tono suplicante—. Deja en paz a esa pobre chiquita. No te la llesves al monte. Es muy niña aún para que le hagas eso. Toma a cualquier otra, si es necesario, ¡cualquier otra pero no ella!

—Al diablo con eso —dijo él—. Sé lo que quiero.

—Déjame ir a mí contigo, por favor, patrón, yo iré. Haré lo que tú quieras, te lo prometo... ¡Por favor, no te llesves a mi hijita!

3

Las mujeres sollozaban en el campo, y un poco más cerca nuestro, oímos los pisotones de Troy cruzando los matorrales en dirección al bosquecillo. Casi enseguida oímos el agudo grito de una niña.

Guthry se puso de pie.

—¡Troy! ¡Troy Pickett! —gritó—. ¡Ven acá! ¡Me has oído, Troy!

Después de llamarlo varias veces más, Guthry comenzó a caminar de arriba a abajo a lo largo de la zanja. Los tres habíamos salido de la sombra y estábamos parados al sol; teníamos las caras y camisas empapadas de sudor por el calor de la tarde.

Las mujeres negras lloraban y gemían sin cesar en el campo. Algunas de ellas comenzaron a entonar un canto triste y lastimero.

—¿Qué puede uno hacer? —dijo Guthry deteniéndose y mirando a Duke—. Él es Troy Pickett. No me va a hacer caso. Y si voy ahora allí y trato de frenarlo, se va a enojar conmigo y nunca se le va a pasar. Por menos que eso, mató un hombre una vez.

Duke sacudía la cabeza con una expresión de impotencia en su cara.

—Ya tiene varios buenos motivos para estar furioso conmigo. Por esa vez que lo tiré al suelo y lo tuve allí sujeto hasta que se dio por vencido, y luego por no llamarlo más señor Troy en la isla. También por lo que se imagina que sucedió anoche en la carpa. Me mataría con toda seguridad si llego a ir ahora adonde está y le digo tan sólo una palabra para que suelte a esa negrita.

Guthry se apoyó contra el costado del camión y se secó el sudor de su frente. Por encima de los cantos y lamentos, se oía rezar a una negra.

—Steve —dijo Guthry después de un rato, hablando con lentitud y mirando el camino en dirección al río y a la Isla del Verano—. Steve, no sabía que estas cosas sucederían cuando salimos para esta excursión. Te hice un gran discurso sobre lo bueno que sería para un muchacho de tu edad, alejarte de tu casa por unos días y aprender a vivir con hombres grandes. Y fanfarroneaba incluso, sobre tu suerte de tener un tío que te llevara a acampar al río. No me retracto de ninguna de esas cosas, y todo lo que ahora puedo decir es que no fue planeado como sucedió.

»Te diré la verdad, Steve. Todo comenzó porque necesitaba darle una buena excusa a tu tía Rosemary para poder venir yo aquí. Sabe muy bien que los hombres no se lo pasan pescando todo el tiempo en estas excursiones... Siempre hay partidas de dados, borracheras, o chicas, y a las esposas no les gusta quedarse en casa sabiendo muy bien todo, o por lo menos algo, de lo que sucede durante esos cuatro o cinco días. Por supuesto, yo quería que tú vinieras. Eso era tan importante como el resto. Creo que la única razón por la cual tu tía Rosemary estuvo tan amable y dispuesta a ocuparse del negocio en lugar mío, y en dejarnos pasar todos estos días lejos de casa, era porque pensó que me portaría bien si tú también venías.

»Por eso, si te hace demasiadas preguntas, cuanto menos le cuentes, mejor será. No digas más de lo que debes, y deja que yo cuente el resto. Si te hace preguntas directas sobre ciertas cosas, contéstale que yo sé más que tú. Eso es ser sincero, pues yo siempre trato de explicarle todo para que lo entienda bien. No es que quiera ocultarle algo en especial; es sólo porque me gusta explicar las cosas desde mi punto de vista, como creo que deben ser.

»Por ejemplo, no sabía que esa chica —Bonnie— estaría en la isla al mismo tiempo que nosotros. Fue como si hubiera caído del cielo. Jamás tuve una sorpresa más grande en mi vida. Y tampoco pensé que algo así, como con Troy Pickett ahora, sucedería. Es fácil que una mujer como tu tía Rosemary no comprenda que estas cosas inesperadas puedan suceder, y se enoje en serio, como muchas lo harían.

»Mirándolo de otro modo, también ha sido una buena lección para ti aprender, a tu edad, a conocer sin vueltas a la gente, y no salir de tu ignorancia recién cuando eres mayor. O tener que esperar tanto que nunca lo alcanzas, como le sucede a ciertas personas; y es entonces cuando empiezas a llenarte de prejuicios que te durarán toda la vida. De todos modos, aprendiste mucho sobre cómo se pesca con espinel y se vive en un campamento, y era ésa la razón por la cual fuimos allí. Estoy orgulloso de ello, aunque más no sea. Y del modo que sucedieron las cosas, lo mejor de todo fue que te hicieras amigo de Duke Hopkins. Nunca podrás ponerte en contra de Duke, o de cualquier otro negro excelente como él, en adelante.

Habíamos estado allí un buen rato, y el sol comenzó a esconderse tras las copas de los árboles cuando Troy Pickett salió del montecito. El fúnebre lamento y el canto triste de las negras se oía cada vez más lejos, y podíamos verlas atravesar lentamente el campo, en dirección a sus hogares, una hilera de viejas cabañas de madera, medio arruinadas, a dos o tres cuerdas de distancia. Las chicas más jóvenes corrían adelante, dejando atrás a las mayores que caminaban con lentitud y trabajosamente por el campo arado.

—Jodeputa —dijo Troy con una sonrisa de satisfacción y hablando con arrogancia mientras miraba a Duke—. ¿Qué te dije, negro? ¿Recuerdas lo que te dije en el embarcadero cuando Clyde Owens me echó de su casa antes de tener tiempo de desabrocharme la bragueta? Bueno, pues todo lo que tuve que hacer, no fue más que aguantar el picotazo un rato hasta llegar aquí, y entonces sacarlo a relucir y hacerle un regalo a la linda mulatita. Y cuando tengo que elegir, siempre elijo una así. No desperdicié mi tiempo del todo en este viaje ¿eh, negro? ¿Qué piensas de eso?

Duke sin decir nada dio un paso atrás, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—¿Por qué estás tan callado? ¿Porque me busqué una de tu raza? Diablos ¿cómo crees que has salido tú, medio blanco y medio negro? ¿Crees que Dios te hizo un favor especial? ¿Eso te hace tan presumido?

Duke seguía sin contestar.

—Maldito seas, si eso es lo que piensas, serías un negro retinto y motudo ahora, en vez de medio mulato hijo de puta o cualquier otra clase de negro hijo de puta que

creas ser.

—Vamos, Troy —dijo Guthry tratando de empujarlo hacia el camión—. Vamos a casa. Hay más pantanos todavía que pasar de aquí a Unionville, y el sol está bajando ya. No quiero tener que bajar y ensuciarme con ese barro en la oscuridad. Estamos perdiendo el tiempo. Pon en marcha el camión y vamos de una vez.

Troy soltó de un tirón el brazo que Guthry le agarraba y volvió hacia Duke.

—¿Por qué no contestas nada cuando te hablo? No eres sordomudo.

—Sí, señor Troy.

—No lo decías así en la isla ¿eh negro?

—No, señor Troy.

—¿Te crees mejor que yo?

—No, señor Troy.

—¿Quieres saber lo que pienso de ti?

—Sí, señor Troy.

Troy le pegó un puñetazo a Duke en la cara lo más fuerte que pudo. Éste trastabilló varios pasos hacia atrás pero no se cayó. Un pequeño hilo de sangre que salía de su boca comenzó a correr por su mentón.

—Ahora, empieza a hablar, negro —ordenó Troy—. Y habla rápido. No quiero tampoco oír una sola mentira. Adelante. Dilo: ¿qué sabes de esa chica blanca, anoche en la isla?

—Déjalo en paz, Troy —le dijo Guthry—. Ya es suficiente.

Agarrando el brazo de Troy con sus dos manos, Guthry lo empujó hacia el camión.

—Ya has tenido una pelea con Duke —dijo Guthry— y no tiene ningún sentido empezar otra, no importa quién la gane. No voy a tolerarlo. Y lo digo de veras. Vamos a casa de una vez.

Troy de un tirón soltó su brazo y se trepó al camión para ponerlo en marcha.

—No he terminado con él todavía —podíamos oír que gritaba a pesar del ruido del motor—. ¡Ya lo agarraré! ¡Ya lo verá!

Duke y yo nos trepamos a la parte de atrás del camión cuando éste comenzó a andar.

DIEZ

1

Me levanté de la cama y comencé a vestirme, ya entrada la mañana, serían las nueve o más tarde aún; el radiante sol que entraba por la ventana hacía sentir ya el intenso calor de un día de junio. La noche anterior fue tan calurosa que me había acostado sin ropa.

Después de dormir bajo una carpa en un catre angosto durante casi una semana, levantándome casi todos los días al amanecer y a veces más temprano aún, me parecía raro despertarme en una cama ancha y mullida, con sábanas blancas y limpias, en vez de estar enroscado en una manta húmeda y oliente. Como tener cuadros colgados en las paredes, a mi alrededor, y al mirar hacia arriba ver un blanco cielo raso, en lugar de una sucia lona gris.

No se me iba la modorra mientras me vestía, y hubiera podido seguir en la cama y dormirme enseguida otra vez, a no ser por el sol que me daba de lleno en la cara. No se oía ningún ruido en la casa y me preguntaba si tía Rosemary había ido con Guthry al negocio. Era sábado: la noche anterior, durante la cena, él dijo que esa mañana abriría bien temprano para aprovechar bien el día en su trabajo.

Había estado desvelado como dos o tres horas a la noche, y seguramente por eso me quedé dormido en la mañana. Le había pedido a Guthry que me despertara temprano para acompañarlo al negocio a desembalar las mercaderías que el hermano de Troy había entregado mientras estábamos fuera, pero por lo visto pensó que no me vendría mal un poco más de sueño, y no quiso hacerme levantar tan temprano como él.

Tal vez porque todavía estaba medio dormido, o tal vez no, lo cierto es que no tenía ningún apuro en vestirme: me quedé sentado en el borde de la cama, recordando lo que había ocurrido la noche anterior. Al principio trataba de pensar que sólo había sido un sueño pero me acordaba tan bien de todos los detalles, que sabía que debió ser realidad.

Lo que sucedió fue que tía Rosemary entró a mi cuarto a medianoche y se sentó en la cama al lado mío. Cuando abrí los ojos, puso su mano sobre mi boca, e inclinándose me dijo en voz baja que me quedara quieto y no hablara fuerte así no se despertaba Guthry que dormía en el cuarto del otro lado del pasillo.

Al despertarme así, tan de repente, en la mitad de la noche, no podía comprender qué estaba haciendo ella en ese lugar. Por varios minutos me quedé sorprendido mirándola, esperando me dijera por qué me había llamado. La luz de la luna era lo bastante fuerte como para poder ver que no tenía puesto ni un vestido ni el batón, y que su camisón estaba desabrochado desde su cuello hasta casi la cintura. Se acercó un poco más y con su mano todavía sobre mí boca, murmuró algo sobre Bonnie.

La noche anterior, mientras comíamos, ya bastante tarde —Guthry y yo habíamos vuelto de la tienda alrededor de las ocho—, tía Rosemary había conseguido averiguar, preguntando constantemente a Guthry, que la noche antes de volvernó había aparecido una chica en la Isla del Verano. Después de haberle dicho eso, Guthry sólo agregó que se llamaba Bonnie, trabajaba como camarera y que estaba acampando allí con dos hombres de Paxton. Tía Rosemary continuó insistiendo, acariciándolo, sentándose en las faldas, rodeándole el cuello con sus brazos, pero él le repetía que no había nada más que contar.

Como no consiguió hacerle decir ninguna otra cosa, tía Rosemary me preguntó si yo había averiguado algo más sobre Bonnie mientras estábamos en la isla. Le contesté, como Guthry me había pedido que lo hiciera, que él debía saber más que yo respecto de Bonnie. Eso no hizo más que aumentar su curiosidad y desconfianza; declaró entonces que no se contentaría hasta averiguar bien lo que quería saber y que no se detendría ante nada hasta enterarse de lo que realmente había pasado en la isla.

Tía Rosemary estaba tan enojada y resentida con Guthry que dijo que lo que seguramente había sucedido era que Guthry debía haber tenido una amnesia muy oportuna, y creerse otra vez soltero y viajante de comercio, para pasearse por todo el país, durmiendo con ésta y aquélla cuando se le daba la gana.

Cuando me fui a acostar, enseguida después de la comida, ella y Guthry continuaban hablando en voz alta en su cuarto, y cuando ya estaba por dormirme, podía oírla haciendo más y más preguntas.

Tuve tal sobresalto cuando tía Rosemary me despertó a medianoche, y comenzó a hablar en un susurro, que no me di cuenta lo cerca que estaba hasta sentir, a través del camisón fino y trasparente, la suavidad de su cuerpo y ver, con esa luz tenue, la plenitud de sus grandes y redondos pechos. Sentí una repentina rigidez de mi cuerpo, y un palpitante deseo por el suyo, y pensé cómo me gustaría que fuera Bonnie o cualquier otra chica la que estaba allí, en vez de ella, para poder estrecharla en mis brazos.

—Steve, quiero saber algo más sobre esa chica de la isla —me dijo en un murmullo. Su voz parecía tensa, pero había en ella, al mismo tiempo, una suavidad que antes no le conocía. Primero me puso las manos en las mejillas, en el cuello, luego descendió hacia mi pecho, hasta que comenzó a acariciar con suavidad toda la palpitante rigidez de mi cuerpo. Lo mismo me daba en esos momentos, a la cálida luz de la luna, que fuera tía Rosemary, Bonnie o cualquiera otra chica—. Cuéntame todo, Steve. ¿Qué hiciste? ¿Le hiciste el amor? No tengas miedo de contarme. Está bien,

puedes hablar conmigo. Yo quiero saber. ¿Era bonita y atractiva? ¿Cuántos años tenía?

Como hacía tanto calor esa noche, me acosté sin pijama, pero me había cubierto con la sábana. Ya estaba tan excitado por las caricias de sus manos que le hubiera contado cualquier cosa que quisiera saber sobre Bonnie, pero antes de que le dijera una sola palabra, sacó la sábana de un tirón. Podía verla mientras me observaba y me acariciaba cada vez más rápido; me alegré entonces de estar desnudo y quise verla a ella también desnuda. Y fue en ese momento cuando se puso sobre mí, y comenzó a estrujarme, frotarme y besarme como ninguna chica me lo había hecho antes.

No pude esperar más. De un tirón le saqué el camisón, rompiéndolo al hacerlo, y lo tiré a un lado para poder así besar, una y otra vez y uno tras otro, sus pechos, y enlazarla con mis brazos para sentir su cuerpo palpitante, enroscándose y apretujándose contra mí. No sé cuánto tiempo duró, pero la tuve en mis brazos todo lo que pude, hasta que temblando se apartó, respirando profundamente, y se acostó pegada contra mí.

Estuvo quieta y tranquila durante un rato, hasta que comenzó a hablar nuevamente, con calma y en voz baja.

—Steve ¿te hizo así el amor Bonnie? —me preguntó mientras apretaba su mejilla contra mi cara—. ¿O de otra forma? Cuéntame, Steve. ¿Te gustó? No tienes por qué tener vergüenza. No es nada. Puedes contarme.

Sentí entonces que podía hablarle como si fuera a mí mismo. Le conté cómo Bonnie se metió al río cuando Duke y yo nos estábamos bañando, y cómo se desvistió y me rodeó con sus brazos y piernas. Le dije entonces que Bonnie había dicho que Duke parecía un joven indio y no un muchacho de color y quería retenerlo en el agua con ella, pero él tenía miedo que lo sorprendieran esos dos hombres blancos de Paxton.

—¿Y los demás? —preguntó rápido—. ¿A qué otro le hizo el amor aparte de ti? ¿Quería a algún otro?

Sabía que si le contaba que Bonnie había entrado a la carpa nuestra mientras dormíamos y se había metido en el catre con Duke preguntaría si no se había metido también en el de Guthry. A pesar de poder decirle con sinceridad, que no había visto a Bonnie con Guthry en su catre, sabía que estaba dispuesta a seguir averiguando si Guthry había estado con Bonnie en la carpa o en algún otro lado. Mientras esperaba, tratando de pensar qué le diría, me atrajo hacia ella y otra vez comenzó a acariciarme con la suave presión de su mano.

—No me has dicho todo lo que quiero saber Steve —musitó—. Y no me has hecho el amor, tampoco. ¿No tienes ganas?

Debió haber sabido que la deseaba tanto como antes, y cuando titubeó me susurró nuevamente que no tuviera miedo. Al acercarme a ella, me ayudó con sus manos, diciendo una y otra vez que eso era lo que ella quería que yo hiciera y que no tuviera miedo de hacer cualquier cosa que quisiera. Estaba pegado a ella, abrazando su tibio

y suave cuerpo, cuando de repente me mordió tan fuerte que tuve que pegarle un empujón con el brazo para que me soltara, antes de tener que gritar de dolor.

2

Después de un rato, con un profundo suspiro, dijo que ya hacía un tiempo largo que estaba allí, y que pronto amanecería. Se sentó en el borde de la cama y se puso el camisón. Lo estiró con cuidado sobre las caderas, lo acomodó sobre su pecho; se sentó bien derecha y, con las manos se alisó el pelo hacia atrás.

—Bueno, Steve —dijo con un firme tono de mando en su voz, como recordándome que me había comprometido a decirle lo que quería saber—, ahora me vas a decir la verdad. Y la pura y santa verdad. Tengo que saber. ¿Le hizo Guthry el amor a esa chica ahí en la isla? ¿Se lo hizo? En una u otra forma, eso no interesa, pero ¿lo hicieron? Eso es lo que debo saber.

Traté de convencerla que le decía la verdad y no sabía nada de todo eso y que ni siquiera los había visto juntos a solas. No obstante, no me había olvidado que él me contó que había visto a Bonnie bañándose en el río, y fui sincero al decir que no sabía nada de lo que entonces había sucedido.

—¿Juras que ésa es la verdad, Steve? No me mientas sobre esto. Por favor no lo hagas. Es muy importante para mí. Por eso es que debo saber la verdad. Y por eso vine acá, de esta manera. Debes saber eso ahora.

Le dije que podía jurar que era cierto.

—Bueno, no sé qué pensar ahora. —Hizo una pausa, respiró hondo y cerró los ojos mientras sacudía lentamente la cabeza—. Guthry estuvo tan evasivo sobre ello. Apenas si quiso decir algo. Eso es lo que me hizo desconfiar tanto. Cada vez que lo pensaba era una tortura. Y todavía no estoy muy tranquila. Si todos allí le hicieron el amor ¿por qué no él? No es muy de él eso de apartarse de una chica bonita si ella está dispuesta. Lo conozco muy bien. No ha cambiado mucho desde que dejó de trabajar como viajante. Pero a lo mejor esta vez se hizo a un lado. Es posible. Yo voy a seguir averiguando, de todas maneras. Tengo que estar completamente segura, de una cosa o de la otra. Es una verdadera agonía no estar segura... tener tantas dudas... No saber qué creer. Por eso es que no podía dormir esta noche. Tenía que venir acá —de este modo— y hacer cualquier cosa para averiguar algo sobre Guthry y la chica.

Se inclinó hacia mí.

—Esto será un secreto, Steve. Lo de esta noche, aquí. Minuto a minuto. Tú guardarás este secreto ¿verdad, Steve? Nunca dirás una palabra, no importa lo que suceda. ¿Me lo prometes?

No bien se lo prometí, me besó muy suave en la frente y apretó mi mano.

—Gracias, Steve. Sé que puedo confiar en ti.

Soltándome la mano, pasó sus brazos alrededor de mi cuello y me mantuvo junto a ella. Su cuerpo comenzó a temblar como si tuviera escalofríos.

—No me odies —suplicó—. Por favor, no me odies. No pude evitarlo. ¡Dios sabe que no pude evitarlo!

Enseguida se levantó y atravesó el cuarto. La cerradura hizo un débil ruido pero

apenas pude oíría abrir y cerrar la puerta de mi cuarto; y entonces reinó el silencio en toda la casa. La tenue luz de la luna se había desvanecido a esa hora, quizá porque el cielo se había cubierto de nubes. Era noche oscura cuando me quedé allí acostado, con los ojos abiertos durante un largo rato, pensando en lo que había sucedido y preguntándome qué haría Guthry si se enterara de ello.

Admiraba a Guthry y estaba muy contento de tener un tío como él; me había alegrado mucho cuando me invitó a venir a Unionville y luego cuando me llevó por primera vez en mi vida a pescar y acampar al río. Pensar en todo eso me hacía sentir culpable, como si le hubiera mentido o robado algo, y aunque no me arrepentía de ello, trataba de convencerme que nada habría sucedido si tía Rosemary no lo hubiera querido así. Nunca había visto a tía Rosemary antes de venir a Unionville, a pasar el verano. Y como era solamente pariente político de ella, por haberse casado con Guthry, intentaba persuadirme que no existía ningún vínculo entre nosotros, aunque la llamara tía Rosemary. Finalmente, con las primeras luces del amanecer desapareció toda la tensión y preocupación que tenía: cerré los ojos y me dormí hasta la mitad de la mañana.

Cuando acabé de vestirme, abrí la puerta que daba al pasillo. El dormitorio de Guthry y tía Rosemary estaba abierto, y podía ver la cama de matrimonio tan lisa y aseada, las cortinas de las ventanas corridas para impedir que entrara la luz del día y el calor del sol de verano. Tía Rosemary tenía en su tocador una cantidad de frasquitos de perfume puestos en fila, polveras, un espejo de mano, y varios peines y cepillos de pelo arreglados en un orden muy preciso. Metidas en el marco del gran espejo que colgaba en la pared encima del tocador, había varias fotografías de Guthry con sus muestrarios en una estación de ferrocarril y otra foto de él parado frente a un hotel para viajeros.

No había oído todavía ningún ruido en la casa, y estaba seguro que tía Rosemary había ido al centro. Pero, no bien llegué a la cocina la vi sentada ante la mesa leyendo el diario.

—Buenos días, Steve —dijo levantando la vista y hablando con un tono de voz uniforme, sin el menor rastro de sonrisa ni de enojo.

—Buenos días, tía Rosemary —contesté débilmente, al mismo tiempo que empezaba a sentir un cosquilleo nervioso en mis brazos y en mis hombros.

Se levantó y se dirigió a la cocina.

—Siéntate a la mesa, Steve. Te mantuve caliente el desayuno.

Con sólo girar la cabeza podía verla delante de la cocina, y mientras estuviera en esa posición era imposible quitarle los ojos de encima. Tenía puesto un ajustado vestido de algodón de color tostado claro, pero, todavía frescos los recuerdos de la noche, lo mismo podría haber estado completamente desnuda, pues lo que yo veía era la esbelta curva de sus piernas, el suave contorno de sus caderas y la plenitud de sus pechos redondos. Y, ya conocía la suavidad de sus manos y la sensación de calor que se adhería a sus besos.

Todavía seguía mirándola, cuando se dio vuelta de repente como si hubiera podido sentir mis ojos sobre ella. Después de esa rápida ojeada, me trajo el plato con el desayuno. Empecé a comer apresuradamente y recién levanté la vista cuando se sentó del otro lado de la mesa. No volvió a tomar el diario para seguir leyendo, y me parece que pasaron varios minutos antes que alguno hablara.

—He estado pensando, Steve —la oí decir despacio, en el mismo tono de voz—. Esto es algo muy importante.

Hizo una pausa entonces y miré hacia ella a través de la mesa.

—Steve, te quiero pedir que olvides todo lo que pasó anoche: todo. No que sea sólo un secreto: quiero que te lo borres de la memoria por completo. Ni siquiera que lo pienses como si se tratara de un sueño. Nada sucedió. ¿Comprendes? Estaba tan exasperada... tan preocupada y afligida. Estaba desesperada... Quiero mucho a Guthry... y pensar que otra mujer... No podía dormir con él no estando segura... y tenía que hacer algo para lastimarlo si me había sido infiel. Y quería saber la verdad a todo trance. Estaba demasiado perturbada para creer que me estaba diciendo la verdad. Pero tú sí me dijiste la verdad sobre él ¿no es así, Steve? No me mentiste ¿eh, Steve? No lo viste irse con esa chica... hacerle el amor...

Puso las manos sobre su cara y empezó a llorar desesperadamente. Se inclinó sobre la mesa, metió la cabeza entre los brazos y sollozaba con tanta violencia que todo su cuerpo temblaba. Yo permanecía sentado sin saber qué hacer. Entonces me pidió que le buscara una toalla para secarse las lágrimas.

Cuando volví con ella, tía Rosemary ya casi no lloraba y no estaba recostada tampoco contra la mesa. Tomó la toalla, se secó los ojos y las lágrimas que corrían por sus mejillas. Después de echar su pelo hacia atrás, como era su costumbre, con las dos manos, se levantó y abrió la puerta que da al porche de la cocina. Allí se quedó un rato, a la luz del fuerte sol matinal, como si estuviera pensando en algo que quería decirme.

Cuando me levanté, me dirigió una rápida mirada, como si todavía no estuviera segura de lo que me iba a decir. Y de repente, se dio vuelta por completo para que no pudiera verle la cara.

—Steve, tu tío dijo que quería que fueras al negocio no bien terminaras el desayuno —pronunció con voz firme, pero sin mirarme aún—. Quiere que lo ayudes a hacer unas cuantas cosas. Por de pronto hay unos cajones grandes con mercaderías nuevas que deben ser abiertos y clasificados. Eso hay que hacerlo enseguida. Me dijo que esta mañana te dejara dormir y no te despertara. Pero ya es bastante tarde y te está esperando. Mejor sería que fueras ahora.

Dio unos pasos atrás hacia la puerta y se mantuvo apartada cuando me dispuse a salir. Allí se quedó hasta que salí de la casa y bajé los escalones de la entrada.

—Esperá un momento, Steve —oí que decía—. Hay algo más que quiero decirte. Bueno, otra cosa. Me había olvidado de eso hasta ahora. Pensé decírtelo más temprano.

Me detuve enseguida, y me volví a mirarla como estaba, parada en la puerta, preguntándome si ése sería su modo de darme a entender su deseo de que me quedara allí en vez de ir al centro a ayudar a Guthry.

—Steve, antes te prometí que iba a arreglarte unas citas con las mejores chicas de la ciudad ¿no es así? ¿Te acuerdas, Steve? Bueno, pues yo tampoco me he olvidado. Pero he decidido no hacer nada al respecto. No sería prudente, ¿no te parece? No. Por supuesto que no. No sería nada sensato. Es distinto todo desde que has vuelto de esa excursión a la Isla del Verano. Una de esas chicas puede meterse en un lío. Sabes lo que quiero decir. Puedes meterla tú en un lío. Por eso me parece mejor que salgas tú mismo a buscarte una... una chica como... ¿cómo se llama? Bonnie. Eso es, Bonnie. Hay chicas como ella en la ciudad. Eso he oído.

Sonrió por primera vez esa mañana.

—De todos modos, encontrarás una como ella —dijo con un pequeño cabeceo al volver a entrar a la casa— o como yo.

Entonces ya no supe qué hacer. Tenía conciencia de que debía apurarme a ir al negocio para ayudar a Guthry, pero no era eso lo que tenía ganas de hacer en ese momento. Tía Rosemary debe haberse dado cuenta de lo que estaba pensando, porque cerró la puerta de un golpe. Me pareció que le había puesto llave para que yo no entrara más, pues oí el ruido de la cerradura.

Esperé en el sendero del fondo, esperando verla en la ventana de la cocina, pero no apareció. Después de un rato fui hacia el frente de la casa, y traté incluso de verla por alguna ventana, pero tampoco tuve éxito.

3

A pesar de que la distancia era muy corta, desde que tomé por Glenwood abajo, atravesé la manzana del palacio de justicia y llegué hasta la ferretería, me pareció haber hecho el camino más largo de mi vida. Cada paso que daba, no importa lo rápido que caminara y lo decidido que estuviera, había sido penoso y desgastado. Aunque me detuve varias veces, deseando dar media vuelta y volver atrás, me obligué a seguir adelante hasta llegar a la tienda de Guthry. Entonces ya era demasiado tarde para volver a la casa.

Cuando llegué al negocio estaba preocupado, nervioso y avergonzado de tener que encontrarme frente a frente con Guthry. Sabía que nunca podría contarle que tía Rosemary había estado en mi cuarto esa noche y tampoco por cierto, nada de lo que entonces había sucedido, y eso era ser hipócrita. Además le había prometido a ella no decir nunca una palabra a nadie sobre el asunto. Estaba tan afligido entonces, que deseaba poder irme a cualquier parte, lo más pronto posible, para no tener que ver a Guthry todos los días durante el resto del verano.

Había varios hombres en la tienda esa mañana, y enseguida reconocí el sonido familiar de la tonante voz de Troy Pickett.

—Cuernos, no hacía más que ocuparme de mi trabajo, como siempre lo hago cuando tengo muchas cargas que entregar —estaba diciendo Troy—. Es mi costumbre. Mi hermano hizo todo lo que pudo mientras yo estaba pescando en el río, pero se atrasó un poco, y yo trataba de recuperar el tiempo y apurarme en entregar todas las mercaderías a las tiendas esta mañana temprano. A los dueños les gusta tener las mercaderías bien temprano, para poder trabajar el sábado sin perder un minuto. Es natural. Los sábados son los días que la gente de campo viene a la ciudad para gastar todo el dinero que tienen. Todo el mundo lo sabe. Por eso estaba tan apurado esta mañana. Estaba tratando de ayudar a los dueños de los negocios.

Podía ver que Guthry miraba hacia el suelo sacudiendo lentamente su cabeza. Si realmente me había visto entrar al negocio, estaba demasiado absorto con sus pensamientos para hablarme.

—No habrás hecho una cosa semejante nada más que por pura maldad ¿verdad Troy? —preguntó uno de los tantos hombres que allí estaban.

Guthry miró directo hacia mí, pero no dijo nada.

—Maldad no es la palabra que corresponde, hay una razón mejor que ésa —dijo Troy—. Caray, he hecho correr a los negros durante toda mi vida. No se dan cuenta, pero lo hago por su propio bien. No puedes decirle maldad a eso. Es una gran cosa para ellos aprender que tienen que correr en cuanto ven venir a un blanco. Como enseñarle a un perro a sacar sus patas con barro de encima tuyo pateándolo varias veces en la barriga. ¡Qué demonios! Les enseño a los negros vivos a que no los lleven por delante y los lastimen. Eso los mantiene en su lugar: aprender a correr o morir. Los negros no necesitan libros de texto para aprender una cosa tan sencilla como ésa.

—¿Qué le pasó entonces, Troy? ¿Corrió tan rápido como para no morirse?

—Maldito sea, no lo sé. Él es quien debe cuidarse, no yo. Pero esto sí lo sé. Si no se muere, le servirá para aprender a no ponerse en mi camino. Cuando veo un negro demorándose en salir del paso, no voy a ser yo quien gaste los frenos de mi camión para no pisarlo. Eso es lo que le pasó a ese negro esta mañana: no tuvo bastante sentido común como para saber hacerse a un lado cuando yo vengo por la calle.

—¿Y no te buscará el jefe de policía? —preguntó alguien.

—No. Trató de hacerlo una vez, pero no consiguió a nadie para atestiguar en mi contra.

—¿Cuál es el nombre de ese negro, Troy?

—Duke Hopkins. Es ese mulato presumido, medio blanco, medio negro hijo de puta, que enseña en el colegio para los negros y tiene una pequeña peluquería en la Avenida Prospect, en el barrio de ellos. Anda por aquí desde hace un año, más o menos. Vino desde no sé qué lugar de Kentucky. Eso le hace pensar que es mejor que los demás negros nacidos en Tennessee y que puede actuar de otra manera. Pero ya le enseñé.

—Troy ¿no fue ése el que llevaron con ustedes a pescar la semana pasada a la Isla del Verano?

—Jodeputa —dijo Troy con su fuerte voz—. Guthry Henderson lo llevó, no yo. Es el negro de Guthry. Yo no tengo ni quiero tener nada que ver con él.

Después que Troy y los otros hombres se fueron de la tienda, Guthry me contó que esa mañana Troy había atropellado y pisado a Duke con su camión. Un hombre que había presenciado el accidente dijo que Troy había acelerado no bien vio a Duke cruzando la Avenida Prospect y que al principio todos creyeron que Duke estaba muerto y que no valía la pena llevarlo al hospital.

—Llamé por teléfono al hospital —dijo Guthry—, y me dijeron que está muy golpeado, con las dos piernas y algunas costillas rotas, pero el doctor dijo que aparte de eso estaba bien. Por suerte no se le partió el cráneo, con la forma en que Troy apuntó hacia él.

—Le costará bastante dinero quedarse en el hospital todo el tiempo que necesite, y Duke no lo tiene; voy a darme una vuelta por la ciudad y hacer una colecta para ayudarlo. No me va a dar mucho trabajo juntar algún dinero para él; menos de Troy Pickett, que no me dará un céntimo. Troy estaba seguro al principio de haber muerto a Duke. Y hace un rato se jactó de haberlo atropellado tan fuerte como para matarlo. Te acuerdas cuando Troy decía que se desquitaría con Duke por haberlo tirado al suelo cuando se pelearon, y por no llamarlo señor Troy en la isla, y por otras razones. Pero no creí que llegaría a tanto. Pero él es Troy Pickett. Y lo hizo.

Le dije a Guthry que quería ir enseguida al hospital para ver a Duke.

—Ve no más, Steve. Lo va a apreciar mucho. Aquí todo puede esperar. No hay ninguna urgencia en desembalar. Pregúntale si quiere que le llevemos algunos de sus libros para leer. Y dile a Duke que no se preocupe por la cuenta del hospital porque

yo me ocuparé de eso y lo arreglaré de alguna forma.

Cuando ya me iba, me detuve antes de llegar a la puerta de calle. Al darme vuelta, Guthry me preguntó si había cambiado de idea, y no pensaba ir al hospital.

—Voy a ver a Duke —le dije lo más rápido posible—. Pero Guthry, luego me vuelvo a casa.

—¿Te vuelves a casa? —repitió con una expresión de asombro en su cara—. Quieres decir... ¿te vuelves a Memphis?

Asentí.

—Quiero... Tengo que irme.

Cuando lo miré, comprendí entonces que nunca podría decirle la verdadera razón por la que me iba de Unionville después de haber estado tan sólo una semana en vez de todo el verano. No pude siquiera soportar unos minutos su mirada, y tuve que dar vuelta la cabeza.

—¿Por qué, Steve? —insistió Guthry.

—Y, porque... porque tengo ganas.

—Estás extrañando, Steve... —dijo cariñosamente después de un instante.

—Guthry, no sé si será eso, pero...

—Comprendo, Steve. Y no me sorprende. Después de toda la agitación que hubo en el campamento... Bueno, no hay mucho que pueda hacer durante todo un verano, un muchacho de tu edad, en un pueblo tan pequeño como Unionville. Y además tú eres un muchacho de ciudad. Vuelve a tu casa en Memphis. Eso es lo mejor.

Puso su mano sobre mi hombro y me sacudió con dulzura.

—Pero, Steve, puede ser que a lo mejor el próximo verano quieras volver y quedarte más tiempo. Iremos de nuevo a la Isla del Verano por supuesto, pero no con Troy Pickett; ya para entonces tendré mi propio camión. Y quizá para ese tiempo el camino esté mejor, con puentes sobre los arroyos y los pantanos rellenados. Y a lo mejor, conseguimos convencer a tía Rosemary de venir con nosotros. No va a ser como Bonnie, rondando todo el día y la noche por el lugar, pero cocina muy bien y es muy buena compañera, y eso es lo mejor para un hombre, a lo largo de su vida. Llegué a cansarme allá de comer la comida que yo mismo había cocinado.

Llegábamos hasta la puerta cuando Guthry me llamó.

—Steve, háblale a Duke del próximo verano y dile que queremos que él venga con nosotros. No querría volver otra vez a esa isla sin él. Y tú tampoco ¿verdad, Steve?



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.

Notas

[1] *Carfish* en el original, pez grande de río de la familia de los siluros, de carne muy apreciada y llamado también bagre americano. <<

[2] *Duke* en inglés significa duque. <<

[3] *Prince* en inglés significa Príncipe. <<

[4] *King* en inglés significa Rey. <<

[5] Laurel silvestre. <<

[6] *Bourbon*: una de las diferentes clases de *whisky* que se fabrica en EE. UU. <<

[7] Una de las distintas variantes del juego de *baseball*. <<